TOLEDO Y SUS ROMERÍAS

Roman Hemauder

Román Hernández.

Toledo y sus romerías

DESCRIPCIÓN DETALLADA

DE LAS QUE SE VERIFICAN EXTRAMUROS DE LA CIUDAD

MADRID
IMPRENTA FRANCO-ESPAÑOLA
15—ALMENDRO—15
1889

Es propiedad del autor.

Prólogo.

Iran entusiastas somos de las manifestaciones que tienden á rendir un tributo de adoración al Todopoderoso; tan amantes de las ceremonias y actos religiosos, que quisiéramos poseer el ingenio de Cervantes, el saber de Calderón, Ayala y Lope de Vega; la elocuencia de Virgilio: el talento de Descartes; la inteligencia de Homero; el pensamiento de Horacio; la inspiración de Shakespeare; la ciencia de Cicerón; la imaginación de Ovidio y la erudición de Dantes, escritores célebres cuyos nombres pasaron á la Historia, para poder trazar á grandes rasgos, con los colores más decantados, el interesante cuadro de las romerías ó festividades religiosas que se celebran extramuros de Toledo, romerías dignas de todo encomio, tanto por las elevadas y

eminentes posiciones que ocupan los aislados santuarios, cuyos lugares han sido, son y serán siempre centro de animada y respetuosa peregrinación para aquellos á quienes lo pasado es sabia y saludable enseñanza de lo porvenir, cuanto por lo bello y pintoresco de los sitios donde tienen lugar los festivales. Montañas gigantescas, colinas pedregosas, cumbres de granito, cerros escarpados, resbaladizas pendientes, valles profundísimos, fértiles praderas, vegetación vigorosa, magníficos paisajes; y en medio de este cuadro encantador, como sirviendo de adorno á sus figuras, se desliza sereno, embelleciendo el paisaje, esa hermosa orla de cristal que ciñe los muros de la Ciudad, bañando sus huertas y sus vegas, dando verdor y lozanía á multitud de árboles y plantas que pueblan la ribera.

Pero desgraciadamente el autor de estas mal coordinadas líneas, que ha osado profanar el sagrado templo de la ciencia, emprendiendo una senda vedada para él, y en la que solo ha de encontrar espinas en vez de flores, acíbar en vez de incienso, carece aún del más pequeño rayo de la luz con que iluminó la inteligencia fecunda de esos inmortales vates.

Al acometer *iluso* la ardua y arriesgada empresa de escribir ésta *mi segunda*, pero insignificante obrita, exponiéndome á la crítica, severa é implacable censura de inteligentes lecto-

res y aun de escritores de reconocida competencia; solo me ha impulsado el culto ferviente, la profunda y arraigada pasión que desde los primeros años de mi adolescencia he consagrado á las letras *sin preceptor, sin carrera, sin título académico y sin dirección de nadie;* la idea de alentar más y más la fe y devoción de los católicos hijos de Toledo en favor del culto y homenaje que debemos tributar á las venerandas imágenes que se encuentran fuera de la población, y por si este endeble y raquítico trabajo, fruto de mi estéril ingenio, pudiera servir de alguna utilidad en pro de la Religión Católica, Apostólica, Romana.

Ahora bien: Como en mí, repito, es ya vieja la honrosa y deleitable inclinación á los selectos libros; inclinación instintiva que crece y aumenta en el laboratorio de mi oscurecida mente, fragua sin fuego donde me forjo las ideas muertas que aquí van, y que impelidas por el frío soplo de mi inteligencia, brotan de su apagado hornillo, cual chispas de lumbre que no queman; inclinación especial que toma incremento á medida que aumentan y crecen los años de mi existencia, cuya cualidad me impulsa continuamente hasta el punto de emborronar cuartillas sobre cuartillas, pretendiendo, en mi ilusión, sin conseguirlo, componer algo que siquiera merezca los honores de la crítica; al fijar detenidamente

mi vista en las hermosas páginas de una obra literaria titulada *Flores Marchitas,* nacida de la rica, fecunda y elegante pluma del Sr. Pons y Samper, y cuya amena lectura me agrada sobremanera; no he podido menos de hacer mías, con licencia de su autor, colocándolas al lado de esta humilde introducción, las bellísimas líneas de los párrafos 5.º, 6.º, 19º y siguientes del prólogo con que encabeza su libro; porque es tal la afinidad de ideas y sentimientos, tal el parecido que en su fondo encuentro, aunque más brillantez en la forma, que á la verdad no he podido resistir al deseo y á la satisfacción de trasladar en copia al prólogo de mi TOLEDO Y SUS ROMERÍAS, sin que por esto se crea que intento engalanarme con ajena pluma, puesto que ya consigné que es otro su autor, los sublimes y elocuentes párrafos á que aludo del Sr. Samper, por la filosofía que encierran, cuando dice entre otras cosas:

"Fácil me hubiera sido encontrar quien, por sincero afecto ó inexcusable compromiso, quemara un poco de incienso en el altar de la modestia. Un prólogo de literato eminente en lugar del mío, quizás hubiera llegado á tiempo de salvarme por aquello de que, muchas veces, un buen pabellón, proteje una mala mercancía. Pero yo me he negado esta honra, porque no quiero hacer cómplice de mis defectos, casi autorizándolos con su firma, á ningún hombre ilustre de

los muchos que, por dicha, contamos en nuestra famosa literatura contemporánea. Yo no vengo, pues, al campo de las letras á conquistar laureles ni á disputar triunfos, ni á enarbolar bandera de rebelión; vengo exclusivamente á inscribir mi obscuro nombre en esa lista interminable de los soldados de filas, que cifran su orgullo en la inmarcesible gloria de sus grandes capitanes.„

„Nada he sabido y nada sé, por más que me afano inútilmente en indagarlo y comprenderlo todo. Sólo sé que soy uno de tantos desconocidos viajeros que siguen su camino, ignorando por qué lo siguen y adónde irán á parar; pero á quienes no les desvela la duda del principio ni les atemoriza la duda del fin, dado que todo hombre sabio ó ignorante, grande ó pequeño, dichoso ó desdichado, vive siempre oscilando entre esas dos horribles dudas, el nacimiento y la muerte: el por qué se nace y el por qué se muere: de dónde se viene y á dónde se va: quién nos trae, y quién nos lleva: á qué venimos y á qué vamos.„

Uno de tantos viajeros soy, sí; pero uno de tantos viajeros que necesitan algún reposo, pues el viaje es largo, apremia el tiempo y andamos más de prisa de lo que humanamente podemos soportar.

Para mí ese ansiado punto de reposo es mi libro, que, si por su inferioridad y pequeñez no puede resistir el análisis de severo crítico, en

cambio no dejará nunca de responder á quien le pregunte en secreto, con la simpática voz del corazón.„

"Como esto que pido es poco, creo que no me escatimarán nada al otorgármelo.

"Hay en los seres humanos tal aspiración constante á la grandeza, y en ocasiones á la misma inmortalidad, que si se pudieran abrir nuestros cerebros y leer y descifrar nuestros pensamientos más escondidos, no sería raro encontrar en alguno de ellos, tal vez en el más hondo, borrosos caracteres de frases ambiciosas, epitafios de esperanzas, confusas inscripciones de impaciencias y deseos, y, por lo menos, una letra bien marcada de la palabra *gloria*.

Cuando decimos otra cosa, es que pretendemos, en balde, engañarnos los unos á los otros.„

"Quitad el noble estímulo de la gloria, y ya no tendremos más nombres gloriosos que venerar.„ "Yo, á pesar de toda mi insignificancia, no he de ser, por ningún concepto, una excepción.„

Mas me contento con muy poco. Con ocupar desde hoy el último puesto entre los modernos escritores de mi patria (1), de esta patria tan

(1) Yo, por mi parte, me satisfago con menos, pero con mucho menos que el Sr. Samper, *con nada*, pues que me conceptúo por mi calidad de *simple aficionado* á la literatura, indigno de ocupar, no solamente el último lugar entre los contemporáneos escritores de mi patria, sino el *ninguno* de los honrosos puestos señalados á los que lo son.

amada de mi corazón, tan desgraciada como hermosa, perenne madre de la Ciencia é hija primogénita del arte; de esta patria, que va cayendo lentamente bajo el abrumador peso de tantas grandezas y de tantos infortunios, pero que, aunque muriese por todo, no morirá jamás por su literatura, mientras existan para sostenerla esas dos firmísimas y eternas columnas que se llaman en el mundo de los genios, *Cervantes* y *Calderón*.„

Pues bien: una vez terminada esta pequeña obra emprendida hace algún tiempo (1), con el deseo exclusivo de proporcionar á los aficionados á romerías la *estadística* de las que se verifican extramuros de la gótica, arabesca é imperial Ciudad; ¿á quién debo dedicarla?... ¿A quién?... ¡A vosotros, queridos lectores, á vosotros exclusivamente os la dedico. ¿Y á quién mejor? ¿No sois *el gran jurado* que ha de fallar de su mérito? Desde que un libro se lleva á la estampa y se da á luz, está desde luego consagrado á los lectores. Ellos tienen el derecho de juzgarlo, ellos lo juzgan. Si es bueno, hacen justicia al autor en proporción á la bondad de su obra: si es malo, el autor y su escrito son relegados al olvido.

He procurado hacer la pintura detallada del panorama y situación de las ermitas, objeto de las romerías.

(1) La escribí en todo el año de 1882.

He cuidado, al describir los actos, escenas y costumbres de esta clase de expediciones, que los sucesos marchen sin interrupción á su objeto y á su fin; y que las escasas reflexiones, hijas de mi pobrísimo talento, pero consignadas con la más pura intención, procedan de una lógica sana, clara y de fácil comprensión.

La Religión cristiana, base de toda moral y civilización; esa ley santa y sublime de todos los tiempos y de todos los pueblos; ese signo divino esculpido en todas las conciencias, sirve de pedestal, de sólido cimiento como principio, como medio y como fin en todos los actos en que con ella se enlazan los acontecimientos de mis ROMERÍAS. Y á pesar de todo, ¿quién me dice que mi obrita no será defectuosa y por consecuencia digna de toda censura?

Pero por otra parte, ¿qué obra será tan perfecta, que en su argumentación no exista algún pequeño defecto? ¿Cuál estará escrita ó dialogada á gusto de todos? Ninguna, porque esto es imposible.

En fin, carísimos lectores; ahí tenéis mi TOLEDO Y SUS ROMERÍAS: os la presento con toda la modestia del que no tiene—pues no le asisten títulos para ello, atendiendo á sus humildes principios—siquiera pretensiones de escritor público,—¡qué digo de escritor! ni aún de redactor de una mala carta;—ni otra aspiración que la

de avivar la fe, fomentar el culto consagrado á las efigies instaladas en el campo, y contribuir de algún modo á aumentar el número de Asociaciones, promovedoras de las romerías: os las dedico en prueba de respeto y de la confianza que me inspira vuestro recto y sano criterio.

No me atrevo á implorar vuestra benevolencia, porque imagino que ofendería vuestra justicia.

Tampoco pretendo que mi libro sea bueno: me daré por muy satisfecho con que no sea malo. Nadie más que vosotros, lectores de mi alma, juzgándole y apreciándole, podrá decirlo.

El Autor.

LA VIRGEN DEL VALLE

(Preludios para una fiesta.)

ESTAMOS en un hermoso y apacible día del mes de Mayo, cuando los bosques, los prados y los valles se cubren de verde follaje y ofrecen su agradable sombra y su fresco lecho de musgo al fatigado caminante; cuando el peregrino, extenuado de cansancio y abrasado por la sed, ávido la satisface en las puras y cristalinas aguas que, en incesante correr, risueñas se deslizan por entre la fresca hierba; cuando los rayos del sol, con su bienhechora luz, difunden calor y vida sobre sus perfumados campos, alfombrados de caprichosas flores, cuyos tiernos capullos elevan al Cielo como para rendir homenaje al Todopoderoso por haberlas sacado de la fría prisión del invierno, dándolas nueva vida, pues solo al Sumo Hacedor se deben cuantas maravillas se ofrecen á nuestra vista. ¡Sólo á Dios, que con paternal y desinteresado

amor, orgulloso de su obra, desde su trono derrama sobre la haz de la tierra, especialmente en la floreciente primavera, los dones de su poder!

Mas sin embargo de esta clara y resplandeciente verdad, luz brillante que ilumina las inteligencias obscurecidas por la ignorancia ó el error y penetra, cual espíritu divino, hasta lo más recóndito del alma; faro luminoso, que á manera de pastor, sirve de guía á las ovejas descarriadas, atrayéndolas con suavidad y cariño al redil de donde salieron; no obstante, repetimos, de esta luciente verdad, nos parece estar oyendo con sarcástica sonrisa en tono de mofa y en son de protesta, la voz sacrílega y blasfema de algún libre-pensador de estos tiempos, de algún *Filósofo de pega*, lleno de crasísimos errores, que dice: "que no es Dios el Supremo Hacedor de tanta grandeza y magnificencia„; más por si acaso, que no sería extraño, hubiese alguno sin religión, que osado intentara probarlo, y en apoyo de su tésis dijera: "que todo lo existente es solo hechura de la naturaleza y del acaso y no obra del Omnipotente„, nosotros, á fuer de católicos creyentes, fervientes paladines del Evangelio, de sus instituciones, de sus doctrinas, debemos preguntarle:—¿Quién es, ó que brazo potente es el que hace girar la bola del mundo? ¿Qué poderoso ser es el que da al Sol, rey de los astros, la eterna llama con que á los montes ilumina, vistiéndolos de púrpura más rica y más hermosa que la de los Reyes? Y sobre todo, ¿qué fuerza misteriosa ó qué divino Artífice es el que con tanta perfección ha trazado el admirable y maravilloso cuadro de todo lo

que en el Universo existe y da vida y movimiento á la flor, á las plantas, al ave y al pez al fuego, á la mar y al viento? ¡Dios! y sólo el poder infinito de Dios, cuya grandeza y excelsitud en todas partes ostenta, es el que fermenta y hace multiplicar las plantas y todo cuanto ha sido y puede ser! ¡Dios, en fin, que con su sabiduría increada hace descender de las nubes la lluvia refrigerante y benéfica que, congelada y convertida en nieve, engalana con su tersa blancura las cumbres de las montañas, y apaga con la intensidad del frío el eterno murmullo del río al precipitarse sus aguas en la cascada, adormeciéndole bajo la influencia de los témpanos de hielo!

Así, pues, cuando se desprende del Empíreo la esencia creadora del Omnipotente, con la consoladora luz que derrama en el sol del mes de Mayo, cual virgen que ama y que aspira á ser correspondida, la tierra, los bosques y los prados, radiantes de júbilo y alegría se enriquecen y atavían con el precioso manto de flores que de su seno brotan; y entonces deshechos la nieve y el hielo se derrumban por las montañas en corrientes desiguales, yendo la nieve á convertirse en río y el río á convertirse en mar; y entonces es cuando la rosa y la azucena, llenas de frescura y lozanía, exhalan por los aires su fragancia, embalsamando el ambiente y el espacio; y es cuando con su pico de oro trina alegre el ruiseñor, y hay más luz en el monte y la colina y más sombra en los bosques y jardines.

Y entonces al contemplar tantas maravillas, el hombre de fe, formado de la nada como todas

las cosas, en pos de un bien infinito que no tiene nombre, eleva su espíritu á confundirse con Dios, autor de todo lo creado, pues con amor sublime y divino da vida á la flor, al ave y al pez, al fuego, al viento y al mar.

AL TOQUE DE VÍSPERAS

I

Pues bien, en uno de esos días de la sonriente primavera cuya modesta descripción acabamos de hacer aunque á la ligera; el día 1.º de Mayo de todos los años, los toledanos, cual hijos amantes y devotos de María, corren presurosos y entusiasmados á prosternarse de hinojos ante el trono de la preciosa Imagen de la *Virgen del Valle*, celebrando con una solemne y espléndida función las glorias y virtudes de la Madre de Dios, cuya festividad y romería tiene su orígen en los primeros siglos del cristianismo, rindiendo así un tributo de adoración y respeto á la que es Reina de cielos y tierra y madre y consuelo de los toledanos.

Antes de pasar adelante en este pobre é insignificante trabajo, parto de nuestro estéril, infecundo y limitado ingenio, que por vía de pasatiempo y afición á las letras nos hemos impuesto, nuestros lectores, si es que llegamos á tener alguno tan aficionado á la lectura cómo nos-

otros, nos permitirán que hagamos una breve reseña acerca de los preparativos y vísperas de la festividad de la *Virgen del Valle*. Indescriptible es, en verdad, el entusiasmo que reina en el ánimo de los toledanos, así como el vivo deseo con que es esperado el día 1.º de Mayo de cada año, dia consagrado á la romería del Valle. Mas para dar una idea aproximada de ello, baste observar que, según antigua costumbre, desde las primeras horas de la mañana del día 30 de Abril, víspera de la romería, cierto número de fervientes devotos de la Virgen, provistos de toda clase de armas de fuego é impulsados por su fe y entusiasmo hacia la bonita Imagen del Valle y desafiando impávidos el peligro á veces inminente de exponerse á morir ahogados en un naufragio en medio del Tajo, no vacilan, y mucho menos en ese día, en atravesar el caudaloso río cuyo origen y procedencia lo tiene en las montañas de Albarracín, en las provincias de Cuenca y Teruel y cuya dulce corriente va á unirse serpenteando con las amargas aguas del Océano por el lado de nuestro vecino reino; río que las más de las veces, en los meses de Abril y Mayo, lleva en su profundo seno mayor cantidad de agua que en las demás estaciones del año, no se detienen en cruzarle, repetimos, en la frágil barquilla que el Estado tiene establecida á la orilla del Tajo (1), al pie de la colina donde al siguiente día se ha de celebrar la tan bulliciosa y renombrada fiesta de la *Virgen del Valle*, escultura pre-

(1) Hoy esta barca no pertenece al Estado, pues que en 25 de Enero de 1884, la enajenó en pública licitación, por lo que pasó á ser propiedad particular.

ciosa y efigie la más predilecta de los toledanos, tanto por la situación topográfica y pintoresca que ocupa el sagrado recinto, cuanto que es sin disputa la romería más recreativa de cuantas se celebran extramuros de Toledo. Y ya que nos ocupamos de tan milagrosa Virgen, en este momento se nos viene á las mientes el solemnísimo acontecimiento que tuvo lugar en la Capilla del Valle el día 22 de Abril de 1866, al que asistieron multitud de devotos de ambos sexos.

La causa de tan distinguida y numerosa concurrencia á la Ermita, no era para menos, pues se trataba de honrar con su presencia el acto de la Santa bendición de la Imagen al colocarla en su trono después de haber sido, como fue maravillosamente restaurada en la Villa y Corte de Madrid, por el inteligente y distinguido escultor D. Mariano Belver; cuya sagrada ceremonia estuvo á cargo del señor doctor D. Pedro Núñez, dignidad de Arcediano de la Santa Iglesia Catedral, Primada de las Españas.

II

Cuando estos armados devotos, merced á la barquilla y á sus remeros, han ganado la orilla opuesta del Tajo, después de remojar sus fauces con algunas libaciones de buen néctar en el establecimiento de bebidas sito en la margen izquierda del río, como para adquirir fuerzas y prepararse para ascender á la encumbrada y pe-

dregosa colina, se disponen á subir la empinada cuesta que desde la orilla conduce hasta el *patio-mirador* de la Ermita; y una vez allí, esperan la acostumbrada hora del medio dia, y á la primera campanada de las doce, dadas en el majestuoso reloj de la Catedral, cuyo dulce sonido penetra en lo más profundo del corazón como las notas argentinas del agua cadenciosa de David; después de saludar á la Virgen con una respetuosa reverencia, déjase oir, en medio del júbilo y el contento, una fuerte descarga de armas de fuego preparadas al efecto, cuya detonación se extiende y retumba por todos los ámbitos del Valle, penetra hasta las profundidades del Tajo, turbando la paz de los diminutos pececillos sin cuento que pululan en su fondo, cruzando en todas direcciones, como huyendo espantados á guarecerse en las quebraduras de las rocas, donde anidan, y se repite el eco por las escabrosidades de la montaña, eco que llega hasta los rincones más apartados de la ciudad como anuncio precursor de la festividad que se prepara en honor de Nuestra Señora del Valle y como dando la señal de alerta á los toledanos, á fin de que se apresten y se dispongan para el siguiente día.

Tras la primera descarga de aviso, prosiguen haciendo disparos, á manera de fuego graneado, tirando salvas por los aires en loor de la Virgen María.

Terminado el acto de las salvas, que preceden á la fiesta, después que los entusiastas tiradores han consumido con el fuego algunos paquetillos de pólvora, siguiendo la antigua é inmemo-

rial costumbre de la corporación, como descansando de las fatigas del fuego de un día de combate, congréganse todos en una reducida habitación de la Ermita como en fraternal banquete; y una vez allí, sentados en derredor de una mesa colocada en el centro de la sala preparada de antemano, dan buena cuenta de unos cuantos panecillos, de unos cuantos trozos de buen queso y de un número de litros de vino añejo de Sonseca.

Cuando los devotos, después de haber apurado la jarra y consumido las municiones de boca, salen de aquel *paraiso de ventura*, se encuentran aún mejor dispuestos para continuar el fuego graneado, é impelidos por una fuerza oculta pero que salta á la vista, fuerza espiritual que germina en sus cerebros produciendo alcohólicos efectos, en celebridad del acontecimiento que se aproxima desean proseguir el tiroteo... pero el temor de faltar á la sagrada costumbre y á la rígida observancia de los estatutos de la corporación, les hace desistir; y despidiéndose de la Imagen hasta el siguiente día, armados de sus escopetas, toman la pendiente y tortuosa senda que desde lo alto de la Ermita cónduce hasta la margen del Tajo, donde los remeros y la barca esperan su llegada para pasarlos al lado opuesto, á la parte de la Ciudad.

El grandioso panorama que desde el elevado punto donde se halla situada la capilla se ofrece á la vista de los romeros, es de lo más bello y recreativo. Desde esta encumbrada y pintoresca colina, encantadora y poética mansión de *Nuestra Señora del Valle*, el alma goza y se deleita

y parece que se ensancha ante la inmensidad del dilatado espacio que se extiende á nuestra vista.

Yo, amante y entusiasta admirador de las bellezas y prodigios de la Naturaleza, como emanadas de la sabiduría y poder del más grande y hábil de los Artífices, *del Sumo* y *Divino Hacedor*, me pasaría gustoso todas las horas del día y todos los días del año en tan hermoso y poético Santuario, escuchando extasiado el eterno, misterioso y monótono murmullo de las ruidosas corrientes del Tajo al derrumbarse furiosas por las cascadas y respirando á la vez el dulce y suave céfiro del monte, que parece que halaga cuando cruza y á su paso nos envía un ósculo de amor.

Esta bonita Capilla, Santuario de la Virgen, hállase enclavada en medio de gigantescos y empinados riscos, cual nido de inocente tórtola fabricado entre inmensas moles de roca, en las que se destaca majestuosa la gran peña de la tradición, la roca del valiente y enamorado príncipe musulmán, y la Virgen del Valle desde su trono, á manera de centinela avanzado, con una sola mirada de amor maternal, vigila y bendice las sagradas viviendas de los católicos hijos de Toledo que, como bando de palomas, se divisan desde lo alto de la colina en confuso y apiñado montón.

Las inclemencias del tiempo, la injuria de algunos siglos hizo que esta Ermita se encontrase por los años de 1673, en un estado deplorable, estado que obligó á los hijos y amantes de María á emprender una importante obra de reedificación, la que se llevó á feliz término en tiempos del Rey de España Carlos II, *el Hechizado*, á ex-

pensas de un sin número de caritativos devotos de la Virgen y de otros cristianos y poderosos personajes de la familia del católico monarca, que también contribuyeron con sus donativos; siendo entonces mayordomos los magnánimos señores D. Juan de Biana y Morales y D. Alonso Sánchez de Mora, los que contribuyeron en primer término á la obra, como iniciadores del pensamiento, con la suma de mil ducados, con cuya cantidad llegó á reunir el tesorero de la corporación un fondo de dos mil quinientos ducados, lo suficiente para la reedificación del templo. ¡Loor á los piadosos y caritativos devotos que con su óbolo coadyuvaron á tan noble y santa empresa!

III

Pero no paran aquí, lectores nuestros, ya lo sabéis, los preparativos de la víspera. Vosotros no ignoráis que la barquilla llamada del *Pasaje*, que en todos los días del año, mediante un pequeño tributo de cinco céntimos, ó lo que se quiera dar, que hay que abonar al barquero como recompensa de su trabajo, sirve de recreo en un día claro y sereno á cuantos salen á pasear ó á hacer una visita á la Virgen del Valle, respirando á la vez el embalsamado ambiente que produce el aromático tomillo y el perfumado romero que crece en los cerros de la morada de la Virgen, desde las doce del día de la víspe-

ra en adelante, no cesa un solo momento de hacer viajes, cruzando el Tajo de un punto á otro, conduciendo pasajeros, devotos de María, de una á otra ribera; unos que van y otros que vienen; los unos á ofrecer ricos y caprichosos presentes á la Virgen, y los otros á preparar y á embellecer el altar y la Capilla, la caseta y la mesa de la rifa, donde, después de la novena, han de ser rifados los objetos regalados á la Virgen, cuyos productos se destinan por la corporación al culto sagrado de la Imagen.

Tan luego como los encargados de engalonar el Santuario donde se venera la milagrosa efigie, tan milagrosa que en todos los tiempos y en todas las épocas, con especialidad en las más calamitosas, há puesto de manifiesto en más de cien ocasiones toda su influencia para con su adorado hijo Jesús en favor de los menesterosos, curando infinidad de enfermos desahuciados y sanando á muchos tullidos que aunque con trabajo acudían á su Protectora llenos de fe y confianza, subiendo la resbaladiza cuesta de la Ermita apoyados sobre los hombros de sus queridos hijos, padres ó hermanos, como lo atestiguan hasta la evidencia las ofrendas en pequeñas figuras de cera, pendientes de las paredes del Santuario, hábitos y guirnaldas de flores dedicadas á María, como agradecidos al sagrado beneficio recibido de la Madre de Dios, ofrendas que son mudos pero elocuentes testigos de las desgracias, infortunios, enfermedades y padecimientos, físicos y morales, que en otro tiempo les afligieron... después de adornar el interior y exterior de la Capilla con ricas colgaduras y ban-

deras que tienden sus alas al viento, con arañas cuajadas de velas de cera y multitud de farolillos de diversos colores; cuando es llegada la hora de las cinco de la tarde; esa hora en que el sol, despidiéndose de la tierra, camina á pasos de gigante hacia su ocaso, ocultándose á través de la cordillera de montañas que nacen en la ribera izquierda del Tajo, frente á la ciudad, y que sirven de baluarte al templo sagrado de la Virgen; se deja oir en el espacio, cual si fuera el dulce y melodioso canto de los ángeles, el tañer de la pequeña esquila de la Ermita, llamando á vísperas á los fieles que se hallan esparcidos por la escarpada colina y la voz del sacerdote que eleva preces al Todopoderoso al compás de las acordes notas del armonium de la Capilla.

Una vez terminada la ceremonia de vísperas, el encargado de los festejos de la romería, con el auxilio y cooperación de una docena de chicos de doce á catorce años de edad, unidos todos, se repliegan por los pedregosos cerros que rodean la Capilla, conduciendo cada cual sobre sus hombros, guiados por su fe y amor hacia María, varios haces de leña que uno á uno, en medio de las sombras precursoras de la noche que paulatinamente van apareciendo, van colocando á ciertas distancias, en los puntos designados en los años anteriores, con el fin de que las pequeñas piras de combustible que se distribuyen en los alrededores de la Ermita, sean al anochecer otras tantas hogueras dispuestas á iluminar con su llama las concavidades de la montaña, las aberturas de los áridos peñascos y las imponentes profundidades del Valle.

Entre todas las hogueras que se preparan en la iluminación, hay una que descuella sobre las demás, por estar colocada en la cima del pico más culminante de la montaña, sobre la *Peña del Rey Moro*, desde cuyo elevado punto produce en Toledo un efecto sorprendente la rojiza llama que produce el combustible, para cuya colocación siempre se elige un muchacho que, atrevido y audaz, arrostrando el peligro de caer despeñado entre los pelados riscos, se encarame y suba hasta la cresta del histórico peñasco, envuelto entre las sombras que empiezan á invadir el espacio, á colocar la leña que ha de servir de foco luminoso, eclipsando á las demás luminarias.

IV

Al toque de la oración, la hora del crepúsculo vespertino, la hora en que la Naturaleza se aletarga y el espíritu se despierta, la hora en que las aladas avecillas retíranse á sus nidos plegando sus alas entre las hojas de los árboles; la hora en que las innumerables estrellas del firmamento extienden sus alas de luz en los espacios; la hora en que el Oriente se cubre de sombras y el Poniente de cintas purpurinas y resplandecientes reflejos; á esa hora en que los cristianos, conmemorando y alabando la Anunciación de la Virgen por conducto del emisario del cielo, el Arcángel San Gabriel, cuando de parte de Dios,

postrado de hinojos ante la doncella de Nazareth la dijo: *Ave María, gratia plena, dóminus tecum*... etc.; cuando la pavorosa noche va tendiendo su negro manto sobre la tierra, ante el indescriptible espectáculo del inmenso gentío que invade las inmediaciones y el patio de la Ermita, y ante los miles de espectadores que desde los puntos más apropósito y más culminantes de la Ciudad, distinguiendo sin obstáculo alguno la iluminada Capilla del Valle, dirigen sus miradas curiosas hacia el sitio de la fiesta; la Ermita y sus inmediaciones, como por arte de magia, al compás de la animada marcha que toca la banda de música de la población, amenizando la fiesta; entre el júbilo y algazara de los concurrentes, en medio de la obscuridad de la noche y ante la vista de los toledanos, aparece como un foco de luz resplandeciente, producida por la llama de un fuego devastador.

El bello y encantador paisaje de fuego que el Valle y la montaña presentan á los ojos de los espectadores cuando hogueras y faroles la iluminan con su luz, no es posible describirlo: digno es á nuestro juicio del pincel de un artista tan célebre como Velázquez ó Murillo. Las luminarias, repartidas con orden por la colina, levantan la llama por los aires, despidiendo chispas de oro que, á medida que se elevan en el espacio, se desvanecen á la menor ráfaga de viento, envueltas entre densas nubes de humo que en confuso remolino se remontan á los cielos cual aromático incienso que penetra hasta el Trono del Señor; los millares de cohetes que el polvorista arroja por el aire, dejando á su paso

una estela de fuego, parecen mensajeros de la tierra que en nombre de la Virgen llevan un mensaje á Dios; la armonía de los instrumentos, la multitud de farolillos de distintos colores, encendidos y colocados en diferentes formas en la portada del Sagrado Templo; lo apacible de la noche y el entusiasmo de los numerosos asistentes al acto, hacen que la noche del 30 de Abril, víspera de la romería, sea una de las más deliciosas y divertidas y de las que más se goza en la antigua ciudad de Toledo.

Una hora después de acabada la iluminación, todo vuelve á quedar en silencio; ningún ruido se oye á excepción del eterno murmullo que produce el rio al deslizarse sus aguas por las cascadas y del rumor de la oración de algunos fieles que se quedan en la Ermita velando la Imagen de María. Los devotos que, cruzando el río, unos con luz del dia y otros en las sombras de la noche, acudieron á la iluminación y fuegos de artificio, han ido descendiendo la resbaladiza cuesta que llega hasta la margen del Tajo, retirándose con orden y pausadamente por temor de caer despeñados en los enormes riscos en medio de las tinieblas de la noche, y otros, más medrosos, rehuyendo el peligro de ser devorados por los peces, toman las escabrosas sendas que por entre breñas y peñascos van á parar á Toledo por los puentes de Alcántara y San Martín.

Los primeros, no arredrándoles el miedo de sucumbir bajo las aguas del Tajo, impasibles le cruzan, sin más luz que la opaca moribunda de mezquino farolillo en la barca del *Pasaje* destinada á este servicio, conduciéndoles al lado de

la Ciudad merced á la inteligencia y pericia de sus remeros: y los segundos, imponiéndose con gusto el sacrificio de dar un largo paseo, no obstante la obscuridad que reina en el espacio, por los estrechos y tortuosos senderos que á derecha é izquierda parten de la Ermita con dirección á la Ciudad, reúnense todos, parientes y amigos, y en amable compañía emprenden la marcha, alegres como unas pascuas, llegando algunos á sus hogares á las altas horas de la noche.

LA ROMERÍA

I

Hasta aquí los preparativos y detalles de la víspera. Entremos de lleno en el fondo del asunto como cuestión primordial del epígrafe que figura á la cabeza de esta humilde narración.

Por fin, después de algunos rodeos por el campo de la descripción, hemos podido dar con el punto de apoyo de esta mal coordinada relación. Apasionados amantes de la buena lectura y escritura, hemos consagrado con gusto algunas horas de ocio, *pero sin pretensiones de escritor*, á componer este insignificante libro en cuyas humildes páginas se hace, aunque con vulgar estilo y ordinario lenguaje, la descripción de las más importantes romerías de Toledo.

Estamos en el día 1.° de Mayo, día tan ansiado por los toledanos.

Las cuatro de la mañana se oyen en el reloj de la magnífica, sorprendente y soberbia catedral; grandiosa, divina concepción del genio; inspiración sublime de la idea; riquísima joya artística, encarnación viva del espíritu de aquellos tiempos, del carácter marcado de determinadas épocas de nuestra historia; inapreciable legado de los siglos que el orgullo y entusiasmo religiosos nos ofrecen, como ejemplo, al estudio y á la contemplación de españoles y extranjeros; gigante esfuerzo de la fe; sacrificio colosal del arte; soberbio monumento transmitido por nuestros antepasados para admiración de las generaciones presentes y venideras; y... basta de elogios, porque cuantos encomios se hagan de este grande y majestuoso templo, Primado de las Españas, todos serían pequeños; toda pintura resultaría pálida ante la suntuosidad y magnificencia de una preciosidad artística que la hacen ser indescriptible.

Desde el momento en que el ronco pero dulce y sonoro eco de la campana de la Gran Metrópoli se deja oir tocando el Alba como precursora señal de que la aurora empieza á alborear, apareciendo el nuevo día, los toledanos todos se aprestan á porfía á hacer provisiones de todo género de viandas y á engalanarse de pies á cabeza con sus más ricos y elegantes trajes, resueltos una vez más á pasar el día de la festividad de su milagrosa Virgen entregados al regocijo y á la diversión más completa.

Cuando los rayos del sol comienzan á exten-

der su bienhechora luz por la escarpada colina, una hora después del toque de alba, la margen del río de la parte de la Ciudad es una valla inexplicable, conteniendo un torrente de romeros dispuestos á cruzar el Tajo, esperando que les toque el turno para embarcarse, ocupando un lugar seguro en la frágil barquilla que ha de conducirles á la opuesta orilla. Como el barquichuelo del *Pasaje* es demasiado reducido, que apenas puede sostener en su casco un número de 25 personas, por titánicos esfuerzos que pretenda hacer el barquero para trasbordar tanta gente como impaciente aguarda la venida de la barca, no le es posible acudir como quisiera, y necesita el auxilio de otra barca más pequeña, destinada al servicio de los molinos, que se ocupe en este día en conducir romeros de un lado á otro del río.

Es tal la aglomeración de gente que acude á á la romería del Valle, y tan grande el gozo y entusiasmo que inunda los corazones de los romeros, que sin poderlo evitar se han dado casos de que en el centro del río la barca ha estado á punto de naufragar con peligro de muchas vidas, á consecuencia del excesivo peso que sobre ella echaban. No siendo suficiente el poder y vigilancia de las autoridades locales á contener tan fuertes murallas de carne humana, tan numerosos grupos de romeros como impacientes desean subir á la montaña, á rendir homenaje á la Virgen, son muy contados los años, tal vez ninguno, en que no haya algún devoto de cabeza mareada que, por pasar á la barca, equivocado, entre en el Tajo de cabeza, dándose un baño que no

esperaba; bien es verdad que en el mes de Mayo no es de sentir un baño de pies de esa naturaleza, máxime cuando en semejante día se suele llevar la cabeza un poco acalorada.

Afortunadamente, sin embargo, no se ha conocido todavía un año que por causa de la romería se haya ahogado algún mala cabeza, porque la caridad y el arrojo del barquero y sus auxiliares, le ha impulsado á arrojarse al agua para sacarlos á flote, libertándoles la vida á la vista de un sin número de almas que con ruidosos y prolongados aplausos desde la orilla lo presenciaban.

Excesivo es el número de romeros que se agolpan á la orilla del Tajo aguardando que la barca los lleve al lado de la romería; pero es mayor, mucho mayor el gentío que por los Puentes de Alcántara y San Martín, se dirige á la montaña del Valle. Al llegar á los puntos más elevados de la romería, el cuadro que se ofrece á la vista é inteligencia del hombre pensador, del amante de los prodigios de la Naturaleza, el bello panorama que se presenta ante los ojos de lince del artista, es encantador. La *Gran Peña del Rey Moro*, las mesetas de las rocas, las praderas cubiertas de flores y tomillo y cuanto rodea á la Ermita, es un campo de Agramante. Se ven unos improvisando mesas sobre la parte plana de las peñas, otros confeccionando comidas al aire libre en cocinas provisionales. Aquí tiendas de campaña para preservarse de los abrasadores rayos del sol de Mayo; allí despachos de vino en casetas construídas de madera; acá puestos de golosinas de diversas clases, y allá en lo alto

de la colina grupos de gentes que danzan y grupos de gentes que gritan: todo en honor de su milagrosa Virgen del Valle.

II

Desde las cinco de la mañana hasta las diez de la misma, hora en que se celebra la fiesta principal, de media en media hora, y para dar mayor esplendor á la festividad, no dejan de decirse misas rezadas para todos aquellos devotos que quieran oirlas, que por cierto son muchos, y cuando el metal de la pequeña campana de la Capilla anuncia que las diez se aproximan y que la fiesta va á dar principio, los romeros que se encuentran esparcidos por los agrestes sitios de la colina,—que á manera de un campo de batalla, más que una romería parece un campamento—vánse poco á poco congregando en el sagrado y pequeño recinto, con santo recogimiento, dispuestos á sacrificar hasta la respiración por asistir al espectáculo de una fiesta tan solemne como es la de la Virgen del Valle y por escuchar los himnos de gloria y alabanza que desde la tribuna dedican á María los aventajados músicos de Toledo, acompañándose de sus armoniosos instrumentos.

Tan estrecha y reducida es la Ermita del Valle, tan crecido el número de romeros que asisten á ella el día de la festividad, por la cir-

cunstancia de acrecentar la concurrencia infinidad de forasteros de los pueblos inmediatos, en seis kilómetros en contorno, que vienen también en romería á rendir un tributo de adoración á la Madre de Dios, y tan apiñados están dentro del recinto durante las dos horas que se emplean en el acto religioso, que ha habido año en el que alguna señora delicada ó que se hallase en mala disposición, ha estado á punto de morir axfisiada, tanto por la atmósfera demasiado templada que se respira allí—causada por la profusión de luces con que se ilumina el Templo y por la respiración de la numerosa concurrencia—cuanto por el calor excesivo que en la primavera se deja sentir. ¡Lastima y grande es que la Capilla del Valle no sea mucho más extensa que en sí es, pues de continuar siendo como en la actualidad, tan pequeña y reducida, resultará siempre que se quedan sin poder penetrar en el Santuario, el día de la festividad, las XIX vigésimas partes de los devotos. Y hasta se observa, con pena y alegría á la par, que por escuchar de cerca la voz vibrante, ó apagada, del orador sagrado que le toque en suerte elogiar las virtudes de la Virgen, hay centenares de devotos que, despreciando el peligro de morir aplastados, toman como por asalto un sitio en el patio que da acceso á la Capilla, frente á la puerta, y desde allí, empinándose sobre la punta de sus piés, aunque con trabajo, oyen la palabra divina por boca del orador, el cual, desde la puerta del Templo donde se coloca al efecto el púlpito portátil, levanta y dirige su voz hacia el montón de cabezas humanas que, embelesadas, lo

escuchan desde afuera, con el fin laudable de que puedan oirle mejor.

¡Tales son las condiciones de la Ermita y tal es la conveniencia de que se la diera más ensanche!...

III

Las diez acaban de dar en el majestuoso reloj de la grandiosa Catedral.

La Capilla, suntuosamente decorada é iluminada con profusión de luces, ofrece un golpe de vista sorprendente. El centro y las dos pequeñas naves laterales, están cuajadas de gente esperando que dé comienzo el Sacrificio de la Cruz. Los escogidos músicos que han de contribuir á dar más esplendor y solemnidad al acto, se encuentran en la tribuna armados de sus inseparables y melodiosos instrumentos. Los sacerdotes y monaguillos se disponen á salir de la sacristía y á doblegar su rodilla ante el Trono del Señor.....

El destemplado rumor de un tamboril y la detonación de un cohete que se remonta hasta las nubes como transmitiendo el aviso al cielo, anuncian que la función ha comenzado ya. La voz angélica del sacerdote entonando el *Gloria inexcelsis...*; el canto divino de los músicos desde la tribuna y la armonía de los sonoros instrumentos que pulsan, se esparcen por el ámbito del Templo, elevándose hasta el cielo, cual si

fueran cánticos celestiales llenos de dulzura y armonía alabando las glorias y virtudes de la Virgen.

De vez en cuando, en medio del silencio que se nota en el recinto en esos intérvalos en que la orquesta se detiene para respirar un instante, óyese el triste suspirar de alguna devota que sufre en silencio, y obsérvase que alguna que otra lágrima, emanada del corazón, se escapa de sus ojos, arrancada sin duda por la dulce y arrebatadora melodía que llega á sus oídos, producida por un concierto en que cada sentimiento tiene una nota que traspasa el corazón y en que la Naturaleza toda parece que canta ensalzando las grandezas de la preciosa Virgen de Nazareth.

Durante el ceremonial de la Misa, y en medio del santo recogimiento de los fieles entregados á la meditación más profunda, transportándose con el pensamiento á más elevadas regiones, oyendo el dulce concierto cuyos cánticos se dedican á la Virgen María, se hacen la ilusión, y á nosotros nos ha sucedido muchas veces, de que son cánticos del cielo por boca de los espíritus angélicos enviados por Dios á la tierra para cantar las bellezas de su Madre; y en esos momentos de transporte, embriagados de amor por la que es Madre amantísima de los desheredados, de los pecadores todos, se suspenden los espíritus de los oyentes. ¡Oh!... El arte musical, el arte filarmónico, el arte de Santa Cecilia, el arte del Rey David, el arte de la divina Euterpe... es el arte que enaltece el alma y la eleva hasta confundirse con Dios!... El susurro

de los ríos al pasar por las cascadas; el trinar del ruiseñor; el suspiro de las auras, el zumbido de los vientos, y el gorgeo de las aves, no formarán jamás melodías ni armonías como las notas y armonías de la música.

Para expresar el sentimiento que aspira hasta lo infinito, y que surge como una plegaria, como una voz celestial del fondo de nuestra alma, no hay arte que pueda compararse con la música. Por eso la música es el arte por excelencia del amor y de la religión, es el arte por excelencia del sentimiento, y para expresar estas sublimes y sentimentales emanaciones del espíritu, se hace preciso la dulce cadencia de un instrumento; y para ensalzar las grandezas de la Madre de Dios, dándolas mayor realce, es indispensable las melodías y armonías de una bien concertada orquesta. Repetimos, llenos del más exaltado entusiasmo, que el grande, sublime, piramidal y divino arte de la música es el arte por excelencia del amor y de la religión...

Cuando el orador sagrado ocupa la Cátedra del Espíritu Santo, en el interior del Santuario y en el patio que hay fuera de él, reina un silencio profundo, parecido al de las tumbas, propio de aquellos momentos de meditación y del sagrado lugar que los romeros ocupan, pero extraño en su tanto por el acontecimiento que tiene lugar en las elevadas cumbres que dominan la antigua Corte de los católicos monarcas Sisebutos, Wambas y Recaredos. Este sepulcral silencio responde á muy elevadas miras, porque los fieles que no pudiendo conseguir penetrar en la sagrada mansión de la Virgen, se queda-

ron fuera de ella, se agrupan todos, como un solo hombre, en torno de la puerta del Santuario, con el laudable y santo fin de oir y recoger íntegras cuantas frases llenas de unción y cariño se escapan en su discurso de los labios del predicador.

Para poder justificar lo que en las anteriores líneas nos atrevemos á consignar, en honor de la verdad, debemos manifiestar que, hace veinte años, por escuchar la voz del famoso orador que entonces tuvo á su cargo el panegírico de la Virgen, entre el torrente de fieles que en inmensas oleadas se agolpa siempre á la puerta del Santuario, á causa de no poder introducirnos, distraídos se no extravió una de las joyas que más en estima teníamos, no por su valor, que era bien escaso por cierto, sino por ser hacía más de treinta años un gratísimo recuerdo de familia, recuerdo que desde entonces venía transmitiéndose de padres á hijos. Por muchas indagaciones y pesquisas que entonces hicimos, todas fueron infructuosas puesto que no pudidos dar con ella.

¡Tal es el gentío que por escuchar el Sermón de la Virgen del Valle se agolpa en la parte exterior de la puerta de la Capilla!

IV

Terminado el acto religioso, cada cual, después de dar gracias á la Virgen por haberles librado de un naufragio al cruzar la corriente del Tajo, y concedídoles el favor de haberles permitido la asistencia á su morada en el día de su festividad, se va retirando, esparciéndose por la montaña, á ocupar sus entoldadas casetas y sus tiendas de campaña. Unos á preparar las comidas confeccionadas al aire libre en sus improvisadas cocinas y otros á recoger y conducir leña del montoncillo contiguo para aderezar y componer sus meriendas: comidas de campo, que aunque mezcladas con el humo de la hoguera y pavesas de la leña, les saben á gloria, porque no hay viandas más sabrosas ni manjares más exquisitos que aquellos que se saborean en el campo. No hay comidas de más gusto ni que más exciten el apetito que aquellas que, entre una docena de amigos de corazón, se llevan á cabo en un día claro y sereno y en una extensa pradera cubierta de flores.

Para gozar, en el campo. Allí, en un hermoso día del mes de Mayo, de esos que nos describen con tantas bellezas, con tantos encantos los inspirados poetas, se dilata el corazón que sabe sentir; aspirando el aroma de las flores y respirando el dulce y suave cefirillo impregnado en el grato perfume del tomillo.

Allí, con la agradable compañía de algunas personas queridas, tendidos sobre el mullido lecho de musgo que la Naturaleza pródiga nos ofrece, admirando los grandes prodigios de la Creación, deléitase nuestra alma y se goza lo que no es decible. ¡Para gozar en el campo, repetimos! ¡Benditas mil veces sean la romerías de Toledo que tantos y tan variados goces nos proporcionan cada año!...

Cuando los romeros han saciado su apetito devorando las provisiones de boca que llevaron, y remojado sus fauces apurando sendas jarras y botas de vino que, como indispensables, se acompañan siempre á las romerías como complemento de la fiesta, todos, divididos en grupos, parientes y amigos, ínterin llega la hora de la procesión, se reparten por la colina cual rebaño de inocentes corderillos, saltando riscos y breñas, recorriendo los alrededores de la fiesta: manifestando en todas sus demostraciones de alegría que están llenos de satisfacción y que no en vano es tan deseada la fiesta de su protectora la Virgen del Valle.

Llegada la hora de las cinco de la tarde, los cohetes, hendiendo el espacio y columpiándose por los aires, anuncian con sus explosiones que la procesión va á salir. Los romeros, abandonando sus puntos de recreo, bajan de la montaña y corren presurosos hacia la puerta de la Ermita á saludar con un ¡viva! á la Madre de Dios. La preciosa Imagen de la Virgen, siguiendo la inmemorial costumbre de todos los años, es sacada en procesión, llevándola en andas al compás de la marcha triunfal que toca la música contratada

para ese dia, pasando dicha Imagen por la carrera que tiene trazada en unos estrechos y ásperos senderos que dan vuelta por la colina.

Nada más hermoso, nada más bello ni poético que mirar desde la Ciudad, la efigie de la Virgen, en una hermosa tarde de Mayo, paseando en lo alto de la pedregosa montaña. Las monjas de los diversos conventos que caen á la parte del río, dando vista á los empinados cerros de la Ermita, y los millares de almas que por vía de recreo se encuentran sentadas sobre la fresca arena de la orilla del Tajo viendo el ir y venir divertido de las barcas del *Pasaje* conduciendo romeros á la Ciudad, todos, á pesar de la distancia que los separa, saludan á María al divisarla en la cumbre de la colina. Las esposas de Jesucristo á través de sus espesas celosías, agitan sus pañuelos blancos, como dando un adiós á la Virgen, después de haber cantado, á imitación de los ángeles, la salve cuotidiana con que los cristianos saludan á la doncella de Nazareth; y los concurrentes que invaden la orilla del embarcadero, haciendo una respetuosa reverencia, la dedican también su oración.

Aun cuando la voz argentina de las Vírgenes desposadas, al entonar la salve, se pierde en el espacio, entre el rumor de las cascadas y el ruido de los concurrentes, no por eso deja de penetrar hasta el trono de la Virgen y traspasar los umbrales del Palacio del Señor. La Virgen escucha y recibe siempre, por muy distantes que nos hallemos de la Señora, las oraciones que de corazón la consagramos.

V

El golpe de vista que desde la ermita, y sobre todo desde la cima de la roca del *Rey Moro*, ofrecen las apiñadas casas de la Ciudad, las elevadas cúpulas de los artísticos edificios que se levantan como desafiando las sacudidas de los tiempos, el cúmulo de desiertas y venerandas ruinas de antiguos castillos, palacios y monasterios que fueron un tiempo mansión de poderosos monarcas, centro de inmensas riquezas, de esplendor, de fausto y de grandeza, y punto de partida de las más importantes conquistas; los derrumbaderos de escombros de monumentos que un día alzaron sus torres con orgullo, la corriente del Tajo, cascadas, molinos y fábricas que la circundan, es de lo más pintoresco que darse puede, puesto que se halla asentada sobre una tremenda mole de roca en una altura considerable.

¡Oh! ¡Y qué conjunto de elevados é históricos pensamientos cruzan por la mente del hombre pensador, remontándose con la imaginación á las pasadas edades, dirigiendo sus ojos á la antigua Toletum, desde la cumbre de la montaña denominada del Valle!

Para poder juzgar con acierto de las bellezas que en sí encierra la romería del Valle, no hay más que tomar posesión, siquiera sea por media hora, del sitio más encumbrado de las inmediaciones de la Capilla: de la gran *Peña del Moro*.

Desde este punto, sin necesidad de anteojo, solo con poseer el más rico y preciado tesoro que Dios ha dado al hombre, una vista clara y perspicaz, se puede contemplar, dando gracias al Todopoderoso, el vivísimo cuadro que á nuestra vista se presenta á la hora de la procesión, dirigiendo nuestros ojos hacia la parte del Norte, Oriente y Occidente.

Si tendemos la vista hacia la parte de Oriente, veremos con sorpresa un cordón de romeros que van y vienen como las hormigas en el estío, por el intransitable sendero que desde el Puente de Alcántara va á perderse hasta la Ermita del Valle. Si miramos por el lado de Occidente, veremos también con admiración otro reguero de gente de toda edad y condición, que acude á la romería por el penoso camino que desde el Puente de San Martín conduce hasta la capilla, y que se extiende á nuestra vista torciéndose y retorciéndose á manera de serpiente por entre los renombrados cigarrales sembrados de fructíferos arbolillos de albaricoque—la famosa fruta de Toledo—senda trazada en la cima de áridas montañas de roca, batidas por las continuas aguas del Tajo, que, guardando á la vieja Ciudad, la rodean como baluarte y defensa de los primitivos tiempos; este sendero aparece mucho más cuajado de gente y presenta más bello paisaje, por ser un poco más llano que el de Alcántara, el cual tiene un paso que causa horror, denominado *Arroyo de la Degollada*, de triste recordatorio, según las crónicas del pueblo, y porque es mucho más extenso, pues se calcula la distancia en unos tres kilómetros lo menos.

En este camino que nos ocupa, hay, sin embargo, también un sitio, que al pasar por él, hace asomar el terror á los semblantes y trae á la memoria una escena triste y horrorosa, de la que nos ocuparemos más adelante. Y si nos fijamos un poco hacia la parte del Norte, nos encontraremos con un mar de cabezas humanas, un inmenso gentío, que por no embarcarse en semejante día y no dar tan prolongado paseo por los concurridos senderos de los puentes, acuden á la orilla del embarcadero y desembarcadero, á fin de pasar una tarde deliciosa, contemplando la superficie del Tajo y las barquillas atestadas de gente, que, veloces como el viento, cruzan el lago de un punto á otro, conduciendo romeros á Toledo.

Es tal la muchedumbre, tal el gentío que al declinar la tarde se agolpa de regreso á la orilla del río, pretendiendo embarcarse á la vez, que las autoridades locales, cuyo celo es digno de todo encomio, con la cooperación de la Guardia Civil, tienen todos los años precisión de contener el turbión de romeros que, como torrente desbordado, desciende de la colina, adoptando la medida, muy acertada por cierto, de dividirlos en pequeños grupos, separados unos de otros por una distancia conveniente, procurando, con la más exquisita vigilancia, que vayan pasando á la barca por turno y ordenadamente. De no ser así, la alegre concurrencia que aguarda á la margen opuesta, muchos años en tal día, tendría el disgusto de presenciar catástrofes tan terribles (hablo en hipótesis) como la de sumergirse en el fondo del Tajo una barca atestada de hom-

bres, niños y mujeres: ¡niños inocentes que al sepultarse en sus aguas, sus carnes serían devoradas por los millones de peces que pululan en su centro, madres amantísimas que tal vez sucumbirían abrazadas á sus hijos, y padres que, haciendo desesperados esfuerzos, lucharían con el terrible elemento á fin de salvar á sus esposas é hijos!...

¡Cuántas barcadas irían á pique y cuántos romeros morirían ahogados, víctimas de su imprudente impaciencia!... La alegría y el contento se convertirían en llanto y desolación! Pero nuestra amantísima Madre del Valle, amparo y refugio de los toledanos, desde su atalaya, cual centinela que no abandona su puesto, vela por nosotros, y no permitirá jamás que tales desgracias sucedan.

UN DRAMA SANGRIENTO

I

Cuando á la caída de la tarde los devotos se despiden de la Virgen, abandonando el lugar de la romería, y por no atravesar el Tajo se dirigen por el camino que conduce al histórico *Puente de San Martín*, necesariamente tienen que pasar por un sitio llamado *Las Pontezuelas*, sin duda porque allí existe hace algunos años un Puentecillo de construcción moderna que sirve para

cruzar el arroyo titulado de la *Cabeza* y continuar el sendero que sigue hasta la Ciudad.

Al llegar á este paraje de infausta memoria, los romeros se encuentran con una pequeña cruz de madera (1), enclavada sobre un peñasco, sufriendo las inclemencias del tiempo hace ya dieciocho años. ¡Cruz bendita que simboliza la muerte del Redentor del género humano y da testimonio fiel de que en aquel lugar de quebranto se cometieron dos crímenes horrendos y se derramó á borbotones la sangre de un hombre y una mujer!..... Aquella cruz, empotrada en una roca, á un lado del sendero, trae á la memoria una escena tristísima y horrorosa causada por el amor, á veces funesto, de esas que dejan siempre profunda huella en las almas sensibles y timoratas, que por su carácter, gravedad y circunstancias merecen consignarse en la historia de los hechos horripilantes, suceso que acaso en las páginas de la historia de Toledo no se registre otro semejante.

La funesta escena á que nos referimos tiene lugar al pie del *Arroyo de la Cabeza*, en el punto arriba indicado, á la hora de las siete de la mañana del día 8 de Mayo de 1868, fecha memorable por haber dado la coincidencia de que en dicho día celebrase la Iglesia la Gloriosa As-

(1) Cuando se escribió esta obra, que fué en 1882, existía la cruz á que hacemos referencia; hoy puede decirse que ha desaparecido destruída por la impía segur del tiempo, que lo borra todo, y por la destructora mano de ciertos sacrílegos transeuntes que al pasar la apedreaban. Después hemos observado que en el mismo lugar, y para perpetuar la memoria de la joven que fue víctima de su volubilidad, por quien la cruz se levanta sobre el peñasco, se colocó el día 30 de Noviembre de 1885 otra nueva en reemplazo de la primera.

censión del Señor á los Cielos y cuya historia es como sigue:

Parece ser, según los datos que por entonces se pudieron allegar, que la joven y bella Sinforiana Torres, de 21 años de edad, natural de la Villa de Ajofrín, pero que por este tiempo (el del suceso) residía en Toledo en compañía de sus honrados y queridos padres, que á la sazón eran guardas ó conserjes de uno de los cigarrales situados en las *Pontezuelas*, mantenía hacía algún tiempo relaciones amorosas con un mancebo, hijo de Toledo, sin que á pesar del tiempo que llevaban en tan dulces y amorosos coloquios hubiesen tenido el más leve contratiempo; pero llegó un día por desgracia en que habiéndole tocado la bola negra, punto fatal que arrastra en pos de sí el número y la suerte de soldado, tuvo por precisión que abandonar su pueblo, sus amigos, su hogar y hasta la prenda que más amaba en el mundo, su encantadora Sinforiana.

¡Muchas lágrimas costó á ésta la forzosa separación de su amante, pero bien pronto hubo de consolarse, ó al menos lo pretendió, por lo que después sucedió!..... Interin el amante de Sinforiana se hallaba compliendo con la ordenanza militar, prestando sus servicios á S. M. la Reina Doña Isabel II (q. D. g.), la novia de éste, consolada ya, sin duda, de la honda pena que le causara la ausencia de su querido soldado, encontrándose indudablemente en uno de esos períodos de aburrimiento en la vida, en los que no se sabe en qué emplear el tiempo, tomó nuevamente relaciones con un joven que la amaba con todas las fuerzas de su corazón y que no era ya

un pollo, puesto que contaba 28 años de edad, en la cual es temible una acendrada pasión. El joven que nos ocupa llamábase Antonio Rodríguez, natural de Toledo y aventajado oficial forjador de espadas de la famosa y renombrada Fábrica toledana; concurriendo en él la circunstancia de que no obstante la edad en que se encontraba, aún no había amado á nadie más que á la cigarralera: es decir, que éste era su primer amor y también pretendía que fuera el último.

Antonio comprendía que su corazón frío, é indiferente hasta entonces, que no se había rendido ante ninguna mujer, palpitaba con violencia por la única que había sabido conmover sus fibras y que desde el instante en que la vió por vez primera, la amaba con toda la fuerza de su alma enamorada, con ese encendido amor que se siente en los primeros años de la juventud, con ese fuego de la primera pasión, porque en la vida no se ama más que una vez. El espadero desde que la pretendió, sin faltar ni un ápice á su trabajo en la Fábrica de Armas, no descansaba un solo momento: sólo vivía para ella: en nadie más que en ella pensaba, y no pasaba un solo día en que no saliera á esperarla á los alrededores de su casa de campo (en el cigarral de las *Pontezuelas)* y acompañarla después hasta la Ciudad y viceversa cuando iba á la compra de la mañana.

BIBLIOTECA PÚBLICA DE TOLEDO

II

Sinforiana, sin embargo, escuchaba con indiferencia y hasta con desdén las incesantes protestas de amor de su nuevo amante, y en vez de corresponder de veras al cariño de un novio tan rendido, tan verdadero y tan impetuoso, por decirlo así, como Antunio, se reía de sus promesas, burlándose de su amor, y dejando escapar de sus pulidos y sonrosados labios, frases que su lengua pronunciaba como emanadas del corazón y como recordando el nombre querido de su primer amante á quien ansiaba por momentos tener á su lado.

Después de algunos meses de relaciones en los que Antonio tuvo ocasión de estudiar detenidamente á su idolatrada Sinforiana, probando hasta hallar el convencimiento de si le amaba de veras ó no, y de leer como en un libro en su semblante á fin de observar si la sorprendia el más leve suspiro, el mas mínimo recuerdo hacia su primer amante..... Sinforiana, que cada día que transcurría se mostraba más indiferente hacia él, notándose en ella que el *empalagoso* amor de Antonio (según decía con frecuencia) empezaba á fastidiarla, dió señaladas pruebas de insconstante y veleidosa, y de que nunca sintió latir de amor su corazón por el fabricante de espadas, sino que le admitió como un juguete caprichoso, y le mintió amores por vía de pasatiempo, bur-

lando las esperanzas de un hombre de buena fe, entrañable y que amaba de corazón, desdeñando el amor puro y santo de quien, con todo el fuego de su corazón apasionado, pretendía desde luego conducirla al pié de los altares para darla el título de esposa ante Dios y ante los hombres.

En estas reñidas luchas del verdadero amor con la indiferencia..... Antonio, amando de corazón á Sinforiana, á la vez que abrasado de celos, y ésta pensando en el militar más que en el paisano, llegó un día..... ¡ojalá no llegara! en que por una de esas inesperadas casualidades que muchas veces el hado impío, el destino implacable nos presenta para nuestra perdición, sorprendió en mal hora Antonio á su amada (¡funesta sorpresa!) una carta, que leyó con avidez, de su primer amante, en cuyo contenido descubrió hasta la evidencia los amores no interrumpidos con el militar y en cuya misiva se dejaba comprender que Sinforiana le había dirigido diferentes epístolas, manifestándole que las relaciones que en apariencia sostenía con el espadero, eran un puro entretenimiento para los ratos de ocio, y que su intención era solamente esperar que tornase pronto del servicio de las armas para entregarle sin demora su corazón y su mano. Es decir, que los amores con el fabricante de armas blancas, habían sido y eran una pura farsa de comedia, y que el falso corazón de Sinforiana había sido del militar, con quien primeramente tuvo relaciones y con quien las continuaba de incógnito, sin prever las consecuencias, engañando al apasionado Antonio. ¡Hasta tal punto llega la perfidia de una mujer, que no titubea en

adquirir compromisos, sean formales ó no, con dos ó más amantes á la par! ¡Cuántas jóvenes, por desgracia, han perecido víctimas de su presunción y coquetismo por sostener relaciones con varios amantes á la vez!..... ¡Nunca hubiéramos podido llegar á imaginarnos que en una joven tan angelical, que en un cuerpo tan bien formado (á pesar de ser hija del pueblo) se hubiera podido albergar un corazón tan innoble y desleal!.....

¡Pobre y desgraciado Antonio; por su loca pasión hacia una mujer que no supo ó no quiso responder á los sinceros llamamientos de su corazón, supo morir como saben morir los que poseen un corazón noble y valiente! ¡Fue víctima de su amor loco, frenético..... Mas si el suicidio está condenado por la ley de Dios en el cielo y por la ley de los hombres en la tierra, el suicidio, á nuestro juicio, obedece á miras muy elevadas.... á arcanos tan insondables, que sólo á Dios le es dado en ellos penetrar; revelando al propio tiempo, ó sublimidad de sentimientos, ó ruindad de corazón! No obstante, el suicidio está comprendido cuando se ama como el fabricante amó; cuando se quiere á una mujer, como Antonio llegó á querer, y cuando por causa de una pasión semejante se apoderan los celos del corazón que ama..... Sin embargo, anatematizamos el suicidio, por muchas y poderosas razones que asistan al suicida para ejecutar su diabólico pensamiento. Cuando un hombre se encuentre en el colmo de la desgracia, ora por padecimientos físicos ó morales; ora por pérdidas de bienes materiales; ya, en fin, por otras causas extraordi-

narias, recurra al cielo y pida su remedio á Dios, que el de la tierra no basta.

En los tiempos antiguos, el suicidio reinó muchos años entre los griegos y los romanos. Y no caigamos en la vulgaridad de considerar el suicidio un acto cobarde. Será punible, criminal, pecaminoso, salvaje, contrario en un todo á la naturaleza humana, usurpador de las potestades de Dios; pero cobarde, no, porque, como dice un renombrado escritor, el más poderoso instinto en todos los seres de la tierra es el instinto de conservación, y en plena razón, en posesión íntegra de las facultades intelectuales, se necesita un valor á toda prueba, un impulso sobrehumano para superarlo y vencerlo.

III

Sin necesidad de la palpable prueba de la carta que tan funestas consecuencias había de producir, hacía muchos días que Antonio venía observando que Sinforiana no le daba pruebas de un acendrado cariño, y que por más que él se desvivía por servirla, por adorarla y hasta por sacrificar sus intereses en obsequiarla, ella demostraba estar siempre triste y melancólica.... y de vez en cuando exhalaba de su pecho hondos suspiros que revelaban muy claramente que alguna pena ocultaba en su corazón..... Mas el fabricante de armas que sospechaba la causa de su melancolía, no podía dejar de adivinar que á

quien amaba y recordaba á cada momento, por quien sufría y suspiraba la hechicera joven, era por el soldado de la Reina, por su primer amante; que su pensamiento y su corazón eran sólo para él, y que únicamente para el espadero conservaba frialdad, indiferencia y desdén. Así es que una tarde, después de una acalorada reyerta habida entre los dos amantes, despidióse Antonio bruscamente de su amada y anduvo tres días por la Ciudad y por los alrededores de las *Pontezuelas,* donde moraba la mujer objeto de sus pensamientos, cuya peregrina hermosura le tenía trastornada la razón y que había de ser causa de su ruina; anduvo, repetimos, como las naves sin timón en medio de la tempestad, sin rumbo fijo, puesto que tan pronto se le veía dando vueltas por el campo, como se le observaba que, encerrado en una oculta habitación de su casa, se entregaba al llanto más desconsolador.....

Su pecho respiraba con ansia como recogiendo el perfumado aliento del pecho de su adorada, insondable calabozo de su corazón atormentado..... Se le veía triste y meditabundo..... unas veces empuñando la guarnición de un brillante cuchillo de templado acero, como premeditando algún desatino, y otras arrojando de sí el arma fatal como si quisiera ahuyentar de su mente la idea de un suicidio.

—¡Oh! ¡Dios mío!—exclamaba el espadero.—¡Cuánto amo á esa mujer y qué mal me paga mi cariño! ¡Los ojos de Sinforiana son dos chispas de fuego que electrizan, dos saetas que punzan y hacen sentir al corazón más insensible, dos fuentes envenenadas que producen una enferme-

dad horrible! ¡A continuar mucho tiempo en situación tan difícil, no respondo de lo que pueda suceder!..... ¡Dios mío, Dios mío! ¡mátame ya que me has hecho tan desgraciado!..... ¡Sinforiana me engaña y sólo me ha elegido para entretenimiento, como un juguete cualquiera, hasta que torne el otro á Toledo, según ella afirma en sus cartas! ¡Yo la amo con todo mi corazón, con toda la fuerza de mi alma, con un alma Virgen en materias de amor, puesto que no he amado hasta ahora, y ella me corresponde con traiciones y desdenes!... ¡Oh! ¡Traidora Sinforiana, juro ante la pequeña cruz de este puñal que acaricio, á pesar mío entre mis manos, que, ó has de ser mía desde ahora, ó no has de ser de nadie! ¡Te atraeré á mis brazos, como el aliento emponzoñado del venenoso reptil atrae al inocente pajarillo! ¡Yo desearía no amarte, pero me es de todo punto imposible resistir á mi pasión! ¡La existencia sin tu cariño sería para mí una existencia de amargura!... ¡Sin ti ya no me es posible vivir!... Si te obstinas en no amarme, me suicidaré; pero antes morirás tú!... ¡Yo me daré la muerte sobre tu cadáver!

¡Hubiéramos podido vivir unidos como dos ángeles; mas esto es imposible!... ¡Pues juntos moriremos!...

IV

En tales reflexiones encendía su sangre con un deseo casi sin igual, á poseer el objeto de su

amor, costárale lo que le costara. ¿Qué podía perder? ¿La vida? ¿Y qué precio sin su adorable cigarralera podía tener para él la vida?...

Aunque padecía mucho, aunque sufría mucho, amaba hasta sus padecimientos, sus penas y sus dolores...

Cuando se entregaba en brazos de Morfeo, después de prolongados insomnios, solamente se consideraba dichoso cuando en sus ensueños, en sus pesadillas se ocupaba del nombre querido de su amada, aunque soñara desdenes y le despertaran angustias...

Desde el instante en que dos impetuosas pasiones, en que dos afectos se encuentran en reñida batalla, en encarnizada lucha, vence por lo general la más fuerte, la más varonil; y los celos eran tan fuertes ó más que el amor en el corazón de Antonio.

En este estado pasó Antonio tres días, que para él fueron tres siglos de tormento, hasta que por fin y para desdicha suya, amaneció el día 8 de Mayo, día de la Ascensión del Señor á los cielos. Este día Glorioso y de tan grande festividad, apareció triste y sombrío: las nubes encapotaban el horizonte, y el Sol, por más esfuerzos que hacía por aparecer radiante, no podía brillar en todo su esplendor, como si lo triste y sombrío de la mañana estuviera en armonía con la tristeza de Antonio.

Como la casa de campo, ó sea el cigarral, donde la joven vivía, dista de la Ciudad como unos dos kilómetros próximamente, en días dados de la semana, y sobre todo los festivos, salía ésta al amanecer en compañía de una her-

mana suya más pequeña y se encaminaban á la plaza de Toledo, con el objeto de hacer algunas compras de comestibles para el consumo de su casa. Todas las mañanas, como es consiguiente, á la hora de las compras, se hallaba Antonio esperando á su amada en la puerta del cigarral, á quien acompañaba, sin abandonarla un instante, hasta que tornaba á dejarla en su casa de campo.

. . . . . .

En esta mañana del 8 de Mayo, Antonio salió de su vivienda más temprano que de costumbre, con el semblante lívido y descompuesto, con la mirada vaga é incierta y pronunciando á intervalos palabras incoherentes... Y esto no podía menos de suceder al espadero, porque la noche anterior la había pasado en el desvelo y en el insomnio, no había podido ni una sola hora conciliar el sueño: la noche había sido para él una noche de infierno y de tormento y sólo ansiaba que llegase el día; así es que, armado de un buen cincelado puñal de grandes dimensiones, de la gran fábrica de Toledo, de donde era operario, se dirigió, como todas las mañanas, al sitio de las *Pontezuelas* á esperar á su hermosa é idolatrada cigarralera.

Cabizbajo y meditabundo la acompañó hasta la plaza de Toledo; y cuando ya de retorno para el cigarral, salían por el histórico puente de San Martín, aun cuando la hermana de Sinforiana acompañaba á entrambos amantes, se entabló entre los dos enamorados una seria cuestión á causa de las interrogaciones y reconvenciones que Antonio dirigiera á su adorada, impulsado

por los celos que hacía algún tiempo torturaban su corazón.

A tal extremo llegó la disputa entre ambos amantes, despreciando los humildes consejos de la joven hermana, que de vez en cuando se interponía con el plausible objeto de reconciliarlos; á tal punto de enajenación le colocaron los celos al fabricante de espadas, que al llegar al sitio ya repetido de las *Ponteznelas*... á cien metros de distancia del cigarral de la joven, embriagado de amor y de rabia á la vez, abrasado de celos y furioso cual un tigre de Bengala, blandiendo el acerado cuchillo de hoja toledana, se lanzó sobre el agraciado cuerpo de su amada Sinforiana—digno de mejor suerte—¡y le asestó dos terribles puñaladas!... La infortunada joven intentó gritar y decirle: *¡no me mates y seré tuya!*... pero á los pocos instantes cayó, revolcándose en la sangre que por sus heridas salía á borbotones!...

V

La mañana anunciaba tempestad; el firmamento aparecía preñado de negras nubes; de vez en cuando un relámpago tan extraordinariamente intenso que parecía incendiarse el Universo, atravesaba el cielo... el estampido del trueno se extendía por los abismos, y á la luz de los relámpagos y al zumbido de los truenos, terribles emociones hacían temblar los nervios de Antonio con hondísima conmoción. Este, fue-

ra de sí, despidiendo centellas por sus encarnizados ojos, rayos de fuego que iban á herir á la hermana de la víctima, quiso también asesinar á la pequeña joven, pero ésta, al verle con su faz descompuesta y empuñando el ensangrentado cuchillo con que acababa de dar muerte á su querida hermana, empezó como espantada á correr por la colina, con dirección á su casa, gritando desaforadamente, y á los penetrantes y dolorosos gritos que la joven daba, salió su padre del cigarral como movido por un resorte, pues no le era desconocida la triste y desentonada voz que oía... Voz que penetraba hasta lo más recóndito de su paternal corazón, como sutiles agujas de acerada punta.

Al ver el padre á su pequeña hija sin la compañía de su hermana, pálida, temblorosa y con el cabello flotando al viento, se quedó por un momento petrificado... parecía que un dolor moral, inmenso, indefinible, profundo, desgarraba su pecho y que un presentimiento gravísimo le corroía el corazón... ni el pobre anciano se atrevía á interrogar á su hija, porque preveía la causa de su doloroso estado, ni la niña podía articular una sola frase. ¡Bien pronto comprendió el padre, porque su corazón se lo anunciaba hacía algún tiempo, que si su hija Sinforiana no volvía en aquellos instantes al regazo de su madre, era porque la habría ocurrido alguna desgracia! ¡Bien pronto distinguió desde lo alto del cigarral, el cuerpo inerte de su hija, que yacía en medio del camino nadando en la sangre que aún humeaba corriendo por sus abiertas heridas!...

¡Pronto, muy pronto se convenció de que el

hombre de semblante pálido y desencajado que estaba parado al pie del cadáver de su bella hija, contemplando extático el mutilado cuerpo de su víctima y la ensangrentada hoja del puñal que le había servido de instrumento para su muerte, era el loco y apasionado amante de Sinforiana: el asesino de su hija!...

El padre, al ver ante sus espantados ojos un cuadro tan desgarrador, pugnaba por acudir al lugar de la catástrofe, en auxilio de la infortunada hija de su alma... más no se atrevía por temor al asesino que aún permanecía allí gozándose—ó padeciendo quizá—en ver correr la sangre de su presa, tiñendo la corriente del inmediato Arroyo de la Cabeza... Vacilaba y no sabía qué resolución adoptar; pero ya, como arrastrado por una fuerza misteriosa, la voz sin duda de su corazón de padre, dirigió su vista hacia su casa y penetró en ella precipitadamente, echándose fuera después de un segundo, armado del hacha (1) que le servía para cortar leña de los árboles del cigarral, y dirigiéndose, con la furia con que defiende la leona la guarida de sus cachorros, hacia el sitio dónde, ensimismado y sonriendo con esa sonrisa extraña de los que no tienen su razón cabal, se encontraba el matador de su hija.

Su intención quizá sería descargar el pesado acero sobre la cabeza del desventurado Antonio, vengando de esta manera la muerte del ser más querido de su alma... pero fue inútil su determinación, porque cuando llegó al lugar de la des-

(1) Histórico todo.

gracia, solo se halló con dos cadáveres... al lado del cuerpo exánime de Sinforiana, yacía tendido en tierra el del amante de su hija.

.....

VI

En uno de esos momentos de estupidez en que la sangre toda afluye y se reconcentra en el cerebro; cuando Antonio se hallaba extático, ebrio, inmóvil como una estatua, contemplando la sangre de la víctima de su amor, cruzó por su mente, cual un relámpago, la idea del suicidio...—"¡Oh! ¡La vida sin ella sería un martirio para mí:—exclamaba Antonio—no la quiero; la detesto, y ya solo deseo morir!... Más si al menos supiera que los restos mortales de mi cuerpo habían de reposar cerca, muy cerca de los suyos...—reflexionaba—si al menos supiera que mis cenizas podían unirse y mezclarse con las suyas en el fúnebre lecho de la tumba... ¡Ah!... Sinforiana de mi alma; ¡amada mía! ¡hermosa mía!... ¡Que solo vivía para tí, y nada más que para tí, voy en este momento á darte una prueba evidente!... Te dije un día que la única mujer que había sabido conquistar mi amor y transformar mi corazón, eras tú, y que solo por tu hermosura sacrificaría, si el caso llegase, hasta mi existencia!... Ya que en vida no he podido morar junto á ti, porque me rechazaste, quiero morir á tu lado diciendo al mundo:„ "¡que si héroe fuí

para querer, valiente fuí para morir!„ "¡¡Muero víctima de un amor sin esperanza!!„—Y en aquel trance tremendo, en aquel terrible momento, dirigiendo una triste mirada de despedida á la que tranquila yacía tendida en el camino, como dándola el último adiós, *se tendió boca abajo* (1) de manera que su cabeza quedase junto á la de su víctima, y colocando *el afilado extremo de su cuchillo*—teñido aún con la sangre de su adorada—*frente por frente de su corazón*, cuyos fuertes latidos, parecían decirle: "¡detente, suicida, qué vas á hacer!„ *dejóse caer á plomo sobre la acerada punta de su puñal, traspasándose el corazón de parte á parte...*

¡Como el puñal era de colosales dimensiones, causaba horror al ver el cuerpo del desgraciado Antonio, que la aguzada punta del arma homicida, después de herir y atravesar el corazón, sobresalía por el lado izquierdo de la espalda!... ¡Dios se haya apiadado de él y haya recibido en su sagrado seno las pobrecitas almas de los dos amantes!...

VII

¿Quién le había de decir al fabricante de espadas, que el magnífico puñal que con tanto esmero y perfección trabajó, le había de servir de instrumento para producir la muerte de la mu-

(1) Histórico todo.

jer que más amaba en el mundo, á la encantadora joven que había de trastornarle la razón, y á la vez también para cortar el hilo de su preciosa existencia? ¡Incomprensibles han sido y serán siempre los altos juicios de Dios!

.....

Pocos instantes después del infausto acontecimiento que acabamos de narrar, aunque en estilo sencillo, la fatal noticia se difundió con la rapidez del rayo por todos los caseríos de cigarrales inmediatos, corriéndose como por la posta hasta las casas y calles de la Ciudad; y aún no había transcurrido una hora, cuando los ensangrentados cadáveres que yacían en el tenebroso sitio de las Pontezuelas, se veían rodeados de una multitud de espectadores curiosos.

¡Triste cosa por demás era el espectáculo que íbamos á presenciar!... pues que en el número de aquellos curiosos espectadores pudimos, por desgracia, contarnos nosotros.

Las autoridades, como era natural, acudieron inmediatamente, y los dos cadáveres fueron trasladados al cementerio.

Una vez allí, colocados sus cuerpos en aquel triste y sombrío recinto, en aquella tétrica mansión de los que fueron ya, los facultativos, de acuerdo con las autoridades, procedieron á hacer la autopsia de los mencionados cadáveres.

Al despojar de sus manchadas vestiduras el mutilado cadáver de la joven, prescindiendo de la fealdad y del aspecto lúgubre que ofrecía ante los espantados ojos de los circunstantes, pudo admirarse el cuerpo más perfecto, el cutis más blanco y las formas más encantadoras que verse

puedan en mujer. Su alabastrino cuello, sus robustos brazos, sus torneadas piernas y su cuerpo todo, no parecía sino que acababa de salir de las manos del más afamado escultor. Ni aun el más hábil tornero hubiera podido dar á luz obra tan perfectamente acabada.

Al ver tanta belleza en tan lamentable estado, los espectadores no pudieron contener el llanto aunque furtivo: de sus ojos se desprendió, surcando sus mejillas, más de una lágrima de compasión, cuyas gotas de rocío, emanadas del corazón, iban á posarse sobre el destrozado cadáver de la joven.

Los instrumentos quirúrgicos de los facultativos, á impulso de sus inteligentes y hábiles manos, cortaban las finas y delicadas carnes de Sinforiana cual si degollaran una res del tiempo de las matanzas. "¡Pobre y desventurada joven y en qué estado tan triste llegó á colocarte tu inconstancia y veleidad!...„

¡Aprended! ¡Oh jóvenes enamoradas, y no os burléis jamás del amor y promesas de un hombre cariñoso, amante, espiritual, todo corazón: circunstancias que concurrían en el fabricante de espadas!

La pasión,—y es la pura verdad,—según la define un gran filósofo, es un deseo exaltado; pero también duradero; es una sed hidrópica, que cuanto más bebe más se exacerba; es un fuego que abrasa y no consume, como el fuego del infierno; es un dolor dulcísimo, agradable, voluptuoso que deseamos prolongar en vida y hasta más allá de la tumba...

Contemplando detenidamente las bellísimas

formas de un cuerpo como el de la cigarralera y como el de otras muchas y hermosas mujeres, por muy estéril que sea nuestra inteligencia, podremos llegar á comprender lo hermoso que será Dios, nuestro creador, puesto que nos ha formado á imagen y semejanza suya. ¿Cómo no habia de ser la criatura hermosa, si el único Artífice que puso sus manos en esta obra era Dios, y los cinceles que le sirvieron de herramientas, divinos?...

EL CRISTO DE LA VEGA

I

A romería ó romerías de los siete Viernes del *Cristo de la Vega*, es la que los toledanos celebran con más devoción y recogimiento. Así como en las demás romerías se celebra el día de la festividad con suculentas comidas de campo, con opíparas meriendas y con todo género de diversiones al aire libre, en ésta del *Cristo de la Vega* sólo se observa que los devotos todos, penetran en la Capilla, se arrodillan ante la severa imagen del Redentor y se entregan á la meditación más profunda. No se oye el ruido y algazara que se deja oir en las demás festividades. Y esto es debido á que en estas romerías de los siete Viernes, se considera á Jesucristo pendiente de la Cruz, en los últimos instantes de su vida, pronunciando con sus amoratados labios las últimas palabras de amor hacia los pecadores; palabras que habían de ser siete preceptos de enseñanza para los hombres que quedaban en la tierra.

En los siete Viernes que siguen á la Pascua de Resurrección, todos los años, conmemorando las siete palabras que Dios habló para el bien de las criaturas, se celebra en la cristiana Ciudad de Toledo, una romería que empieza desde las primeras horas de la mañana y termina á la hora del crepúsculo vespertino, á esa hora en que el sol, escribiendo su despedida, su último adiós á la tierra que le vió nacer, moja sus rayos de fuego á manera de pluma en las negras tinieblas que le sirven de tintero.

Náda más hermoso, sobre todo para las cristianas madres de familia, que abandonar el lecho (los Viernes consagrados al *Cristo de la Vega*) á la hora en que principia á despuntar la aurora, asir de la mano á sus pequeñuelos y conducirlos á la Capilla del Cristo á rendir homenaje al Dios de las Misericordias.

Como por lo general las mañanas de Mayo convidan á salir al campo á respirar las auras primaverales, es inmenso el gentío que acude á la romería con el objeto de oir las misas que se celebran.

A derecha é izquierda de la entrada de la Basílica, vénse diferentes puestos de golosinas, multitud de juguetes y monerías de barro y las renombradas roscas de la *Olivilla* que, á imitación de las célebres rosquillas de la tía *Javiera*, en la ruidosa romería de San Isidro en Madrid, gozan en Toledo de una fama imperecedera.

Pero cuando la romería va tomando incremento, cuando va ofreciendo interés á los concurrentes, es desde las cinco en adelante, hora en que dan principio los ejercicios en la Capilla.

A esta hora las puertas del Cambrón y de Visagra, no pueden contener el torrente de fieles, la compacta muchedumbre, la gran concurrencia de romeros que desciende de la Ciudad con dirección á la Vega donde se halla situada la Ermita del Cristo.

Así como en la romería de la Virgen del Valle, por la elevación en que está colocada la Capilla, hay que ascender á una altura considerable, trepando por cerros y peñascos, en ésta del *Cristo de la Vega* desde que se llega á los barrios de San Juan de los Reyes y San Martín, hay que ir descendiendo paulatinamente hasta llegar á la profundidad de un frondoso y ameno Valle, en la ribera del Tajo, donde está enclavada la Ermita, desde cuyo punto empieza la hermosa Vega de Toledo, tan llana y tan espaciosa, que durante los meses de Abril y Mayo, cuando tienen lugar estas fiestas, desde las puertas del Cambrón y otros puntos que la dominan, ofrece á los ojos de los amantes de las bellezas poéticas una perspectiva encantadora, con su fértil suelo cuajado de flores y amapolas, cual si fuera un gran salón cuyo pavimento se hallara cubierto de rica alfombra encarnada.

Los concurrentes que, encaminándose al sitio de la romería, desean á la vez darse un largo paseo, toman siempre la salida de la población por la puerta de Visagra, donde á través de los siglos y á manera de guardias de honor de la Ciudad, se hallan enclavadas á derecha é izquierda de la entrada, desafiando las inclemencias del tiempo, las majestuosas estatuas, toscamente labradas en piedra, de los valerosos y ca-

tólicos monarcas D. Alfonso VI, *el Conquistador* y D. Alonso VIII, *el Bueno*. El primero de estos Soberanos, después de algunos años de sitio, arrebató á los árabes su hermosa y querida Ciudad de Toledo, entrando en ella triunfante después que los moros contaban tres siglos de residencia y dominación, cuyo feliz acontecimiento tuvo lugar el 25 de Mayo de 1085, precisamente el día en que en Toledo se estaba celebrando una suntuosa fiesta consagrada á San Urbano. Y el segundo, apellidado *El Batallador*, siempre al frente de un numeroso ejército de aguerridos cristianos, peleó y venció á los moros en más de cien batallas, dándole celebridad y nombre la gran victoria que alcanzó en la derrota que sufrieron los árabes en las cercanías de las Navas de Tolosa allá por los años de 1212 de la era de la redención.

II

Al hacer mención de la Romería del *Cristo de la Vega*, se nos viene á la memoria la grande, sublime y maravillosa tradición de este crucifijo; tradición que, sin embargo del tiempo transcurrido desde que se verificó el suceso, se conserva todavía en la fe de los cristianos hijos de Toledo y se guarda en los anales de la historia, trasmitiéndose de generación en generación.

Y ya que hablamos de tradición, no podemos menos de consignar que nos extraña sobrema-

nera que el Sr. Olavarría, al escribir su interesante obra TRADICIONES DE TOLEDO, se haya olvidado de incluir en sus brillantes páginas una de las tradiciones que más se distinguen, que descuellan entre todas las que encierra la antigua é histórica Ciudad; pero no dejamos de comprender que el haber prescindido el Sr. Olavarría de esta admirable tradición, habrá sido quizá por ignorancia ó por carencia de datos.

Cuando en los ratos desocupados, por la profunda afición á la buena lectura repasamos con gusto las hermosas páginas del libro TRADICIONES DE TOLEDO, siempre hallamos de menos la bella tradición del *Cristo de la Vega*. En una obra en donde su autor parece estar bien informado de todos los sucesos y tradiciones de Toledo, después de siglos y siglos pasados sobre los hechos que refiere, nos extraña, repetimos, que no haya podido allegar datos de una tradición con la cual hubiera dado más valor á su histórico trabajo y hubiera completado la colección de sus tradiciones.

Ya hemos manifestado repetidas veces que, *sin pretensiones de escritor*, y sólo por pasatiempo, pues siempre hemos creído que la ocupación más útil, más santa, más fructuosa é instructiva, es aquella en que se escriben y estudian libros selectos, hemos emprendido este sencillo trabajo, en cuyas humildes páginas ensalzamos, aunque sin elegancia, las bellezas de las romerías de la Imperial Toledo; y al llegar á la descripción de la romería del *Cristo de la Vega*, aprovechamos la ocasión, henchidos de alegría, de poder decir algo acerca de la tradición á que nos referimos.

He aquí la tradición conforme con los datos que hemos podido recoger:

TRADICIÓN

I

Allá, en el tiempo de las célebres campañas de Flandes, cuando el siglo XVI caminaba á pasos de gigante hacia su término, habitaba en Toledo un hermoso y gallardo mancebo, hijo de una familia hidalga, llamado Diego Martínez, tan audaz, tan calavera y tan pendenciero que, nuevo Don Juan Tenorio, se hacía temer de los espadachines de su tiempo, y con sus galanterías se captaba el amor de las más hermosas toledanas. Estas contaban de él, como por una gracia especial, sus proezas y sus conquistas de amor, y todas le adoraban en secreto; y las más recatadas y virtuosas se limitaban á esquivar su gallarda presencia, á huir del fuego magnetizador de sus ojos: tan imposible era resistirse á sus galanterías.

Para poder formarse una idea de este afortunado galán, baste saber que en achaque de seducción, en materia de amor, en cuanto á conquintas de corazones femeninos, era todo lo que Satanás había podido inventar más perfecto en aquel siglo aventurero. Sin embargo, las más bonitas jóvenes de la nobleza toledana, le amaban

desde el instante en que le veían una sola vez. Valiente como el Cid, no titubeaba en proponer un desafío al rival que se le atravesase en la vía de sus amores; y las enamoradas jóvenes al ver su bizarría y su arrogante figura, todas á porfía procuraban conquistar su corazón, considerándose muy dichosas con ser la señora de sus pensamientos.

Por este tiempo vivía también en la ciudad de los Godos una familia ilustre, de las primeras de la alta aristocracia toledana, cuyo Jefe tenía por nombre D. Ibán de Vargas, el cual, hacía algunos años que había experimentado la sensible desgracia de perder á su idolatrada esposa, quedándole tan solo en su compañía una hermosa hija de 17 años, llamada Inés, tan encantadora, con unos ojos tan hechiceros, que era imposible no amarla viéndola siquiera una sola vez: tan difícil era no quedarse perdidamente enamorado de Inés al encontrarse alguna vez sus ojos con los de algún apuesto galán, como el Sol deje de girar sobre su esfera. Así es que una mañana apacible en que Diego se paseaba muy tranquilamente por las afueras de la puerta del Cambrón, vió con admiración—aunque ya tenía algún antecedente—que una dama, encubierta con un velo y enlutada desde los pies á la cabeza, se dirigía, acompañada de una anciana dueña, hacia la Iglesia de San Martín, atraídas sin duda por el tañer de la campana, que llamaba á los fieles á Misa.

La bella Inés y su dueña iban todos los días á la misma hora á oir Misa por el alma de su señora madre.

El templo de San Martín, Parroquia entonces, en esta época de la historia existía en el barrio que continúa llamándose de San Martín, cerca de San Juan de los Reyes: hoy no existe más que el solar donde esta Parroquia estuvo un tiempo situada.

La admiración de Diego al ver á aquella joven enlutada, como la Virgen de Nazareth, fue causada por la lentitud de sus pasos, por lo flexible del talle, por la blancura de su rostro que, aun á pesar del tupido velo que le cubría, bien podía Diego adivinar que era hermoso. Este mancebo, al cerciorarse por sus propios ojos de que la dama cuya belleza le habían ponderado tanto no podía ser otra que aquélla, la siguió hasta la misma Iglesia y se colocó, durante el sacrificio del Calvario, frente por frente de ella, dirigiéndola, haciendo caso omiso de la ceremonia del altar, miradas de fuego, que Inés no podía resistir y que paulatinamente iban penetrando en su alma cual chispas eléctricas, haciéndola aparecer en su hermoso rostro las ruborosas tintas del carmín. Inés, sin duda, aunque no fuese más que por mera curiosidad, debió olvidarse por algún momento de la Misa, apartando los ojos del altar y dirigir una mirada furtiva al mancebo que se hallaba junto á ella; mas al encontrarse las dos miradas, el elocuente lenguaje de los enamorados, hubieron de comprenderse, puesto que desde aquel instante la joven sintió por el bizarro galán lo que jamás había sentido por nadie; y él, si no la correspondió, al menos la hizo creer que la amaba.

D. Diego, antes que acabara la Misa, se echó

fuera de la Iglesia, y se colocó á la puerta del templo, esperando que saliera su bella enlutada. Al salir D.ª Inés y su dueña, Diego, saludándola, se bajó el birrete hasta los pies, y echó á andar en pos de ellas; y al volver una esquina de las callejuelas donde la bella Inés vivía, Diego se adelantó cortés y se dirigió á la joven encubierta diciéndola... cuanto dicen los galanes enamorados en el acto de pretender á una dama. Allí, en medio del temor de que la sorprendiera su padre, aunque la dueña acechaba, pues las dueñas ó especies de amas de gobierno de aquel siglo, no servían más que para encubrir y facilitar citas amorosas á sus señoritas, pudo escuchar de los labios del enamorado Diego, frases de amor hacia ella y á las que Inés no tardó mucho en corresponder.

Desde aquel momento puede decirse que el corazón de Inés de Vargas era de Diego Martínez, y el corazón de este mancebo era de Inés, pero incompleto, porque una parte de su corazón le tenía consagrado y repartido á otras hermosas mujeres; pero la incauta y enamorada Inés no lo comprendía. Creía que Diego no podía amar á nadie más que á ella. Aquella noche Inés no pudo dormir.—Si mi padre no consiente en que me case con él—se decía agitada por el primer remordimiento de su vida—he hecho mal en hablarle... ¡Y es tan galante y tan hermoso!... No puedo dudar—decía al desnudarse—de la ternura de mi padre: si me prohibe que le hable será por mi bien. Además, que es la primera vez que le veo...

Y ahora que reflexiono, ha sido demasiada

osadía dirigirme la palabra... Debe ser un joven calavera... ¡Casi me dan ganas de burlarme de él!... ¡Qué modo tan atrevido de mirar!... ¡Sus ojos, es verdad, son muy hermosos; y su boca, su frente y sus cabellos!... Pero ¿por qué me ha de quitar el sueño ese mancebo?... ¿Por qué su imagen se ha grabado en mí?... ¡No quiero volverle á ver!—Y se cubría la cabeza con las ropas de su lecho.

Después una idea horrorosa deslizóse hasta el fondo de su alma y tembló de la cabeza á los pies, diciendo:—¿Y si va á buscar otra más bonita que yo?... ¡Los hombres son tan atrevidos y tan necios!... ¡Oh!... ¡esta noche me es imposible conciliar el sueño!... ¡hace un calor sofocante!...— Sentóse en medio de su lecho y continuó su monólogo, hasta que por la mañana tornó á asistir á la misa de San Martín.

II

Ya en relaciones, Inés, creyendo de buena fe en las protestas de amor de su amante, en las promesas de casamiento que Diego la hiciera y de que muy en breve se presentaría á su padre en demanda de su mano, perdidamente enamorada de Diego, aprovechando la ausencia de su padre que muchos días la dejaba en compañía de su dueña, abría el postigo de su casa y daba paso á su amante, permaneciendo horas enteras el uno al lado del otro.

La dueña que, en estas escenas de amor desempeñaba su papel á las mil maravillas, cuando le parecía llegado el caso... se retiraba á otra habitación y les dejaba solos á fin de que pudieran hablarse sin testigos, entregándose plenamente á la ternura de sus coloquios y á la dulce embriaguez de sus amores.

De estas repetidas entrevistas en *solitario campo*, resultó lo que no podía menos de resultar... una embriaguez de amor que hizo que la joven incauta cayera sin sentido en el abismo insondable de la culpa, profanando el templo sagrado de su honra... Así es que el fogoso corazón de Diego, bien pronto hubo de saciarse de tanto como recibía del corazón de D.ª Inés, pues las pobres é inocentes mujeres cuando se enamoran de un hombre lo hacen de todas veras, llegan hasta el frenesí...

Entre la enamorada Inés y el gallardo y calavera D. Diego, tuvieron lugar durante las horas y los días de ausencia de su honradísimo padre, como hemos indicado anteriormente, tiernísimas conferencias y voluptuosas escenas de amor... Mas llegó un día en que D. Ibán, observando en su adorada Inés intranquilidad en su espíritu y extraña palidez en su semblante de ángel, aguijoneado su sobresaltado y paternal corazón por la idea de que su hija le hubiera deshonrado, por la sospecha de que en un momento de extravío, causado por el poderoso magnetismo del amor, hubiera mancillado las canas que cubrían su cabeza, quiso inquirir, leyendo y estudiando atento en los ojos tristes y en la faz descolorida de su Inés, la causa de la metamorfosis que se había

operado en su hija hacía un poco tiempo y que tan disgustado le tenía.

A consecuencia de los impetuosos amores con D. Diego, Inés, que se sentía enferma, tuvo precisión de seguir las prescripciones del médico, guardando cama unos días; y al regresar su padre de una breve expedición, enterado por la vieja dueña, se encontró con que su querida Inés se hallaba postrada en el lecho, padeciendo quizá una enfermedad cuya causa sospechaba; enfermedad de afección, incurable como todas las enfermedades del alma.

D. Ibán, entonces intentó ver á su hija; pero ésta hubo de negarse á recibir en su cuarto á su padre, porque no notase su desolación y sospechase; negóse con más voluntad, porque ella comprendía que el señor de Vargas, su padre, no desconocía la causa de su angustioso estado: la aterraron las frases de su padre que pudo oir desde su alcoba, y el tono airado con que estas frases fueron pronunciadas. Sin embargo, D. Ibán insistió en ver y hablar á solas á su hija, y para conseguirlo mandó á la anciana, con imperiosa voz que saliera del aposento; á cuyo brusco mandato, la dueña, asustada por tanto imperio y refunfuñando por lo bajo, no tardó en obedecer. D. Ibán penetró y cerró por dentro la puerta del dormitorio de su hija, y adelantó pausado, grave, terrible, silencioso, hacia el lecho sobre el cual reposaba su Inés, echada de cara y sumergida en la apariencia, en la mayor desolación.

El atribulado padre la contempló durante algunos segundos de una manera sombría, con una inmovilidad espantosa. Como Inés tenía el sem-

blante vuelto á los almohadones, no podía en manera alguna ver á su padre; si le hubiera visto, indudablemente se hubiera estremecido.

El furioso oleaje de la terrible tempestad que en aquel momento se agitaba en su alma, aparecía al descubierto en su semblante, en su mirada, en sus labios áridos y temblorosos; la intención de esterminar era reemplazada por la expresión de la rabia y del despecho, y á esta sensación sucedía la del sentimiento paternal, el más intenso, por decirlo así, de los sentimientos; y tanto más, cuanto más indigno, cuanto más desventurado, á consecuencia de sus faltas, es el ser que excita este sentimiento.

Y cuando la conciencia íntima de un padre le dice que lo exagerado de su amor indiscreto por su hijo es el orígen de las faltas de éste; cuando reflexiona y piensa maduramente que una saludable severidad, con sabios y acertados consejos, y una dirección á toda prueba hubiera salvado de funestas consecuencias á su hijo; cuando comprende que se ha equivocado y que él es el responsable de los tristes efectos de esta equivocación; cuando aquellos efectos están en contradicción con su manera de obrar, de sentir y de ser; cuando gusta á su despecho la amargura de la decepción de un sueño que se desvanece, dejando patente una verdad aterradora; un padre, en tal situación, repetimos, no puede menos de encontrarse destrozado enteramente por una lucha horrible entre sus aspiraciones y la realidad, entre sus creencias y la desgracia que le abruma, le desespera, le torna loco.

Vargas, en aquél caso, necesitaba hablar; ne-

cesitaba obrar, y atolondrado, no sabía qué hacer ni qué decir..... Otro padre, un padre vulgar, hubiera apostrofado y reñido á su hija, la hubiera maltratado, hubiera tenido con ella una explicación ruidosa, pero hubiera tenido presente aquello de que, *en situaciones dadas*, un casamiento inmediato todo lo arregla y deja cubierto el desliz. Pero D. Ibán era un hombre digno, enérgico, que sentía de una manera recta por su culto idólatra á la dignidad, al honor; se le representaba con los colores más vivos, más punzantes, la idea de su hija, olvidando lo que debía á la dignidad de su padre y á su propia dignidad, arrojándose en los brazos de un hombre que no era su esposo, le enajenaba el sólo pensamiento del menosprecio hacia él, del hombre que á escondidas, y haciendo traición á su buena fe, aprovechándose de su sueño, en las horas de reposo, de su ausencia y su descuido, había osado arrebatarle el riquísimo tesoro de la castidad, del pundonor de su hija; le parecía y con razón, que no podía haber obrado de buena fe un hombre que había procedido de una manera tan indigna, que había cometido una acción vergonzosa; sentía la humillación por la propia humillación que acrecentaba el ultraje con la mofa y el escarnio; deploraba la afrenta por la afrenta misma que aumentaba la injuria con la burla y el desprecio; porque el hombre que ama, como únicamente puede y debe considerarse el amor en toda su plenitud, juzga sagrada, inviolable, la mujer objeto de su amor, y necesita, para llevar su amor á la esfera de la materia, hacerle legítimo por los medios establecidos dentro de la religión

católica, de las leyes, de la moral y de las más sanas costumbres, que obran siempre de acuerdo.

¿Se había acaso opuesto D. Ibán de Vargas á la inclinación y voluntad de su hija?... ¿Se le había dado parte siquiera por la dueña encargada de la dirección y cultivo de una flor plantada en el sagrado vergel de su palacio, cuya fragancia embelesaba su corazón de padre; se le había avisado por ventura de aquel amor peligroso, funesto, que le asaltaba como un ladrón que, oculto en las negras sombras de la noche, penetra en ajena morada, que le sorprendía con una deshonra consumada, cuando se conceptuaba seguro de la virtud de su Inés? Por último, después de tan sombrías reflexiones y vencido ante la fuerza misteriosa del sentimiento paternal, limitóse Vargas á interrogar cariñoso á su hija hasta convencerse de la amarga realidad en cuanto al estado de su Inés: ésta no pudo ya menos que confesar á su padre que amaba de corazón á D. Diego, y que ciega de amor por el mancebo habíase arrojado en sus amantes brazos y habíale entregado su honor, mancillando el de su padre.

Al escuchar D. Ibán de los temblorosos labios de su hija tan amarga confesión, aunque sereno y resignado, no pudo menos que dejar correr una lágrima, emanada de su corazón, y esperar, aunque con forzada calma, una ocasión propicia para deliberar con D. Diego. ¡Oh amor paternal! ¡Y qué bien definió este afecto del corazón quien dijo que el amor es un círculo dentro de otro círculo, que incesantemente gira! No obstante el ultraje que Inés había inferido á su

honrado padre, éste procedió con ella á la manera como procede el Sol con la Tierra, que los mismos vapores que de la misma emanan, formándose en el espacio densas y tupidas capas con que oscurecen su esplendente luz, estas capas y estos vapores, como por arte de magia, los convierte el Sol en benéficas lluvias que riegan y fertilizan los campos.

De tal suerte hubo de cansarse Diego de Inés, que sus visitas ya no eran tán continuas, ya no paseaba su calle con tanta frecuencia, ya no la miraba como otras veces; en sus conversaciones notaba Inés indiferencia y desdén; ya no la hablaba de su padre, ni de su concertado enlace. La afligida joven, al observar en su Diego cambio tan inesperado, no pudiendo resistir los fuertes vaivenes de su corazón acongojado, le salió al encuentro un día que, indiferente, pasaba por debajo de sus rejas y no llamaba como en otros tiempos, y entre apenada y severa le dijo:— Diego: respóndeme á lo que te voy á preguntar: abreviemos el asunto. Ya sabes que, como virgen que era en materia de amor, desde que te vi en San Martín la primera vez, te amé con todo mi corazón: me hablaste y te contesté: creí en tu amor y te entregué mi alma, de tal manera que, con mi corazón, te di también mi honra... ¡qué vergüenza!... ¡Mi padre sabe ya que durante su larga ausencia y por espacio de muchos días, has pasado largas horas á mi lado, dentro de mi habitación... Sabe que has penetrado en el sagrado de su morada, sin su paternal permiso... ¿Qué va á ser de mí, Diego, si no tratas de reparar nuestra falta?... ¡Si eres hidalgo, si en

tu corazón se alberga un átomo de caballerosidad, cúmpleme la palabra que tantas veces, en mi aposento y á través de las rejas, alegre escuché de tus labios!... ¡Ya que has mancillado el honor de la que antes de conocerte era pura como el aroma de las flores, lávale al menos con la honra tuya!... ¡Límpiala de una negra mancha que me tortura el corazón y me conducirá al sepulcro si no lo haces!... Llévame al pie de los altares, y allí, ante Dios y ante los hombres, otórgame tu mano de esposo! ¡Por las canas de mi padre, por su honra, por la mía te lo ruego: hazlo, ó déjame para siempre!—Diego, procurando calmar la ansiedad y zozobra de su amada, la dirigió una mirada arrebatadora, y sonriendo de la manera con que él sabía hacerlo para subyugar á las mujeres, desembozándose airosamente, dejando al descubierto la rica guarnición de su espada toledana, la dijo con frases de cariño:

—Inés de mi alma: de aquí á un mes debo partir á las guerras de Flandes: mi honra, mis aspiraciones, mi amor á la patria y mi religión, me llaman allí... Un año lo más, Inés mía, podré emplear en la campaña: y una vez terminada la guerra, á mi vuelta me enlazaré contigo, llevándote á los altares... ¡Que honra que yo haya deslucido, con la mía, Inés querida, he de procurar lavarla: que los hidalgos que como yo nacen honrados, deben pagar honra con honra: deben devolver lo suyo por lo que á otros han robado!

No debieron satisfacer ni tranquilizar á doña Inés las palabras que su amante acababa de pro-

nunciar, cuando desconfiada y resuelta le dijo:—La palabra, Diego, es aire; jura lo que acabas de ofrecerme.—Pues qué, Inés, ¿acaso mi palabra no tiene más fuerza, más valor que un simple juramento?—¡Las palabras, Diego, se las lleva el viento!—repuso afligida Inés.—¡Vive Dios, Inés, que es mucha tu tenacidad y desconfianza! ¡Dalo por jurado y no sospeches mal de mí!... ¡Cuando un caballero como yo hace una promesa, debe darse por cumplida! ¡No mienten nunca hidalgos de mi linaje!—¡Ah! No te creo, Diego; no me fío de calaveras como tú, que se marchan á la guerra: tus palabras no me satisfacen, porque al ver á otras mujeres aún más hermosas que yo, muy bien puedes olvidar tus palabras y tus promesas en ese extraño país. Hay en ese pequeño, pero rico y pintoresco reino, según he leído muchas veces, muy bellas y muy graciosas flamencas...¡Cuando tú las veas te olvidarás de mí!... ¡Júralo, te suplico!...

—¡Pardiez, Inés, que no se te puede sufrir tanto recelo de mis promesas!... ¿Qué pretendes, pues? Haz de tu Diego lo que quieras, que resuelto estoy á complacerte: deseo al ausentarme de tí, que te quedes tranquila y fíes en mis palabras.—Pues bien, Diego,—repuso doña Inés—quiero que, como buen cristiano, jures á los pies de la sagrada imagen del *Cristo de la Vega,* ante la efigie del Crucificado, como único testigo, que á la vuelta de la guerra te enlazarás conmigo: deseo que me lo jures. ¿Y quién mejor testimonio que Dios? Esta tarde, que está hermosa,—proseguía doña Inés—bajaremos en paseo á la ermita del *Cristo de la Vega,* y allí, ante la pre-

sencia de Dios, prestarás tu juramento: hazlo para mi tranquilidad: si así no lo hicieras, tu Inés no podría vivir durante tu ausencia... ¡Malditas guerras!... ¡Malditos reformadores!... ¡Maldito Lutero y malditos herejes!... ¡Si no fuera por ellos, tú no te apartarías de mi lado... Pero se trata de la defensa de nuestra sacrosanta, divina y única religión Católica, Apostólica, Romana, y tu deber, como cristiano y como caballero, te llaman á batirte con los reformadores protestantes: á contrarrestar las emponzoñadas doctrinas del monje de San Agustín: del fraile apóstata Martín Lutero, que á imitación del Angel Caído, se rebeló contra Dios y sus preceptos!

Aun cuando es intenso el dolor que me causa tu ausencia, aunque tuviera que morir cien veces, Diego mío, debes ir á pelear por la religión de Jesucristo: yo te aconsejo que vayas. Y cuando, en nombre de la cruz que llevas en tu espada, entres en batalla, acuérdate de tu Inés y no olvides el juramento hecho ante otra cruz, ante el *Cristo de la Vega*, que yo pediré por tu triunfo en mis continuas oraciones!

Diego, al ver la insistencia de su adorada Inés, no pudo menos de rendirse, dándola palabra de que aquella misma tarde emprenderían el paseo con dirección á la *Ermita de la Vega*.

Al principio vaciló un momento, pero tenaz y porfiada Inés, comprendiendo Diego el estado zozobroso en que se hallaba el amante corazón de su amada, á quien muy en breve iba á abandonar, se decidió por fin á bajar á la Vega á prestar su juramento de amor y fidelidad ante la *Imagen del Redentor*.

III

Una hora después de la escena que acabamos de narrar, la dueña, doña Inés y D. Diego, salían por la puerta del Cambrón, descendiendo por la pendiente y tortuosa senda que conduce hasta la *Ermita del Cristo*. Inés caminaba con el velo caído sobre su pálido rostro, exhalando de vez en cuando alguno que otro suspiro: Diego, comprendiendo el estado angustioso de su prometida, la dedicaba frases de amor y consuelo como si tratara de ahuyentar la pena de su alma contristada; y la dueña, haciendo oídos de mercader, como ajena é indiferente á los tiernos coloquios de los amantes que custodiaba, tendía la vista á través de sus espejuelos, por la extensa y florida campiña—la fértil *Vega del Cristo*—y por la ribera del Tajo que cerca de la Ermita se halla, suspirando de vez en cuando como recordando los pasados tiempos de su juventud.

Por fin llegaron á la *Basílica de Santa Leocadia:* á la *Ermita del Cristo de la Tradición.*

Al penetrar en el lúgubre claustro que hoy da acceso á la capilla dónde reposan los restos de tantos personajes de feliz memoria que existieron ya, cuyo panteón era distinto en aquella época, los ojos de D. Diego se fijaron un instante en la faz descolorida de doña Inés, como queriendo interrogarla acerca del respetuoso y delicado paso que iban á dar, y la vista de la atri-

bulada doncella se posó también en el pálido semblante del gallardo mancebo, como diciéndole: Si me amas de veras, ¿por qué tiemblas, por qué vacilas? ¿Si no has de faltar jamás á tu palabra, por qué temes hablar delante de Dios?

¡Ah! que aquellas miradas dirigidas en un momento de estupor, por decirlo así, producido en el triste y sombrío recinto del Claustro, ante multitud de lúgubres sepulcros y á la puerta de la morada del Dios de la Majestad, tenían para entrambos mucha significación. El espíritu de D. Diego debía padecer en extremo, porque, aunque cristiano, el juramento que iba á prestar ante el mejor de los testigos, ante Dios, no era emanado del corazón; iba á ser un juramento falso, porque jamás tuvo intención de ser esposo de doña Inés... y por eso vacilaba, por eso temblaba como un azogado.

El enamorado, el noble corazón de doña Inés, era por el contrario, estaba, aunque conmovido, alegre, anhelante, deseando llegar á los pies del Crucifijo para oir de los labios de su amado el sí tan apetecido, manifestando en su semblante el placer que le causaba aquella entrevista con la imagen de Jesucristo, la tranquilidad de su alma y la paz de su conciencia, porque ella amaba de corazón y esperaba, con la vuelta de su amante, la reparación de una falta cometida en un momento de embriaguez amorosa; falta que, según su entender, debe perdonarse cuando se ama como Inés amaba á D. Diego.

Dentro ya de la capilla, ambos se postraron de hinojos ante el sagrado cuerpo del Redentor, pendiente del leño santo de la cruz, y oraron

unos breves instantes. Después de dirigirse otra mirada aún más elocuente que la primera por hallarse más cerca del Tribunal de la Majestad Divina, hizo Inés que D. Diego se subiese encima del altar y colocase su mano derecha sobre los sacratísimos piés del Crucifijo; y en esta actitud, Inés, con acento humilde y resuelto á la vez, mostrando el rostro grave y sereno, dirigióse á su amante en los términos siguientes:—Diego: ¿juras ante Dios, que cuando tornes de la guerra te has de desposar conmigo?... ¿Juras que no has de amar á otra mujer más que á mí?...

Y D. Diego contestó con voz violenta y extraña:—¡Sí juro! ¡Por el que está pendiente de esta cruz bendita, juro que á mi vuelta has de ser mi desposada!...

Después de tan solemne juramento retiráronse del templo y subieron á la empinada cuesta que parte desde la ermita hasta el barrio de San Martín, dónde doña Inés vivía.

Durante el corto trayecto no hablaron los amantes ni una sola palabra: D. Diego caminaba ensimismado y preocupado con la promesa que acababa de hacer, y doña Inés suspiraba de vez en cuando por la separación de su amante y por la duda de su vuelta, duda que, cual saetas de acerada punta, torturaba su corazón.

—Si sucumbe en la contienda—decíase Inés—¿qué será de mí?... Y si se olvida del juramento y no torna á mi regazo, ¿qué castigo nos deparará el cielo, á él por perjuro y á mí por el menosprecio de mi honra?...

Por fin llegó el tremendo instante de la sepa-

ración: en el obscuro portal de su casa, en una hora en que D. Ibán se hallaba durmiendo la siesta del mes de Junio, y la dueña vigilaba, tuvo lugar en voz baja la escena de despedida. Lo que hicieron y dejaron de hacer, lo que se dijeron y dejaron de decir, las lágrimas que se vertieron, los apretones de manos y los tiernísimos ósculos de amor que entre ambos se cambiaron es imposible describirlo: solo queda á la consideración del lector ó lectora, si afortunadamente ha estado alguna vez enamorado: son escenas de un placer indefinible, que sólo las comprenden aquellos que hayan amado de corazón; como se debe amar; como doña Inés de Vargas amaba y como nosotros hemos amado y amaremos, hasta el sepulcro.

Al siguiente día de esta despedida, D. Diego Martínez, montado sobre un brioso caballo andaluz, pertrechado de todas armas, salía por la puerta del Cambrón, no sin haber pasado antes por la empedrada calle donde moraba su Inés para darla el último adiós, con dirección á los campos de batalla de Flandes. Doña Inés, aunque con los ojos enrojecidos por el llanto, se subió al torreón de su palacio para dirigirle la última mirada y para ver mejor el galopar de su arrogante corcel que se confundía entre la densa nube de polvo que iba dejando á su paso.—¡Adiós, Diego de mi alma!...—exclamaba Inés llorando.—¡Quién sabe si te veré volver!... ¡Quizá antes de que tornes de la guerra, habré dejado de existir!... ¡El dolor de tu partida me atenacea el corazón! ¿Tornarás á Toledo? ¿Te acordarás de esta desolada mujer? ¿Olvidarás el

juramento? ¡Ah! ¡que entre la duda y la impaciencia noche y día estoy luchando!

La noche posterior del día de la partida de su amante y muchos días después, los pasó Inés anegada en llanto, de tal suerte, que le produjo una triste enfermedad, enfermedad incurable ante la cual muchas veces la ciencia se muestra impotente. Las enfermedades del alma no las curan, no pueden curarla los facultativos: el único lenitivo para esos dolores, para los dolores del corazón enamorado, es la unión con la persona cuyo corazón es causa de sus padecimientos: los padecimientos de amor no los cura nadie más que el enlace de un corazón con otro corazón; el corazón que sufre con el corazón que causa el sufrimiento.

Así, pues, á medida que el tiempo iba transcurriendo, la incurable enfermedad de doña Inés se iba acrecentando más y más. Pasó un día y otro día, y un mes y otro mes y otro; y un año y dos años y tres... pero Diego no tornaba de la guerra, según á Inés la prometió. En vano Inés derramaba abundantes lágrimas postrada de hinojos al pie del Crucifijo donde su amante prestara el juramento antes de partir. Allí, ante la efigie del *Cristo de la Vega*, muchas tardes después de ocultarse el Sol tras la barrera de montañas que se pierden por la ribera del Tajo, la atribulada Inés bajaba á consagrar fervientes oraciones al Redentor de los hombres y á demandarle de corazón que su Diego, á quien amaba, volviese pronto de Flandes... pero por más plegarias que elevaba al cielo y por más promesas que ante el Cristo hacía, el soldado no tornaba.

Inés, devorada por la duda de su vuelta y por los celos de que en la gran metrópoli de Flandes amase á otra mujer, se entregaba á la desesperación... y por espacio de muchos días, al obscurecer, envuelta en un negro manto de merino, con el velo caído sobre su pálida faz, sola é impaciente y despreciando ya la impertinente compañía de la dueña, echábase fuera de la Ciudad saliendo al campo por las puertas de Visagra ó de Cambrón á ver si su prometido volvía; pero en vano, porque el guerrero, sin duda, ya se había olvidado de todo. ¡Ay, del pobre que consume su existencia esperando un bien que no ha de recibir!... ¡Más como la esperanza es del cielo un don hermoso y funesto á la par, muy pronto esa esperanza, alentada por la duda, se suele trocar en celos que cancerau el corazón de la mujer celosa!... Si aquello que se aguarda es realidad, es un consuelo dulcísimo; pero cuando sólo es quimera, fieción, mentira, al contemplar la realidad del engaño, la persona que la dicha espera se entrega de lleno en brazos de la desesperación.

IV

En este estado pasaba Inés los días unos en pos de otros, y su hermoso rostro de día en día íbase marchitando en fuerza de tanto gemir.

¡Desventurada Inés, y qué caro te costó un

rato de placer al lado del hombre que se llamó tu amante!...

En vano se arrodillaba á los pies del confesor para confesarle el estado de su alma y pedirle un consejo ó un antídoto para mitigar sus penas. En vano, sí, porque las prudentes y cariñosas frases de un respetable y anciano sacerdote, jamás pueden ser útiles para aliviar las penas del amor. Inútil era que la acongojada Inés, cuando tornaba del campo, se presentase á su padre vertiendo torrentes de lágrimas, demandando favor y justicia, suplicándole que escribiese á su prometido... El pobre padre la contemplaba y la oía mudo como la estatua del dolor: nada podía contestarla, porque su propia deshonra le tenía la lengua oprimida.

Dos años empleó la joven en esperar y gemir, y cuando ya iba perdiendo toda esperanza de que las campañas de Flandes terminaran, pronto llegaron á Madrid y á Toledo noticias favorables á las doctrinas del Salvador, en las cuales se decía que las guerras luteranas habían llegado á feliz término, y que los españoles, defensores de la *Religión de Cristo*, tornaban triunfantes al calor de sus hogares.

Estas noticias reanimaron algún tanto el afligido corazón de doña Inés, pues la enamorada joven creía que pronto, muy pronto, abrazaría á su desterrado amante; más cuando vió y se persuadió de que todos cuantos caballeros toledanos asistieron á la guerra, volvían al hogar de sus mayores, y el amante que con tanto afán esperaba no parecía, su pesadumbre entónces no tuvo límites.

Ella veía con amarga pena que muchos jóvenes hidalgos como su amante, enorgullecidos con sus victorias, se presentaban á sus prometidas y las daban su mano de esposos.

Estas escenas de verdadero amor, celebradas á la vuelta de la guerra, acababan por martirizar más y más el amante corazón de doña Inés, porque la mayor parte de estos casamientos se llevaban á cabo entre muchas damas que la honraban con su amistad.

Rehusaba la invitación á estas bodas por no padecer más; no quería presenciarlo, porque envidiaba á sus amigas y el recuerdo de su perjuro amante le punzaba más el corazón.

. . . . . .

V

Por fin llegó una tarde serena, tranquila y apacible. El Sol de Occidente, encaminándose á pasos de gigante hacia su ocaso, teñía con sus purpurinos rayos de fuego la amena vega que baña el Tajo.

La afligida Inés se hallaba á esta hora, como todas las tardes, subida en lo más alto de su torreón, apoyada en una de sus almenas, tendiendo su vista de lince hacia el campo por donde le parecía que había de venir su Diego. Y cuando más entregada se hallaba al recuerdo de su adorado tormento, recuerdo que á cada momento le hacía asomar las lágrimas á sus enrojeci-

dos ojos, le pareció distinguir á lo lejos del camino una confusa nube de polvo causada por un tropel de soldados de á caballo que con dirección á Toledo caminaban.

Veloz como una centella descendió Inés del torreón; más sintiendo la joven que su corazón empezaba á latir con violencia, con inquietud y zozobra, inmediatamente se dirigió á la puerta del Cambrón á esperar que penetrasen por aquel paso los armados caballeros que hacia la ciudad se encaminaban.

Su palpitante corazón la anunciaba, y no la engañaba, que en aquel tropel de corceles venía su Diego: el soldado de Jesucristo; el gallardo mancebo que con tanto anhelo esperaba; el que había de ser su esposo; el que había de colmarla de una felicidad sin límites; el que había de curar sus enfermedades devolviendo la paz á su corazón.

Poco tiempo hacía que la enamorada joven esperaba en la puerta del Cambrón, cuando aparecieron por debajo del primer arco de esta entrada, sobre veinticinco lanceros montados sobre otros tantos hermosos caballos.

A la cabeza de este pequeño escuadrón, venía un orgulloso galán que, pagado de su valor y su grados, envanecido con sus ascensos, parecia tender miradas de altanería y menosprecio. Este personaje, al verse jinete sobre un arrogante y brioso caballo andaluz, y á juzgar por el distinguido uniforme que vestia, no dejaba la menor duda de que era el Jefe de la Sección; era el Capitán. Con su preciosa banda azul, con su magnífica espada toledana pendiente del cinto, con

su rica bota de ante, y con sus valiosas espuelas de oro, debía estar hasta hermoso; cualquiera mujer se hubiera considerado feliz con ser la esposa de tan apuesto galán.

Así es que Inés, que aguardaba que penetrase por la puerta, al mirarle y reconocer en él á su Diego, dió un grito de alegría, y asiéndose con mano fuerte al estribo del jinete, le dijo fuera de sí:—¡Eres tú, Diego!... Y Diego, que no era otro el Capitán, con la mayor indiferencia y mirándola de reojo, contestóla amostazado:—¡Vive Dios, que no recuerdo quien seas!...

Al escuchar la bella joven respuesta tan desairada, exhaló un ¡ay! triste y desgarrador, que á poco cayó al suelo sin sentido.

Inés, que esperaba que su amante, después de tanto tiempo de ausencia, después de tantas noches de insomnio, de tantos días de vigilia, de tantas angustias y tantos suspiros, la hubiera recibido con dulzura, la hubiera hablado con palabras tiernas y cariñosas, con esas frases con que los enamorados se comunican sus secretos amorosos, máxime cuando había permanecido tanto tiempo separado de su lado... encontrarse con un recibimiento tan glacial, con unas miradas tan indiferentes, con una contestación tan brusca y tan altanera, ¡ah! ¡que eso fue una sacta de acerada punta que atravesó su corazón! ¡Ella, que esperaba con el pecho henchido de placer, que Diego la hubiera saludado con ternura, que la hubiera citado para la noche siguiente, si es que por aquellos momentos no pódía apearse de su caballo porque se lo prohibiese la ordenanza militar! ¡Ella, que esperaba que él la hubiera recordado

el juramento de la Cruz! ¡Ella, que esperaba todo ésto!... ¡Ah! que esa fue la causa de su dolor...

¡Pobre é incauta doncella, y qué lejos estabas de conocer el mundo y sus amaños! ¡Qué ignorante de comprender que el carácter de los hombres se cambia como se cambian los tiempos!

Por regla general, el hombre que viene al mundo envuelto en pobres y humildes pañales, cuando por su valor y sus méritos llega á colocarse en la sociedad en que vive en un alto grado de fortuna y poderío, se transforma en déspota y orgulloso; así es que Diego Martínez, que salió para la guerra de simple soldado aventurero, cuando tornó de estas ruidosas campañas venía hinchado de presunción, porque él era el Jefe del Escuadrón, porque se había conquistado el grado de Capitán de aquella época; distinción que había ganado por sus grandes hechos de guerra, por sus méritos y hazañas en los combates; y como ya era Capitán, se consideraba que ya no era el Diego de antes; como ya no era un simple soldado de guerreras aventuras, sus pensamientos crecían á medida que aumentaban sus honores. Se había hecho tan pretencioso, que todas las mujeres le parecían pequeñas para él. ¡Tal es la influencia que ejerce en algunos hombres el cambio de posición, de poder y de mando!

En todas las épocas de la vida ha habido hombres ambiciosos, llenos de vanidad y orgullo; pero jamás ha faltado ni podrá faltar la más sublime de las virtudes: la caridad.

El Capitán, al ver el desmayo de la joven, á quien conoció desde los primeros instantes, aplicó al caballo sus espuelas y se dió á correr por

las obscuras y tortuosas callejuelas hacia el centro de la ciudad.

VI

Sin embargo, dos días después del accidente de la joven Inés, cuando el Capitán D. Diego penetró por la puerta del Cambrón, viendo la burlada dama que su antiguo amante no se dignaba visitarla como en otro tiempo hacia, cansada ya de esperar, un día á la caida de la tarde se rebujó en su obscuro manto, y sola, á pasos desatentados, encaminóse á casa de D. Diego y se presentó á éste, primero con amenazas, después con ruegos. Unas veces, Inés, vertiendo copioso llanto le suplicaba abrazada á sus rodillas con las melenas al viento; y otras asiéndose de sus manos le decía:—¡Diego, Diego mío! no salgo de esta casa sin que me des tu mano de esposo: ¡recuerda el juramento hecho ante el *Cristo de la Vega!*—Y cuanto más suplicaba Inés, tanto más indiferente y severo se mostraba Diego con ella... Mas al contemplarse la joven menospreciada de aquel modo; al sentirse herido su amor propio; en uno de esos momentos de resolución en la mujer, enjugándose las lágrimas que aún corrían por sus descoloridas mejillas, cual heroína de novela, alzóse bruscamente del suelo, y habló al pérfido Diego de esta manera:—¡Al partir para la guerra de Flandes se fue contigo mi honra!... ¡Al ausentarte de mi, me dejas-

te un juramento!... ¡Para apreciar ambas prendas, para estimar el valor de cada una, elegiremos el mejor de los peritos, las pesaremos en la más fiel de las balanzas!... — Y cubriéndose con el velo con ademán resuelto y despreciativo, echóse fuera del aposento de su perjuro amante.

VII

Por este tiempo, era, á la sazón, Gobernador de Toledo, nombrado por el Rey, D. Pedro Ruiz de Alarcón, hombre recto en el obrar, y á la vez valiente y justiciero.

Una mañana se hallaba este poderoso señor en su rico palacio, rodeado de grandes personajes, de Jueces y de multitud de corchetes que custodiaban las puertas del salón, arrellanado en un magnífico sillón, bajo dosel de rica seda como presidiendo el Tribunal Superior, en cuyo Congreso se trataba la importante cuestión de las reformas.

Gran concurrencia se apiñaba en los corredores del Palacio y á las puertas del regio y majestuoso salón; y sin embargo del numeroso concurso, sin embargo de estos muros de carne humana, entre la compacta muchedumbre que embarazaba la entrada en aquellos críticos momentos, se abrió paso una mujer, pálida y descompuesta, con rostro de intensa aflicción, con los ojos enrojecidos por el llanto, con la voz enronquecida por tanto gritar y gemir, con el

cabello destrenzado y el manto á medio prender; y al presentarse en el salón, resuelta y prudente á la par, postróse á los pies del Gobernador, diciendo con desentonada voz:—¡Justicia, señores Jueces! ¡Justicia, gran señor!...—D. Pedro bajose de su trono y alzola cortés con su mano, rodeando á la desolada y hermosa mujer la multitud de curiosos que invadia el salón.

El Gobernador, entonces, viendo el alarmante estado en que se presentaba la doncella, la dirigió afable la palabra diciendo:—Hermosa joven, ¿qué deseas de tu Gobernador?...—¡Deseo justicia, señor!—¿De qué?—¡De una joya que me han robado!—¿Y cuál es esa joya?—¡Mi corazón!—contestó la joven.—¿Tú lo diste acaso?...—¡Le presté, señor!—¿Y no te lo han restituido?...—¡Aún no!—¿Tienes testigos?—¡Ninguno, señor!—¿Y promesa?—¡Sí, por Cristo, que al partir para Flandes me prestó un juramento solemne!—¿Y quién es el mancebo?—¡Diego Martínez!—¿Es noble?—¡Sí, por Dios, y á más es Capitán, señor!

En aquel momento oyóse una severa voz en el salón, que dijo:—¡Conducid á mi presencia al Capitán D. Diego, que si una palabra empeñó creo que sabrá cumplirla!

Hubo en la regia estancia un momento de silencio, sin que nadie se atreviera á despegar los labios ante el rígido semblante del Gobernador, y á seguida dejóse oir por los alfombrados pasillos del Palacio el acompasado son de unas botas con espuelas y la voz gangosa de un viejo portero, que levantando el tapiz decía anunciando:—¡El Capitán Martínez!—¡Que pase al momen-

to!—dijo D. Pedro.—Y en esto se presentó Don Diego en el salón, despidiendo por los ojos rayos de furor y orgullo.—¿Sois vos el Capitán D. Diego?—¡Yo soy!—contestó entre sereno y altivo.—¿Conocéis á esta afligida y simpática mujer?—Ha tres años, si no estoy equivocado.—¿La disteis palabra con juramento de ser su esposo?—¡No, señor!...—¿Juráis, Capitán, no haberlo jurado?—¡Sí lo juro, y lo juraré cien veces si así lo queréis!—¡Pues entonces, Capitán, id con Dios; no se os puede castigar!—¡¡Miente!!—exclamó Inés, derramando copiosas lágrimas de despecho y de rubor.—Joven, piensa en lo que dices,—díjola el Gobernador.—¡¡Digo que miente!! ¡Una palabra me dió, un juramento me hizo!—contestó resuelta Inés.—¿Tienes testigos?—insistió el Gobernador.—¡Ninguno, señor!...—Capitán, podéis retiraros. Y perdonadme que un momento haya podido dudar de vuestro honor.

D. Diego, entonces, haciendo un brusco saludo á la Presidencia, se echó fuera del salón; mas la atribulada doncella, al verle salir de allí con los ojos radiantes de satisfacción por el triunfo que sobre ella y su acusación alcanzaba, inundada en un torrente de llanto, dirigiendo su turbía y velada vista hacia la puerta por donde salió su perjuro amante, con firme y decidido acento gritó:—¡¡Llamadle, señor, llamadle; tengo un testigo!! ¡¡Llamadle otra vez, porque tengo el mejor de los testigos!!

En aquel crítico y solemne momento, dejó sentir Inés en el fondo de su alma una voz misteriosa, como inspiración del cielo, que la hizo

recordar, en medio de sus angustias y entre tanta concurrencia, el juramento que su amante la hiciera *al pie del Cristo de la Vega*. Por eso dijo:—¡Señor, tengo un testigo, el mejor de los testigos: ese testigo era Jesucristo!

Volvieron á llamar al Capitán, y éste se presentó otra vez ante el Tribunal, manifestando en su torvo y pálido semblante la inquietud que embargaba su corazón.

De la propia manera que el navegante teme en medio de la tormenta cuando ve en lontananza venir sobre sí las olas hinchadas y furiosas, así Diego temblaba delante de la majestad del Gobernador. Y vacilaba tanto por hallarse ante el Tribunal de la justicia de los hombres, cuanto que comprendía que muy en breve había de comparecer ante el severo é inapelable Tribunal de la recta justicia de Dios.

El Gobernador dirigióse á la triste doncella como si quisiera interrogarla, y la joven que así lo comprendió, prosiguió diciendo:—¡Señor, cuento con un testigo quien jamás faltó á la verdad, y quien siempre tuvo razón! Un testigo que siempre habló con el corazón en la mano y á quien siempre debemos creer.—¿Y quién es ese testigo?—Un hombre que desde un afrentoso suplicio, donde hace XIX siglos espiró, escuchó nuestras palabras de amor.—¿Luego ese hombre no existe?...—¡Sí existe y existirá eternamente!—¡Vaya, joven, que me parecéis loca!—díjola serio el Gobernador.—¿Quién fue? ¡Decidlo de una vez!—Y la joven contestó:—*¡El Cristo de la Vega!*... ¡ante cuya Cruz juró y ante cuya faz perjura!...

Al escuchar el Gobernador y su corte el sagrado nombre del *Redentor del Mundo*, del Rey de Reyes, del Soberano de Cielos y Tierra, pusiéronse todos en pie, asombrados de haber escuchado de labios de una doncella apelación tan excelsa. Reinó en la estancia un silencio sepulcral, causado por el pavor y la sorpresa de tan inesperada apelación, de tan extraño testimonio. Y Diego, al contemplar aspecto tan sombrío, tan severa ceremonia, bajaba la vista lleno de vergüenza y confusión. En aquel instante se acordaba de que era cierto lo que D.ª Inés decía; de que era verdad el juramento: conocía que le faltaría valor para desmentir á un testigo como Dios. ¡Ah! Capitán D. Diego, ¿cómo os habíais de imaginar que el *Cristo de la Vega* había de ser vuestro acusador y vuestro Juez?... ¡Olvidásteis, Capitán, no obstante ser fervoroso cristiano, que jurar es poner á Dios por testigo... y cuando para afianzar más su palabra se busca un testigo como Dios, ante la *Divina Majestad*, no debe faltarse nunca á un juramento, puesto que se la ofende y se la ultraja!

Viendo el Gobernador la conmoción del Capitán y la tranquilidad que al parecer se dibujaba en el rostro angelical de la joven demandante, cambió con sus jueces algunas palabras en secreto, y después, dirigiéndose á doña Inés, la dijo con majestuosa voz: La ley, hermosa joven, debe ser igual para todos: tu testigo es el mejor de los testigos... más para interrogar á semejantes testigos, no existe ni debe existir más Tribunal que el Tribunal del cielo. Sin embargo: pondremos en juego cuantos medios estén á nues-

tro alcance.—Escribano: al declinar la tarde de hoy, á la hora en que el Sol va descendiendo hacia su ocaso, bajaremos todos en solemne procesión á la Ermita del *Cristo de la Vega* y tomaréis declaración á la sagrada Imagen del Redentor. Prometo que el acto ha de ser solemnísimo y ha de ofrecer interés á la concurrencia.

VIII

La tarde designada por el Gobernador D. Pedro Ruiz de Alarcón para el grande y extraño acontecimiento que iba á tener lugar ante la efigie del Nazareno, en la Ermita de la Vega, se presentaba serena y apacible.

Los habitantes de la gran Ciudad de los Godos, de la Imperial Toledo, aprestábanse todos, grandes y pequeños, hombres y mujeres, ancianos y niños, nobles y plebeyos, para presenciar un acto que por su carácter y circunstancias, por el lugar santo en que se iba á llevar á cabo, prometía ser asombroso y grande.

A este objeto veíase por el alto del *Miradero*, por las salidas de Visagra y del Cambrón, confuso tropel de curiosos, inmensos cordones de gente que bajaban de Toledo con dirección á la Ermita del *Cristo de la Vega* á ser espectadores de la declaración del Crucifijo.

Entre la numerosa concurrencia, veíase una especie de procesión, una comitiva distinguida, entre cuyos uniformados personajes destacábanse

se el Gobernador D. Pedro de Alarcón, D. Ibán de Vargas, los escribanos, jueces, hidalgos, corchetes y guardias. Acompañaban también á esta comitiva, las órdenes religiosas desde los Dominicos hasta los Trinitarios, y desde los Capuchinos hasta los Carmelitas.

Caminaban pausadamente con la vista fija á la tierra que pisaban, con aire de austeridad y las manos cruzadas sobre el pecho. Algunos de sus severos rostros eran redondos, colorados, mofletudos, con sus cabezas peladas colocadas sobre cuellos hercúleos, cuyas señales denotaban una vida tranquila y regalada y una conciencia sin mancha. Los rostros de otros monjes se manifestaban pálidos y sombríos, señal de profundos estudios, cilicios y penitencias, y arrugados por los contínuos sufrimientos de la expiación: parecían, más que religiosos, fantasmas vivas cubiertas con tosco sayal; en una palabra, señales todas que demostraban bien claramente la vida de los conventos, el anverso y reverso de la vida monástica. En pos de este respetable séquito, veíanse gentes del pueblo de ambos sexos y una turba de chicuelos.

Entre esta solemne procesión, destacábase, como una aparición angélica, la hermosa figura de doña Inés de Vargas. Sus cabellos, negros como el azabache, caían rizados, con graciosa naturalidad, sobre sus torneados hombros. La frente, blanca como el alabastro, ó como la nieve de los Alpes, y tersa como un espejo, reflejaba los purísimos rayos del Sol. Llevaba los párpados entreabiertos, y á través de sus largas pestañas, á manera de encaje de luto recortado,

ocultaban una mirada triste, pero rebosando una gracia encantadora.

Una sonrisa al parecer tranquila y serena, una de esas dulces é inefables sonrisas que han salido ya del alma sin llegar siquiera á los labios, revelaban pudorosamente los extremos de su boca, con una expresión infinita de bondad y de dulzura. Nada era tan bonito ni tan perfecto como la barba, en que terminaba el preciosísimo óvalo de tan hechicera criatura. Su torneado cuello alabastrino se enlazaba á su seno por una curva llena de gracia y encanto, y sostenía su linda cabeza columpiándose como el tallo de una violeta impelido por las auras.

Al llegar la procesión á la Vega baja, otra turba aún más numerosa les aguardaba, entre cuyos concurrentes se encontraba el altanero y presumido Diego Martínez, con su bizarra apostura, con su gracioso uniforme, con su rica espada toledana pendiente del cinto y con sus magníficas espuelas de oro.

Al fijarse en su gallarda figura, los plebeyos le miraban de reojo á través de sus embozos, y las mozas esperando que las devolviera una mirada de sus hermosos ojos, le dirigían miradas de fuego como codiciando de su graciosa boca una palabra de amor. ¡Cuántas jóvenes, nobles ó plebeyas, hubieran dado una trenza de sus hermosos cabellos por ser la elegida de su corazón! Joven, calavera, hermoso, gallardo y Capitán, todas las mujeres le miraban con interés...

IX

Cuando la comitiva hubo llegado al sitio del espectáculo, las gentes que invadian las entradas y los alrededores, abriéronla paso y penetraron todos en el sombrío claustro que entre la Capilla y el patio se encuentra.

Al penetrar en la pequeña Ermita, encendieron algunos cirios como para dar más severidad al acto. Postráronse de hinojos ante la efigie, y oraron con respeto. Las gentes no cabian de pie en la reducida Iglesia, en el claustro, en los patios y en las afueras de la Basílica. Aquel espectáculo tenía para incrédulos y creyentes algo de sobrenatural.

Cuando el Gobernador hubo terminado su oración, el Credo de los cristianos, dejóse oir, en medio del murmullo de la concurrencia, la cavernosa voz de un Escribano que decía:—¡Católicos: guarden todos silencio! ¡que va á dar comienzo la declaración!

Todos callaron: nada se oía á excepción del apagado ruido que producían las hojas del libro movidas por el Escribano: aquel silencio tenía algo parecido al silencio de las tumbas que á dos pasos de allí se encuentran...

En esto á una señal del Gobernador se adelanta el Escribano, y por medio de una gradilla de tres escalones que al efecto colocaron, subióse

sobre el altar del *Santo Cristo*, de modo que con su rostro llegara hasta el costado del Redentor.

A la derecha del altar se hallaba doña Inés de Vargas; á la izquierda D. Diego Martínez, y detrás de éstos el Gobernador, los Monjes, los Jueces y los Guardias.

La escena presentaba un aspecto respetuoso, sombrío y hasta lúgubre. Tenía una semejanza, al ver los Guardias armados con sus lanzas, á la escena del Calvario...

Así que en alta voz el Escribano hubo leído dos veces la acusación entablada, este funcionario, en nombre de la ley y por orden del Gobernador, dirigió su balbuciente palabra á Jesucristo de esta manera:

—¡Jesús! ¡Redentor nuestro! ¡Hijo de María! Ante el Tribunal Superior y por boca de doña Inés de Vargas, habéis sido, señor, citado como testigo: ¿juráis ser verdad que una tarde, en este sagrado recinto, y ante vuestras divinas plantas, hizo Diego á doña Inés juramento solemne de desposarse con ella?... ¿Juráis ser cierto, Dios mío?...

Hubo un instante de silencio.

En aquel momento vióse con asombro y hasta con terror desprenderse del *Madero Santo de la Cruz*, la mano derecha de la efigie, y posar la punta de sus divinos dedos sobre los autos escritos por el Notario; y allá por los aires se dejó oir al propio tiempo una voz más que humana que dijo: *¡Si juro!* Era la voz de Jesucristo.

Al escuchar aquella voz extraña, la turba medrosa dirigió su vista hacia el rostro del Redentor, y vieron con admiración que el Crucifijo

tenía los labios entreabiertos y una mano desclavada, señales que antes de la ceremonia no tenía.

X

Desde entonces los cristianos de Toledo, alentados por su fe y acrecentada ante el milagro del juramento, veneran con entusiasmo la *Milagrosa Imagen del Cristo de la Vega.*

Allí mismo, en el acto del juramento ó de la prueba, en la misma capilla del Nazareno, renunció Inés las vanidades del mundo: se desposó con Jesucristo en uno de los monasterios de Toledo... y el capitán D. Diego, el seductor, el pendenciero, el calavera, el temerario, el hidalgo, el caballero, el presuntuoso, el nuevo D. Juan Tenorio, siguiendo el ejemplo de su adorada Inés, arrepentido de corazón, profesó también en uno de los conventos de monjes de la Ciudad. Allí, en el monasterio, renunciando para siempre á los encantos y desencantos del mundo, solo se consagraban á Dios. ¡Tal vez en el retiro de un claustro se considerarían más dichosos que en el estado del matrimonio!...

¡Oh!... ¡y cuántos males puede acarrear en la Sociedad, en el seno de familias honradas y en el hogar paterno, un hombre vil, seductor y sin corazón!

El Gobernador, los Jueces, los Escribanos y los concurrentes todos, dieron fe de este milagro,

firmando el acta y otros documentos, cuyos escritos se guardaron como oro en paño en uno de los archivos de la Ciudad, para perpetua memoria de los venideros siglos.

Dícese también que el Gobernador D. Pedro de Alarcón, mandó construir el altar donde se venera el Santo Cristo, y á sus expensas, por espacio de mucho tiempo, se celebraba cada año y en el propio día en que se obró el milagro, una solemne función, consagrada al *Santísimo Cristo de la Vega*. Esto tuvo su término con la fundación de las célebres funciones toledanas de los siete Viernes después de Resurrección. Siete viernes consagrados al Cristo crucificado, en consideración de las siete palabras que Jesucristo pronunciara pendiente de la Cruz...

XI

Cuando con la imaginación nos transportamos á los florecientes tiempos de las monarquías godas, en cuya época estaba tan perfectamente representado y defendido el Cristianismo, no podemos menos de hacer comparaciones entre los presentes tiempos y aquellos de feliz memoria de los *Sisebutos y Recaredos* (1).

(1) No intentamos herir ni lastimar en lo más mínimo á los dignísimos actuales representantes de la Religión cristiana, que cumplen cual deben con la sagrada misión que Dios les confiara, haciendo, como hacen, esfuerzos sobrehumanos, para defenderla y propagarla, si cabe, hasta los confines del

Entonces sea veía que los grandes y poderosos de la tierra se cuidaban más de la prosperidad de la Iglesia de Jesucristo, que de la prosperidad de los caducos bienes de la tierra. ¡Oh!... ¡y cuántos testimonios de fe viva nos legaron nuestros cristianos antecesores, y cuántas pruebas de verdadero Catolicismo, guiados por el amor á Dios, transmitieron á la posteridad!

Díganlo sino los grandiosos edificios que á través de los siglos se conservan todavía como para darnos ejemplo y recordarnos nuestra glacial indiferencia religiosa, levantados un día para rendir en ellos adoración al Soberano de Cielos y Tierra: los suntuosos y magníficos Templos erigidos para promover y alentar más y más la Religión del Mártir del Calvario!

Díganlo si no también las esculturas primorosamente labradas en piedra de los católicos monarcas de la dinastía goda *Sisebuto y Sisenando*, que se encuentran, á pesar de los siglos, cual vigilantes centinelas que guardan la morada de sus mayores, á la bajada al *Cristo de la Vega*, en la salida de la puerta del Cambrón.

Al príncipe Sisebuto, por sus excelentes condiciones, proclamáronle Rey de los godos á principios del siglo VII, por los años de 612 de la Era de la Redención, cuyo valiente soldado é invencible Capitán derrotó y humilló en más de cien batallas á los déspotas y ambiciosos Emperadores Romanos que, derrocado su poder y desmem-

mundo: aludimos á que los tiempos han cambiado en cuanto á fe y creencias religiosas, que difieren mucho de aquellos en que se celebraban Concilios acerca de tan augusta materia.

brado su Imperio por las innumerables y sangrientas derrotas sufridas en más de cien combates al empuje y bizarría de los distintos Capitanes visigodos, empezaban á sentir el enorme peso de su potente brazo y el acerado filo de su cuchilla. Este gran monarca dió hartas pruebas de piadoso y caritativo, cuando á sus expensas debemos los toledanos la erección de la histórica y tradicional Basílica de la Patrona de la gótica Ciudad, la Virgen y mártir Santa Leocadia. ¡Gloria y honor á la Virgen Leocadia, y gloria y honor al Soberano, que, guiado por sus virtudes, supo levantar un templo á la santa víctima de Diocleciano!...

LEOCADIA DE TOLEDO

I

Diez y seis siglos hace que la egregia Ciudad de Toledo, dominada y regida por el cruel é inhumano Publio Diocleciano, procónsul y representante de Jovio Diocleciano, á la sazón Emperador de Roma y sus dominios, vió con intenso dolor la persecución y martirio de una de sus más nobles y cristianas hijas, de la ilustre, célebre y virtuosa heroína *Santa Leocadia de Toledo.*

La tiranía sin límites, la fiereza indomable y el instinto carnívoro de este *león coronado,* cuyas garras se gozaban en teñirse en la sangre de los amigos del hombre-dios, llevado su encono y enemistad contra ellos, contra los fieles observadores de la entonces nueva doctrina evangélica, destructora del paganismo y de las humanitarias leyes promulgadas en su nombre por sus ministros los Apóstoles, hasta el extremo de decretar la más terrible de las persecuciones que se habían llevado á cabo por sus antecesores, tan terrible y tan sangrienta, que se denomina aquel

período de destrucción y exterminio para los cristianos: *Era de los mártires;* dirigió sus miradas de fuego y sus venenosos dardos, quizá atraído por su peregrina hermosura, por su ilustre linaje y por su cristiana vida, hacia la joven toledana más bella, más noble, y más santa acaso de las que en aquel tiempo de corrupción y paganismo figuraban en la corte, nacida y criada en un semipalacio que se levantó en su época, en lo que es hoy iglesia parroquial de su nombre.

Que esta doncella hidalga, hija de Toledo, vivió y padeció cruelmente atormentada bajo el pesado yugo de este *segundo Nerón*, de su *digno sucesor* Diocleciano, por el solo delito de ser sierva de Jesucristo; que exhaló su último suspiro, elevando su santo espíritu á Dios, martirizada por sus verdugos, en el fondo de un lóbrego calabozo, y que el cristiano rey godo Sisebuto, sucesor de Recesvinto, edificó más tarde á su memoria un magnífico y suntuoso templo semicatedral, que fue elevado á la categoría de Basílica Pretoriense; lo confirma evidentemente y de su existencia da testimonio irrecusable, la bellísima ó histórica inscripción que existe hace muchos años en su Basílica, cuyo contenido, copiado á la letra, dice así:

BREVE RESEÑA HISTÓRICA DE ESTE INSIGNE SANTO TEMPLO

„Por los años CCCIII (1), en tiempos de los Emperadores Diocleciano y Maximiano, padeció martirio en esta Ciudad, encerrada en una obs-

(1) Según el que fue Arzobispo de Toledo, Cixila, murió Santa Leocadia el 9 de Diciembre de CCCV.

cura y lóbrega cárcel (la iglesia destruida del convento que fue de Capuchinos), su esclarecida hija Santa Leocadia, noble é ilustre doncella, su cuerpo fue sepultado en este mismo lugar, que era el destinado para enterrar los cristianos, según las leyes romanas.„

„Pasados seis años, sus piadosos conciudadanos, que veneraban sus restos mortales, santificados por la posesión de la gloria inmortal que gozaba su bendita alma, la edificaron una pequeña capilla, que después, hacia los años DCXII, el glorioso rey godo Sisebuto, la amplió con magnificencia, erigiéndola en Basílica Pretoriense, de cinco naves, capaz de contener en su recinto todo el pueblo toledano, que, piadoso como su Rey, acudía á solemnizar las festividades de su digna Patrona y la multitud de Prelados, Clero y Nobleza que asistieron á los Concilios IV, V, VI y XVII, que en ella se celebraron„ (1).

II

"Cada día se hacia más respetable esta insigne Basílica; y mucho más cuando bajando San Ildefonso con el Rey Recesvinto en solemne procesión acompañado de todo el Cabildo, Clero, No-

(1) San Eulogio dice en sus escritos que este grandioso templo era de maravillosa arquitectura, muy espacioso y muy alto.

bleza y un numeroso concurso de fieles el 9 de diciembre del año DCLIV á solemnizar el día de su Patrona, y darle gracias por la victoria conseguida contra los Heresiarcas Helvidio, Joviniano, Judic y sus secuaces en favor de la Perpetua Virginidad de María Santísima, ignorando cuál era su sepulcro, se abrió repentinamente una gran piedra que le cubría y salió bajo de ella una doncella de extrema belleza y hermosura, que dirigiendo su vista á San Ildefonso, le dijo: *Alfonso, por tí vive mi Señora.* Causó este prodigio admiración y espanto en todos los circunstantes; y viendo el Santo Prelado que se volvía á ocupar su sepulcro, la dirigió una súplica en favor de sus conciudadanos, y con el cuchillo del Rey la cortó un pedazo de velo, que aún se conserva en la Santa Iglesia Primada como preciosa reliquia; ocupando en seguida la piedra por sí sola el lugar donde estaba„ (1).

"Con este suceso se aumentó la devoción de los cristianos á tan digna Patrona en su Basílica, escogiéndola para su última morada San Ildefonso, San Julián, San Eugenio III, San Heladio, Gunderico y otros respetables Prelados toledanos, varios Reyes godos, próceres del reino, nobles y personas ilustres; asegurándolo San Ildefonso en la siguiente inscripción que en ella puso: *Dómus ista reges Pontífices quoe capit.*„ "Esta casa es morada sepulcral de Reyes y Prelados.„ "Hasta que posesionada Toledo por los árabes

(1) Cixila, Arzobispo que fue de Toledo, refiere y afirma haberlo sabido de labios de algunos de los que se hallaron presentes en el maravilloso acto de alzarse por sí sola la pesada losa que cubría el sepulcro de la Santa.

en el año DCCXIV su fiereza la demolió hasta los cimientos.„

III

"Conquistada Toledo por Alfonso VI, en el año 1085, los fieles clamaban por la reedificación de su respetable Basílica, hasta que el Arzobispo D. Juan, tercero sucesor de D. Bernardo, la levantó en forma de tres naves, creándola Iglesia Colegial, con su Abad, Subdeán y Canónigos reglares del hábito de San Agustín; los cuales, con el transcurso de los tiempos fueron trasladados á la Iglesia Catedral en virtud de concesión apostólica, quedando sin embargo el Abad con la misma jurisdicción que ejercía en su Basílica; continuándose el culto que en ella se daba al Altísimo, particularmente á la milagrosa imagen de Jesús Crucificado con el título de *la Vega*, que en la misma se venera; decorándola más y más el celo de los toledanos, en particular en el año 1770.„

"Mas invadida España por el ejército francés bajo la dominación de Napoleón, los toledanos vieron con dolor arruinar este respetable templo, donde acudían á ofrecer sus homenajes á Dios é impetrar sus misericordias por la intercesión de su esclarecida Patrona; y su piedad le reedificó en los años 1816 y 1826 cual hoy día se encuentra, aumentándole y adornándole en el pasado año de 1845 y colocando en la fachada de la en-

trada principal la inscripción latina que en ella se advierte, y compendia esta breve noticia histórica, con el objeto de trasmitir á la posteridad las glorias de la Imperial Toledo.„

Transportándonos con el pensamiento á los primeros siglos en que sucumbieron con gloria los heroes del Cristianismo, frecuentemente contemplamos, henchidos de entusiasmo religioso, una reciente inscripción grabada en piedra: inscripción que, con motivo de las nuevas obras realizadas para cuartel ó colegio en el ex convento de Capuchinos, junto al Alcázar, se ha colocado sobre la entrada de un subterráneo que existe dentro del monasterio, como para dar más validez á la ejemplarísima vida de esta Virgen ilustre, patentizar más y más la veracidad de los hechos históricos del martirio de Santa Leocadia, y en conmemoración también de las penas y encarcelamiento que la Santa sufriera en el más oculto y tétrico rincón del edificio.

La inscripción histórica á que nos referimos está concebida en los siguientes lacónicos términos: *Al pie de este muro está el calabozo de la cárcel donde murió Santa Leocadia el año CCCIII.*

IV

Según las más autorizadas versiones respecto de la vida y martirio de esta ilustre Virgen, primera patrona de Toledo, puesto que en cuatro siglos antes no hubo ni conoció esta Ciudad otro

Santo patrón, por lo que se la considera como la primogénita entre los toledanos Santos; tanto por haber visto la luz primera en Toledo en las Kalendas de Mayo del año CCLXXXIII de nuestra Era, en una casa-palacio situada en el lugar donde hoy se asienta la Iglesia Parroquial de su nombre, cuanto por ser hija de nobles y cristianos padres, que la educaron en la pureza y santidad de sus costumbres hasta morir atormentada, por amor á Jesucristo, en el fondo de un lóbrego calabozo; y habiendo nosotros consultado detenidamente la antigua obra descriptiva, titulada *Traslaciones del cuerpo de Santa Leocadia*, impresa en Toledo en 1591 con impresión de no fácil lectura, por el tipográfico D. Pedro Rodríguez, en la que su autor, D. Miguel Hernández, Religioso de la Compañía de Jesús, aunque desnuda de las seductoras galas de la poesía y de los deslumbrantes destellos de las figuras retóricas, hace la descripción de las traslaciones de los sagrados huesos de la Santa desde Toledo á Oviedo, de Oviedo á Flandes y de Flandes á la Imperial Ciudad otra vez; con las tradiciones y antecedentes cosechados en apuntes, haremos una reseña histórica, extractando, á grandes rasgos, los hechos que refiere el jesuíta acerca de la vida, conservación de los restos de la mártir y de la gran devoción que siempre se ha tenido á sus reliquias: hechos que reseña minuciosamente como agente principal que fue, como protagonista, digámoslo así, del acontecimiento de la traslación de Flandes á Toledo, toda vez que fue comisionado á Italia por el Rey Felipe II y por el Cardenal D. Gaspar de Quiroga para ser el

confidente, el depositario y conductor de tan precioso tesoro. Dice en primer lugar el religioso, hablando del origen de la *hermosa doncella Santa Leocadia*, que aún no habia *Daciano* asentado bien sus plantas en España, cuando comenzó á ejecutar en sus Ciudades sus carnívoros intentos, aborto de sus instintos, de acabar con los cristianos, encaminándose al punto á Toledo llevado de las noticias que le dieran sobre la celebridad y nombre de una joven toledana, ferviente y exforzado paladín de las entonces nuevas doctrinas de Cristo, á cuya Ciudad amenazó con diversos y exquisitos tormentos si seguian á Jesucristo y á sus dioses no adoraban. Era á la sazón Arzobispo de esta diócesis el insigne Melancio; y como pastor vigilante, guardador de sus ovejas, por más esfuerzos que hacía en el primer Concilio que formó (el ecuménico) en alentar á los cristianos débiles que empezaban á temblar (aunque en pequeño número) y á rehuir los martirios que les daban, hasta el punto de convertirse en gentiles por temor á los tormentos; sin embargo, ante el terrible y horroroso cuadro que ofrecían las crueldades del feroz *Daciano*, hubo muchos cristianos tibios, que si dentro de su pecho guardaban la fe que profesaban al único y verdadero Dios, al mártir del Calvario, no obstante, en aquellos momentos de exposición de sus vidas, si no renegaban de El, porque el verdadero cristiano que tenga profundamente arraigadas en su corazón las creencias religiosas, no deja nunca de reconocer en el fondo de su alma al Dios que le redimiera; al menos, como el cobarde que á la muerte teme, no defendieron de

frente las doctrinas Evangélicas, contrarrestando con fuerza las del tirano gentil, sino que lejos de oponerse al ímpetu y furor del Presidente, callaban, se ocultaban y huían de su presencia. Sólo un defensor intrépido, un campeón esforzado, un cristiano á toda ley, sin más armas que su pura, íntegra é inquebrantable fe, se presentó en el palenque, cual robusto baluarte, y con la cruz en sus manos, símbolo de sus creencias, combatió con heroísmo, menospreciando su vida, cual si la diera en holocausto por el Dios que confesaba, hasta mofarse de ellos y arrojar por el suelo los falsos dioses y emponzoñadas máximas del Emperador romano. Este valiente soldado del ejército de Cristo; éste apóstol, proclamador de sus doctrinas; este noble y bizarro capitán de las cristianas milicias; este generoso y resuelto campeón, dispuesto siempre á derramar su sangre en aras del Cristianismo, contra cuya firme y granítica columna vino á derrumbarse el gentilismo, era una hermosa, tierna y delicada doncella bajo el nombre de *Leocadia*, la cual, inundada en el espíritu del cielo y puesta su esperanza en su Dios, anhelando padecer y sucumbir por El, no vaciló en arriesgar su vida en defensa de la verdad y religión cristianas, cuya abnegación y valentía la hicieron célebre y simpática entre los hijos de la Ciudad donde naciera y entre los católicos de todo el orbe cristiano.

Los Prelados de Toledo Cixila, D. Rodrigo y San Isidoro de Sevilla, dicen de ésta Santa en sus escritos que, lejos de intimidarse, á pesar de su juventud y ternura de su sexo, ante las amenazas y protestas del procónsul á que obedeciese

sus mandatos y diese culto á sus dioses, ora con ofertas y halagos, ora con augurios de terribles martirios, no solamente las despreciaba, burlándose del verdugo que en su presencia tenía, sino que enardecía y alentaba con sus alocuciones y arengas á los cristianos que la seguían y los hallaban fríos en la defensa de sus creencias. Tan ridiculizada quedó la autoridad del romano con la resolución, arrogancia é insistencia de la cristiana joven, que indignado y lleno de furor ordenó á sus sayones que públicamente, ante la plebe pagana, fuese despojada de sus modestas vestiduras y, á imitación de su Jesús, su virginal y delicado cuerpo cruelmente azotado. Poco ó ningún efecto hicieron en su alma los azotes de los verdugos, cuyo inútil castigo sirvió, más que para amedrentarla, para encender en llamaradas la hoguera del amor en que ardía su corazón, destinado para el cielo.

Mas viendo el impío Daciano que después de tal suplicio, destrozadas sus carnes á los golpes descargados por los sacrílegos y hercúleos brazos de sus ejecutores, se hallaba tan animosa y constante como antes del tormento, tan erguida como la palma que se inclina al cielo, tan amante de su Dios como al principio, enfurecido cual tigre atacado de hidrofobia, mandó que la encerrasen en un profundo y sombrío subterráneo de un edificio junto al Alcázar, donde IX siglos más tarde el católico Rey Alfonso el Sabio hizo erigir un templo á su memoria bajo la advocación de *Santa Leocadia*, por la gran devoción que á esta mártir tenía. En esta horrenda prisión la sepultaron en vida... y cuando la condujeron desde el palacio

del Pretor hasta la cárcel en que había de morir, custodiada por los sayones cual si fuera un malhechor, siempre imitando á Jesús, acompañáronla en todo el trayecto un sinnúmero de tímidos y medrosos cristianos que la escoltaban, llorando lágrimas de hipocresía, sin lanzar de sus pechos una queja en defensa de la mártir, cuya joven, abrasada en el fuego de su fe, y á impulso de su esperanza, queriendo que en ella se cumpliera el divino precepto que dice: *¡Bienaventurados los que padecen persecución!* arrostrando, impávida, la cólera del César, antes de bajar al antro que la estaba destinado, desde el dintel de su mazmorra, con entereza, se dirigió á la muchedumbre, exhortándoles á que siguieran á Cristo aun á costa de sus vidas y á que supieran padecer y pelear por El, cual ella peleaba y padecía hasta morir!... Encerrada en su prisión Leocadia, herido y acardenalado su cuerpo por la flagelación, lejos de rendirse ante tan fiera tortura que la privaba de luz, de aire y de libertad, clamaba al cielo porque *Daciano,* su verdugo, la martirizase más y más... y después de un año de horrendo penar en tan hediondo calabozo, sin más compañía que los ángeles que á consolarla bajaban, el día 9 de diciembre del año CCCIII, exhaló su postrimer aliento y entregó su alma á Dios, que la coronó de gloria, no sin haber dejado antes trazada en la dura roca de su calabozo el signo de la Religión que defendió, la Cruz Santa del Calvario que milagrosamente quedó esculpida en la piedra y aún creo que se conserva, pues que, á través de las edades, permanece y existe todavía la prisión donde murió.

VI

Para dar una idea de la devoción que en Toledo se tenía, en los primeros siglos de la Iglesia, á los venerandos é inextinguibles huesos de *Santa Leocadia*, véase la solicitud, el celo exquisito y prolijo cuidado con que siempre se han tratado, conservado y adorado sus reliquias santas hasta por los mismos Reyes; de tal manera, que para ponerlas á cubierto de las frecuentes sacrílegas profanaciones, propias de los hijos de Mahoma, patrimonio de las falanges sarracenas en los primeros años de su bárbara irrupción; temiéndose en Toledo que por los árabes de Abderramán I, en el año DCCLXV, á cuya fuerte é inexpugnable Ciudad se dirigieran inmediatamente para elegirla corte de sus monarcas, se profanaran los restos de su santa hija; por el Arzobispo D. Urbano, que entonces gobernaba esta diócesis, fueron trasladados á la capital de Asturias, dentro de una rica arca, forrada de dorada chapa, distinguida con el nombre de *Arca Santa*, que se conservaba en la primitiva Iglesia, Catedral de los Recaredos. En este rincón de Asturias, en cuya Ciudad, el Rey D. Alonso *el Casto*, mandó levantar un templo á las cenizas de la Santa en el año DCCCXXXV, cuyas reliquias guardó en magnífico sepulcro de mármol, estuvieron venerados por los asturianos los sagrados huesos por espacio de CCCXX años, casi el tiempo que per-

maneció Toledo ocupada por los moros hasta la reconquista verificada en MLXXXV por D. Alfonso VI.

VII

Conforme con la tradición que existía en MDLXL en el monasterio de San Gissem, en Flandes, el sacrosanto cuerpo de *Santa Leocadia* fue llevado desde Oviedo á Italia en la época de la conquista de Toledo.

A la vez que los Reyes de España iban, como por encanto, recuperando las tierras del poder de los moros, parece ser que muchos nobles y señores extranjeros vinieron á la Península Ibérica, impulsados por el celo de Dios, á ayudarlos con sus armas y riquezas en las guerras de exterminio y expulsión, y entre ellos hubieron de llegar para tomar parte en la célebre conquista de la Ciudad morisca, los Condes de Borgoña D. Ramón y D. Enrique, hermanos, con quienes el Rey Alfonso, en celebridad del triunfo obtenido sobre los árabes, casó á sus dos hijas doña Urraca y doña Teresa, movido siempre de la magnificencia y generosidad con que era distinguido entre los suyos, hasta el punto de darle el dictado de *El Rey de la mano rota*, por la profusión y esplendidez con que, sin derrocharlas, sabía gastar sus riquezas en obsequio y gratitud de aquellos súbditos leales que le ayudaban y servían desinteresadamente. Además hubo de

encontrarse en esta famosa acción de Toledo, después de otras muchas y admirables hazañas llevadas á cabo contra los moros, en tierras de Castilla, el Conde de Henao, de los Estados de Flandes; y este italiano Conde, como recompensa y galardón de los servicios prestados en defensa de la cristiana causa, pidió á nuestro Soberano D. Alfonso VI, el venerando cuerpo de *Santa Leocadia*, que se hallaba en Oviedo, y á la que consagraba especial devoción, y al propio tiempo pidióle al Rey permiso para trasladarle desde Asturias á su provincia de Henao, al convento de San Gissem. El magnánimo y liberal Monarca, en prueba del gran mérito en que tenía la abnegación y religiosidad del caballero italiano, se lo concedió, y los huesos de nuestra emigrada patrona fueron conducidos al convento Gissemmino, en cuyo santuario recibieron el culto de los extranjeros fieles por espacio de cuatro siglos. Este Conde de Henao, tan devoto de la Santa, dice la tradición que fue el Conde Balduino, Príncipe de Flandes, ascendiente, á nuestro juicio, de aquel célebre Balduino que tanto se distinguiera en las primeras cruzadas, porque viniendo á España por los años MLXXXIV, á la famosa romería de Santiago, es indudable que por el renombre que entonces iba adquiriendo el cerco de la segunda codiciada Roma, el sitio de la predilecta hurí, el asedio de la sin par matrona, de la querida Sultana, de la universal Telétum, preciosa perla del Tajo, desprendida del artístico joyero de la Emperatriz del mundo, trabó amistad con el castellano Rey sitiador y se brindó á pelear contra los árabes que

ocupaban su recinto. Por más de DCCC años lloró Toledo la pérdida de su adorada Patrona, sin que por su alejamiento se amenguase en los toledanos la fe que tenían en su protectora, no dejando de rendirla sus homenajes todos los años en el día de la conmemoración de su muerte, lo mismo los Reyes que los Prelados, distinguiéndose en estas manifestaciones el Católico Rey D. Alonso *el Sabio*, que la dedicó, según dijimos en las precedentes páginas, un grandioso templo á imitación del que dedicara en Oviedo cuatro siglos antes el religioso Monarca D. Alonso *el Casto*, cuya Iglesia ha servido muchos años de convento de Monjes Capuchinos, más tarde de Cuartel-alojamiento, y hoy, merced á las grandes reformas que ha sufrido, sigue utilizándose de Colegio militar. Por disposición de don Alonso *el Sabio*, dice la tradición fueron depositados en el santuario que mandó construir para dar culto á *Santa Leocadia*, las cenizas de los Reyes godos Wamba y Recesvinto, donde se conservaron por espacio de muchos años.

VIII

Tocamos al punto más culminante de la historia de la Santa: al en que, después de DCCCXXI años que su bendito cuerpo estuvo ausente de la Ciudad que la vió nacer, tornó á ella nuevamente para ser adorada de sus paisanos. Se trata de la última y hasta ahora defini-

tiva traslación de Flandes á Toledo. Llegada la época de venir á reinar á España el Rey Felipe I *el Hermoso*, casado con doña Juana *la Loca*, hija de esta Ciudad como lo era *Santa Leocadia*, el nuevo Monarca, á su paso por Italia, teniendo noticia de que en la provincia de Henao se custodiaba, como oro en paño, el Sacratísimo y para él valioso tesoro de los huesos de la toledana mártir, solicitó de quien podía y obtuvo de quien debía, uno, el de la pierna derecha de la bienaventurada Virgen, que luego trajo á Toledo, y con el cual hizo un inmenso regalo á la Catedral, cuyo cabildo lo recibió como riquísimo don, tanto por ser un testimonio del adorable cuerpo de su Patrona, ausente de su país, cuanto que con esa reliquia podría despertarse la inclinación á la Santa y avivarse más y más la idea de recabar por completo, sacándole de la Italia, el resto del esqueleto de la muy noble Leocadia. De este precioso legado hecho á Toledo por el rey Felipe I, no puede dudarse, toda vez que, según afirma el P. Hernández de Jesús, consta, como fehaciente prueba, en un documento que, entre otros, hallaron en el arca donde yacían las cenizas de la heroína Virgen, en Flandes, escrita en la piel de un cordero, curtida como pergamino, y en la que estaban envueltas las huesudas formas, cubiertas con un velo blanco y otro manto azul, cuyo contenido, aunque en latín, traducido al castellano dice así: "Año del Señor de MD, á XV de Octubre, á requerimiento y petición de la Ilma. señora doña Juana, mujer del Ilmo. Príncipe y Señor D. Felipe, Archiduque de Austria, Duque de Borgoña, de Brabante, etc., Conde de

Flandes y de Henao, etc., hija de D. Fernando, Rey de Castilla, de Aragón, etc.: fue abierta esta caja en que están las reliquias de la sobredicha Virgen y mártir Santa Leocadia, por Quintino, Abad deste monasterio de San Gissem, con sentimiento de dicho Reverendo Padre y del señor don Enrique de Bérgis, Obispo de Cambray.„ Y para que fuese más célebre la memoria de la sobredicha Santa Mártir, mayormente en Toledo, lugar donde ella padeció, y también donde nació la Ilma. señora doña Juana, pidió ella devotamente al dicho Abad, Quintino, que le diese alguna parte de las dichas reliquias, para enviarla, como prometió, á la dicha Ciudad de Toledo. Deseando, pues, el Abad, satisfacer á la devota petición de la señora doña Juana, la dió la canilla de la pierna derecha de la Virgen y Mártir Santa Leocadia, que es el hueso que se extiende desde la rodilla hasta el tobillo del pie. Hecha en la Iglesia de San Gissem, en el año, dia y mes arriba dicho, y del Pontificado de Nuestro Santísimo en Cristo Padre, y Señor Alejandro Papa VI, año IX: estando presentes los honrados y devotos señores Siinón, Mateo, Tesorero, y Paulo de Quercú, su Prior, Religiosos de la dicha Iglesia ó Monasterio, con otros muchos, así hombres como mujeres de la casa y familia de la dicha señora doña Juana.„

IX

Han transcurrido LXXXV años desde el acontecimiento que dió origen al hecho que se consigna en la precedente acta de sepelio, y los cristianos habitantes de la Ciudad que sirvió de cuna á la ilustre víctima del caimán *Daciano*, no están conformes con poseer un solo hueso de su Patrona; y á fin de adquirir el cuerpo todo de la Santa, gestionan sin descanso cerca de su Arzobispo, para que éste lo haga ante el Rey Felipe II, al propósito de arrancar á Flandes el esqueleto íntegro de su *Leocadia* querida. Abundando, sin duda, el Rey y el Prelado en las mismas ideas y aficiones que sus gobernados, en MDLXXXIII, Felipe II, con la venia del Pontífice Gregorio XIII, que á la sazón ocupaba la silla de San Pedro, comisionó y autorizó con órdenes reservadas al jesuíta D. Miguel Hernández, para que inmediatamente saliera de España, con dirección á Flandes, y solicitara de los monjes de San Gissem el sagrado tesoro de que eran depositarios desde Octubre del año MLXXXV, pues le reclamaba con indiscutibles derechos de primacía la Ciudad de su nacimiento. En atención á las justas y poderosas razones aducidas en esta reclamación por parte de Toledo; acatando desde luego, los frailes, las cartas influyentes y mensajes particulares que al efecto enviara al monasterio el sobrino de

nuestro intercesor Monarca D. Felipe II, el Príncipe de Parma D. Alejandro Farnesio, que regía los destinos de los Estados de Flandes, y reconocidos al obsequio ó donativo de 7.000 florines de oro, que para más interesar á la Comunidad remitieron al convento el Cardenal y cabildo de la Primada, no vacilaron en entregar al Delegado jesuita el para ellos inestimable depósito de los venerandos átomos del bendito cuerpo que reclamaban. Para que la conducción de estos huesos, desde Flandes á España, se verificara con toda seguridad, á fin de que no fueran profanados ni asaltado el conductor en tan largo y peligroso viaje, si se atiende á la época en que se realizaba, tan falta de medios de locomoción, por un territorio extranjero invadido entonces por las hordas herejes de Lutero, por las legiones protestantes del apóstata Agustino, el Príncipe de Parma, por gratitud á Toledo, y obedeciendo siempre á su real tío D. Felipe, que lo mandaba, puso, para escoltar y custodiar tan sagrada mercancía, á las órdenes del P. Hernández, además de los salvo-conductos indispensables á tan importante y delicada misión, una compañía de soldados de Infantería y un escuadrón de Caballería flamenca, con cuya vanguardia y retaguardia nada debía temer en tan penosa caminata... Mas el jesuita, siempre incansable del celo y cuidado con que conducía el talismán que poseía; creyendo que el menor contratiempo en el camino podría ponerle en peligro y caer en manos de los rebeldes que pululaban por aquellas comarcas; y dudando en parte de la fidelidad de los soldados italianos por ser naturales del

país, reclamó del Rey Felipe II una sección de Caballería española, que escoltase también el rico tesoro que llevaba y formase parte de la cristiana comitiva.

Prosiguiendo su viaje, siempre custodiado por tan apuesta y lucida tropa, hizo parada en Roma el 13 de Febrero de MDLXXXVI, siendo Papa Sixto V; y en 26 de abril del año siguiente (era domingo), hicieron su entrada de *gloriosísimo triunfo* en su nativa Ciudad, las venerables y santas reliquias de *Leocadia de Toledo*.

X

Como quiera que esta entrada fue (y no hay palabras para encomiar la sublimidad de este acto) un grandioso y extraordinario acontecimiento que jamás presenciaron los cristianos siglos, y que descuella de una manera admirable entre todos los que se relacionan con la Santa, procuraremos, aunque extractando siempre á nuestro modo de enlazar y coordinar los hechos, describirle lo más detalladamente posible, conforme con la medida de nuestras flacas fuerzas y el corto alcance de nuestro estéril genio.

Los pomposos preparativos que precedieron á esta victoriosa entrada en la Ciudad de Sisebuto, autor de la gran Basílica Pretoriense, levantada en honra de su Santa Mártir para ser también severo centro de los Concilios magnos que se celebraron en su recinto augusto, empezaron

á manifestarse desde el momento en que el cortejo que conducía las codiciadas cenizas, llegó á detenerse, como apercibiéndose á organizar de la manera y forma más esplendente la ceremonia que se proponían, en el por muchos títulos renombrado y distinguido pueblo de *Olías del Rey*, distante diez kilómetros de la capital, en cuya Iglesia estuvo depositada el arca que contenía la sagrada momia toda la noche del 25 de Abril.

OLÍAS DEL REY

Según una tradición popular, de muchos ignorada, el origen de que á la villa de Olías se le distinga con el sobrenombre *del Rey*, no es ni puede ser otro que el sobrenombre que el Monarca Felipe II le diera en un día del mes de julio (el 26), día en que en este pueblo se celebraba (y aún se celebra) una semirromería consagrada á Santa Ana.

Con motivo de prepararse á abandonar á Toledo, trasladando la corte á Valladolid, el Rey Felipe, en su deseo de trasladarse pronto de una Ciudad que por tantos siglos había sido la silla predilecta de los Reyes, tuvo necesidad, en los frecuentes viajes que emprendía para Madrid y Castilla, á fin de practicar diligencias encaminadas al establecimiento de su Trono en el punto que él escogiera, realizando el proyecto que hacía tiempo bullía en su mente, de cambiar de residencia; tuvo necesidad, repetimos, de pasar

muchas veces, á caballo unas y en litera otras, por el pueblo de *Olías*, á causa de ser desde tiempo inmemorial línea recta para la Villa del Oso, y convertir este lugar en estación de parada siempre que los viajeros recorren este camino. Cuantas veces el Monarca y su Real Familia pasaban por las inmediaciones del pueblo cuyas tapias tocan con el camino de Madrid, habían de detenerse algunos momentos, por vía de descanso, y á dar agua á sus caballos en los paradores que en aquel tiempo existían cerca de un manantial, especie de venero, de cristalinas y exquisitas aguas, que entonces se hallaba en el sitio donde hoy está la fuente de dorados caños construída en 1852. Un día (el 26 de Julio) que el vecindario todo de *Olías* se encontraba, como en campamento, esparcido en grupos bajo sus sombrajes por los alrededores del venero, celebrando la tradicional romería de Santa Ana, hubo de pasar el Rey á caballo, acompañado del Príncipe, de varios Consejeros de la Corona y de algunos de su servidumbre, empolvado hasta el cabello, inundado en su sudor y abrasado por una sed insufrible. Al llegar al borde del manantial la regia comitiva, hizo alto; y como siempre, dieron agua á sus corceles. Mas el Rey, sintiendo arderse su boca, y no pudiendo aguantar por más tiempo la sed que le devoraba, pidió con ansia le dieran de beber del agua cristalina que él veía brotar del venero que á sus plantas sonreía. Diéronle dos copas de agua y bebió hasta saciar esta necesidad, refrigerando sus labios, áridos por el calor. Y tanto hubo de gustarle el refrescante líquido, por su fina calidad y por la

frescura con que aún brota de sus peñas, que mandó á sus servidores llenaran las vasijas de viaje de aquella rica agua, que satisfizo su sed, ensalzando y bendiciendo la fuente que le dió la vida. Luego, montado en su normando, despidiéndose del pueblo, dijo: —"*¡Adiós, Olías!...*„ "¡Del Rey no podrás decir que no celebró tus aguas!... ¡Bendígalas Dios, amén!...„

Y veloz cual torbellino
prosiguió el Rey su camino
para nunca más volver.

Y en efecto, desde aquel día no volvió más á pisar la arena de este camino, porque se despidió para siempre de *Olías* y de *Toledo.*

El pueblo, que acudió en tropel á contemplar de cerca al Rey, y á servirle el agua y cuanto pidiese, pudo oir el timbre de su voz y la despedida que de su pueblo hizo. Tan grabadas quedaron las palabras del Monarca en la mente de los aldeanos, que muchos, en su sorpresa, las referían y las recitaban íntegras; y los más desmemoriados se contentaban con repetir: "*¡Adiós, Olías!*„ "Del Rey„... omitiendo por olvido las palabras subsiguientes.

De aquí, pues, que desde entonces este pueblo se quedase con el nombre de *Olías del Rey.*

Noventa y un años de edad contaba el viejecito á quien hace treinta y cuatro, en una noche de invierno y al calor de hermosa lumbre en una casa de campo, oímos referir la tradición que consignada dejamos.

Nuestros lectores nos dispensarán que nos hayamos apartado un momento del sendero que nos

lleva al desenlace sublime de la historia de Leocadia... pero comprendiendo que una vez comenzada, nuestro deber es llegar á la cumbre de su conclusión, entraremos de nuevo en la narración de los hechos relativos á la Santa. Apenas llegada á Toledo la fausta nueva de que las reliquias que esperaban encontrábanse en Olías, los toledanos todos se aprestaron para salir á su encuentro hasta las puertas del pueblo. Súbitamente, con la rapidez del rayo, se reunieron al intento en la plaza del Concejo comisiones del Cabildo, grandes de España y nobles de Toledo; aspirantes del colegio de los Infantes, tropas de la Guardia Real, numerosos caballeros y la población en masa; todos jinetes sobre fogosos caballos; llevando aparejada, como para abrillantar más y más el acto de la traslación de Olías á la Corte, una lujosa carroza, sobre cuya base colocaron la sagrada caja. Próximos ya á penetrar los muros que un tiempo construyera Wamba, y al pie del monumento artístico del Cardenal Tavera, hallábanse esperando para recibirla con la majestad y pompa que la Santa se merece, el Rey Felipe II, el Príncipe D. Carlos, la Emperatriz doña María de Austria, hermana del Monarca, toda la Familia Real, algunos grandes de España y representantes de todos los Estados, etcétera: desde cuyo punto se dirigió la comitiva, cruzando la extensa vega, á su histórica Basílica, donde en acción de gracias y en honra de la heroína de Cristo se celebró una suntuosa y brillantísima función, á la que concurrieron todas las clases sociales de la provincia y fuera de ella, ansiosas de conocer y besar los sacros huesos de

la heroína toledana. Como testigo ocular, ó como uno de los que figuraban en primer término en esta ceremonia, por la elevada misión que desde Flandes venía desempeñando, dice el padre Fernández, que para evitar en parte la aglomeración de gente al paso de la procesión, efecto de la numerosísima y compacta muchedumbre que invadía los alrededores de la Basílica: desde este Santuario hasta la Puerta de Visagra colocaron, por disposición del Rey, á derecha é izquierda de la vía, dos diques ó vallas de madera, pintadas de verde, formando un callejón de 100 pies de latitud y 3.500 de longitud, por cuyo cauce acabada la fiesta religiosa, verificada en la Iglesia de los Concilios, y libres de los molestos vaivenes producidos por las olas del revuelto mar de humanos cuerpos que sin la valla se hubiera interpuesto en la carrera, se dirigió el cortejo desde el templo de la Vega á la Puerta de Carlos Quinto, por donde penetró en Toledo. A esta ruidosa, al par que severa ceremonia; mejor dicho: á esta explosión de religioso entusiasmo hacia su desterrada Patrona, concurrieron con antorchas multitud de grandes de España y titulados señores residentes en Toledo; dos largas filas de engalanados niños, 300 Cofradías de la Ciudad, 110 cruces de las Iglesias de la jurisdicción, 70 doncellas cubiertas con cerúleos mantos, á las que después y á cada una de ellas obsequió el Cabildo con una gran dote para su casamiento; 1.500 órdenes religiosas de la localidad y otros puntos; 1.250 clérigos toledanos y de otros pueblos comarcanos, el Cabildo, Capellanes de San Pedro, Capellanes de Reyes Nue-

vos y Viejos, Beneficiados, Racioneros, el Preste con sus Diáconos vestidos de ricos ornamentos, la Santa Inquisición con sus Oficiales y Ministros, la Universidad con sus maceros y bedeles vestidos de terciopelo morado, 150 graduados de todo el Reino con sus insignias de borlas y grados de maestros en artes, Doctores en Medicina, en Leyes, Cánones y Teología; el Ayuntamiento, Jurados y Regidores, presidiendo el Corregidor D. Francisco de Carvajal; el Duque de Maqueda con vara de Alcalde Mayor que era de la Ciudad, el Alguacil Mayor D. Pedro López de Ayala, Conde de Fuensalida y un regimiento de la guardia de S. M., todos con cirios encendidos. En la plaza de armas de la entrada de Visagra, cuyos fuertes muros estaban embellecidos con rica tapicería de oro y seda, tenían preparado, como en regia recepción, un grandioso y costosísimo arco de triunfo, con columnas de 44 pies de alto sobre pedestales que constituían un cuerpo de cuatro arcos con cuatro frontispicios y cuatro obeliscos, todo cubierto bajo una espaciosa cúpula ochavada y sobre la cúspide de ésta un pedestal magnífico sustentando la efigie de *Santa Leocadia*, con palma y cruz en sus manos y á sus pies una inscripción latina que decía *Patronæ incólumi coetus dicat inclitus urbis*: que traducido dice: *Este esclarecido pueblo dedica este arco á su Patrona que en salvo recibe.* Además, en cada ángulo del arco, sobre cuatro pedestales sobresalían las estatuas de los cuatro Reyes Felipe I, Felipe II, Alfonso VI y Fernando III; y al cruzar la calle del Arrabal de Santiago el cortejo, se encontró con otro soberbio arco del gé-

nero corintio, de 98 pies de alto por 38 de ancho, levantado al pie del Nacional Monumento llamado *Arco del Sol*, y que en el siglo XVI se denominó *Puerta del Rey*. En este pintoresco lugar, por brevísimos instantes, hizo alto la procesión para recibir de la numerosa concurrencia que en aquel sitio aguardaba, todo linaje de entusiastas manifestaciones por medio de coronas, flores, poesías y palomas que arrojaban á su paso, dedicadas á los inmortales huesos de una Mártir, partes componentes que un día formaron el cuerpo santo de la víctima propiciatoria del sanguinario *Daciano*.

Al compás de los majestuosos acordes de la marcha Real, entraron en la antigua plaza del *Zoco*, lugar un tiempo de zambras, justas y torneos, y algún tanto sorprendidos, en medio de ella vieron remontarse hasta las nubes, cual si intentara escalar los cielos para transmitir la nueva del regreso de Leocadia á su conquistada patria, otro bello y elevadísimo arco, cuajado de históricas inscripciones consagradas á la Santa y al Rey Felipe, en cuyos góticos y latinos letreros se conmemoraba al propio tiempo el acto de inauguración del sublime proyecto del concienzudo Monarca reinante, sobre hacer navegable el Tajo desde Toledo á Lisboa. Insuperables serían á mi ver, los obstáculos que tendrían que salvar para prescindir, como prescindieron, de llevar á la práctica tan beneficioso y colosal pensamiento, como el de la libre navegación por las aguas del caudaloso río; pero como quiera que para el hombre de genio nada hay imposible en la tierra, á excepción de la muerte, que

no le es fácil vencerla por titánicos esfuerzos que en la vida haga, así como las sociedades emplean, movidas por el cálculo, miles y miles de millones en la construcción de infinitas líneas ferreas, obra gigantesca, que, antes de emprenderla, creeríase la idea como diabólico invento ó como aborto de extraviada mente, pareciendo hasta imposible el realizarla; deberían también asociarse en torno del olvidado proyecto de Felipe II y resucitar un pensamiento cuya realización convertiría á Toledo en un puerto de mar, al que afluirían de todas partes embarcaciones que traerían á la Ciudad la vida, la exuberancia y prosperidad que en la actualidad le falta. ¡Lástima que no se estudie y no se lleve á cabo el ventajosísimo proyecto del Rey Felipe, con el que, además de la inmensa importancia que alcanzaría esta población en lo que toca al comercio, gozarían sus habitantes de la comodidad y recreo de transportarse á Lisboa á bordo de pequeños barcos que recorrerían el Tajo. Aún es tiempo. Nunca para el bien es tarde. Canalícese nuestro río y seremos visitados por marinos españoles y extranjeros que nos llevarán en sus buques á recorrer el Océano!...

X

El religioso cortejo se acerca al término de la manifestación. Al penetrar la muchedumbre en la plazuela del palacio episcopal, se presenta

ante su vista un sorprendente monumento del género corintio.

A la entrada de la llamada *Puerta del Perdón*, en la fachada principal de la gran metrópoli, frente á las Casas Consistoriales, álzase un soberbio arco triunfal costeado por el Emmo. Cardenal y Cabildo de la Santa Iglesia, que emplearon para su erección y embellecimiento 7.000 ducados, cuya obra fue dirigida por el canónigo obrero D. Juan Bautista Pérez.

Medía el arco 138 pies de longitud, 110 de elevación y 40 de fondo, cuyas portadas se hallaban cubiertas de tarjetones escritos con versos griegos, latinos y castellanos; y en los cuatro costados veíanse sobre cuatro pedestales otras tantas estatuas representando á los Reyes Felipe I, Felipe II, Sisebuto y Alfonso *el Sabio*, y otras en que aparecían las figuras de los Arzobispos don Gaspar de Quiroga (reinante entonces), San Eugenio II, Cixila y don Juan III; y en el centro una inscripción que decía: "*A Santa Leocadia, virgen y mártir nobilísima, cuyo cuerpo habiendo sido llevado fuera de España en la miserable destrucción de ella, y volviendo ya después de tanto tiempo, el Prelado y el Sagrado Senado de la Santa Iglesia de Toledo, viendo cumplido su deseo, le reciben muy alegres y le ponen este arco.*„

Hé aquí algunas de las composiciones poéticas escritas en MDLXXXVII, sin firma de sus autores, y dedicadas á la toledana ilustre, víctima del paganismo:

A SANTA LEOCADIA

"Ya vuelve al arca la paloma bella,
que en el diluvio de la triste España,
voló del belga á la región extraña
y el contento también voló con ella.
Pero luego que vió pasada aquella
furiosa tempestad, celeste saña,
los huérfanos hijuelos acompaña,
á Flandes deja y vuelve España á vella.
¡Ornalde el nido, dalde mil reclamos,
porque las plumas que ya el cielo espera
las reposo y asiento en nuestros ramos!
¡Ay! ¡qué cebo, qué paz, qué primavera
nos trae su pico, y cuánto nos gozamos
nosotros los del Tajo y su ribera!„

"Cual avecilla mansa que atronada
del fiero cazador, que el tiro yerra,
tiende las alas, álzase de tierra,
rasga los aires, deja su morada;
y los hijuelos, la cabeza alzada,
con mil gemidos tiernos le dan guerra;
y ella del caro nido se destierra
hasta que ve la furia sosegada;
pues tal de Tajo el avecilla hermosa
en la entrada del bárbaro arrogante
aunque segura ya, sus hijos deja.
Lloraban á su madre venturosa,
y ella que ya á su España ve triunfante,
vuelve á su nido á consolar su queja.„

"Si en un solo hemisferio se estuviera
parado el sol, sin duda se quedara
el medio mundo oscuro, y no gozara
la luz que con su curso repartiera;
así quien á Leocadia detuviera
dentro de una Ciudad, quizá estorbara
que sus hermosos rayos no enviara
á los reinos extraños do anduviera.
Mas ya después de haber hermoseado
otras regiones con su clara lumbre,
bien es que vuelva al signo do ha salido.
Y pues su resplandor no se ha amenguado,
repartiendo su luz, bien es que alumbre
la dichosa Ciudad donde ha nacido.„

AL PROCÓNSUL DACIANO

"Cruel Daciano, que instrumento fuiste
de aquella estola, que á Leocadia agora
allá en la patria eterna y triunfadora
el casto pecho adorna, el alma viste;
si de esa sombra tenebrosa y triste
como al rico avariento que allá mora,
te dejan ver la Virgen vencedora
que á la mesa del Rey Supremo asiste;
mira la palma que oprimiste, alzada,
y puesta en edificio soberano
la piedra que labró tu mano dura;
y de los dos la suerte tan trocada,
que tú estás preso, y libre de tu mano
ella en la gloria y tú en la *Cueva Oscura*.„

Al insertar en mis ROMERÍAS las anteriores composiciones, he sentido latir de entusiasmo mi corazón, y cruzando rápido con el pensamiento el dilatado espacio de los 300 años que pasaron, haciéndome la ilusión de que en este dia glorioso me hallaba formando parte del concurso que festejaba á su Patrona, cruzó también por mi mente la idea, aunque pobre, de escribir los siguientes improvisados versos consagrados, como todos, á ensalzar las heroicas virtudes de la Santa.

Á LA ÍNCLITA MÁRTIR SANTA LEOCADIA,

EN SU TRIUNFAL ENTRADA EN TOLEDO

ACAECIDA EN 26 DE ABRIL DE 1587

¡Oh! ¡Leocadia ilustre y Santa,
de tu pueblo honor y gloria!...
¡La excelsitud de tu historia
Toledo orgullosa canta!...
Les embelesa y encanta
tus tradiciones leyendo,
porque creen estarte viendo
defender ante *Daciano*
la Religión del cristiano,
por quien viviste muriendo!

Diez y seis centurias hace
que del Tajo en la ribera
sentiste la luz primera
que del Sol de Oriente nace.
Cual nieve que se deshace

de fuego lento al calor;
en la hoguera del amor
que hacia Cristo en tí sentías,
así tú te derretías
en la cárcel del dolor.

Cual la tímida gacela
que al silbo de la serpiente,
y á los rugidos que siente
del león, corre que vuela;
y cual la cierva que anhela
bosque umbrío y salvador
huyendo del cazador;
así también espantada
huiste de tu patria amada
temiendo al moro traidor.

Si porque á Dios confesabas
verdugos te atormentaron,
los querubines bajaron
al antro oscuro en que estabas...
y al contemplar que estampabas
(como al que nada le arredra)
la Santa Cruz en la piedra,
lugar de tus amarguras,
subiéronte á las alturas
cual sube erguida la hiedra.

Por la vil persecución
de sarracenas falanges,
huyendo de sus alfanjes
fuistes á extraña región.
Tus santas reliquias son
castillo el más poderoso
de Toledo, que orgulloso
te vió nacer á este mundo
para ser germen fecundo
de *¡aquel martirio glorioso!*

XI

Sobre los reales hombros de S. M. y sobre los de tres ilustres, grandes de España, por la Puerta del Perdón penetraron en la Santa Iglesia las cenizas de la heroína cristiana; y una vez colocadas sobre el altar de la Capilla Grande, diólas á besar el Cardenal á todos los títulos, grandes, caballeros, señores, fijosdalgos allí presentes y á la población entera que llenaba las naves ansiosa de rendir el homenaje de su amor á su Patrona. Asistieron, en primer lugar, á tan solemne ceremonia, é imprimieron el ósculo de su fe sobre los huecos y benditos huesos de la mártir, D. Iñigo López de Mendoza, Duque del Infantado; D. Felipe Manrique de Lara, Duque de Nájera y Conde de Valencia y de Treviño; D. Juan Fernández Pacheco, Duque de Escalona y Marqués de Villena; D. Lorenzo Suárez de Figueroa y Córdova, Duque de Feria y Marqués de Villalba; D. Antonio Alvarez de Toledo y Biamonte, Duque de Alba, Marqués de Coria y Condestable de Navarra; D. Bernardino de Cárdenas, Duque de Maqueda, Marqués de Elche y Sr. de Torrijos; D. Fernando de Toledo, Gran Prior de San Juan de Castilla y León; *Antonio Luis de Leiva*, Príncipe de Ascolí y Duque de Terranova; D. Pedro Luis Garcerán de Borja, Maestro de Montesa y Marqués de Navarrés; don Francisco de Rojas y Sandoval, Marqués de De-

nia y Conde de Lerma; D. Pedro de Médicis, hermano del Gran Duque de Toscana, General de la Infantería italiana de mar y tierra; don Francisco de Bobadilla y Cabrera, Marqués de Moya; D. Juan de Mendoza y de Guzmán, Conde de Orgaz; D. Diego Fernández de Bobadilla y Cabrera, Conde de Chinchón; D. Pedro López de Ayala, Conde de Fuensalida; D. Juan Pacheco, Conde de la Puebla de Montalbán; D. Juan de Acuña, Conde de Buendía; D. Francisco de Mendoza, Conde de Monteagudo: D. Rodrigo de Mendoza, de la cámara del Rey; D. Cristóbal de Mora, del Consejo de Estado; D. Juan de Borja, Mayordomo mayor de la Emperatriz doña María de Austria; D. Diego Hernández de Córdova, primer caballerizo de S. M.; D. Juan Idiáquez, del Consejo de Estado; D. Fernando y D. Antonio de Toledo, de la cámara del Rey; D. Gonzalo Chacón, caballerizo Mayor de SS. AA. don Alonso Ossorio y D. Fadrique Portocarrero, mayordomos de la Emperatriz; D. Juan de Mendoza, Deán de la Catedral y Arcediano de Talavera; D. Francisco de Avila, Arcediano de Toledo; D. Francisco García de Balloboso, Tesorero; D. Pedro de Ayala, Vicario del Coro; don Juan de Guzmán, Abad de Santa Leocadia; el Doctor D. Gabriel Suárez de Toledo, Arcediano de Madrid; D. Antonio de Cobarrubias, Maestrescuelas; el Doctor García de Loaisa Girón, Arcediano de Guadalajara y Capellán y limosnero de S. M. y Maestro del Príncipe D. Felipe; don Juan Ramírez de Vargas, Capellán mayor; los Canónigos D. Rodrigo de Avalas y D. Miguel Díaz y un sinnúmero de Beneficiados y Racioneros.

BIBLIOTECA PÚB... DE ...TOLEDO

Después de terminado el acto de la adoración de las reliquias, con cuyo beso hicieron todos pública confesión de su fe y de su amor hacia la Santa, la sagrada urna donde encerraron sus huesos, fue depositada en el Sagrario de la Gran Basílica, la Catedral (1), y cerrada cuidadosamente, como el que guarda preseas de inapreciable valor, con cuatro doradas llaves que fueron luego entregadas por el siguiente orden: Una á S. M. el Rey, el que á seguida la entregó en manos de D. Francisco de Carvajal, Corregidor de Toledo, para que la custodiase en el Ayuntamiento como sagrado depósito en nombre de S. M.: otra al Emmo. Cardenal; la tercera al Deán y Cabildo, y la cuarta al Tesorero de la Catedral.

¡Oh! Si, como dijo un escritor sagrado, los huesos de los Santos son castillos de roca que fortalecen y defienden los lugares donde están, á buen seguro que nosotros los toledanos, podemos decir muy alto, llenos de santo entusiasmo, que la Imperial Toledo no necesita para su defensa, si le ataca el enemigo, de las murallas que la rodean ni del río que la circunda; porque no hay muros tan fuertes, ni baluartes tan firmes, ni ejército tan belicoso que aseguren y defiendan esta Ciudad, como la defienden y aseguran los sacrosantos huesos de la insigne Virgen.

Triste nos es en verdad soltar la pluma sin antes hacer sonar por segunda vez nuestra *destem-*

(1) De los huesos de que se componía el cuerpo de la Santa, dice el Padre Miguel, dejaron uno á los monjes de San Gissem; otro que regalaron á S. M. el Rey, y otro que entregaron al mismo jesuíta.

plada lira en loor á la doncella ilustre, rindiéndola así nuestro tributo de amor:

Para combatir sin miedo
por el Rey de cielo y tierra,
sed nuestro escudo en la guerra,
¡oh, Leocadia de Toledo!...
Pelearemos con denuedo
vuestro alto ejemplo imitando;
que si el guerrero lidiando
premio adquiere en su pujanza,
mayor recompensa alcanza
quien por Dios muere luchando.

Y para encomiar las glorias
que admira el mundo universo,
yo tus triunfos canto en verso
cual lo hiciera un trovador!...
¡Que entusiasta de tu historia,
de tus timbres y abolengo,
á inmortalizar hoy, vengo,
tu gran renombre y honor!

XII

Siguiendo el curso de algunos acontecimientos históricos que acaecieron en la época de los godos, consignaremos que Sisenando fue elegido Rey entre los suyos por los años DCXXXI de la Era Cristiana. Fue tan verdaderamente soldado de Jesucristo este Monarca, que, anhelando dar á sus súbditos una prueba de su inquebrantable fe hacia el Crucificado, alentó y promovió,

en lo que alcanzaba su poder como Rey de España y de las Galias, la religión Católica, única verdadera, y asistió al Concilio IV toledano, que tuvo lugar en aquel tiempo, el más grande y memorable de cuantos se celebraron entonces, por la notable coincidencia de haberle presidido San Isidoro, Arzobispo de Sevilla, el Prelado más antiguo de cuantos concurrieron; por la inmensa muchedumbre que asistió al acto y por las distinguidas personas que la formaban, figurando en primer término un sinnúmero de Obispos y Arzobispos que acudieron de todas las Naciones del orbe católico, además de las principales familias de la Nobleza goda, que con su presencia añadieron más esplendor al espectáculo.

En tan solemne y majestuoso congreso se acordó también establecer, como llegó á realizarse, el mismo orden de rito en todos los dominios de la Monarquía goda.

ROMERÍA DE SAN BLAS

I

SABEMOS todos que desde los más remotos tiempos de la antigüedad este Santo fue grande, fue célebre en todo el mundo cristiano por el privilegio y el don de los portentosos milagros que obraba en los peligrosos males de la garganta.

No hubo en la época de su historia doctor, médico, ni facultativo alguno, que lo aventajara en la difícil y espinosa profesión de la medicina, la cual ejerció durante su peregrinación en la tierra, como ayudado é inspirado por Dios, con admirable perfección y éxitos maravillosos, distinguiéndose, sobre todo, en las diversas enfermedades de la garganta.

Este probo y virtuoso varón, que desde los primeros años de su infancia, fue inclinado á practicar el bien en actos de fe, esperanza y caridad, vivía, cual austero anacoreta, apartado del mundo de las decepciones, de la sociedad, de los engaños, y para mejor emplear el tiempo en el servicio de su Dios, había elegido con santa perseve-

rancia y fuerte é inquebrantable resignación, una humilde cabaña en la sombría espesura de un bosque. Allí vivió por espacio de mucho tiempo, consagrándose únicamente al cultivo de su alma, sin cuidarse para nada de los transitorios y deleznables bienes de la tierra.

Su cuotidiana y santa ocupación, después de dedicar algunas horas al rezo de sus oraciones, era recorrer el bosque donde el siervo de Dios tenía su vivienda y llevar los consoladores y nutritivos auxilios de su divina ciencia, impulsado por su encendida caridad, á las pobres y miserables familias que vegetaban en los diversos caseríos que existían en los contornos de su cabaña. En cuantas chozas penetraba el Santo, allí, si hallaba necesidad, derramaba con pródiga mano, como suele decirse, el dulce consuelo de su palabra y los escasos bienes de que podía disponer. Sorprendentes, difíciles y acertadas curas efectuaba el Santo doctor, siempre con la cooperación del cielo; y á tal grado de nombradía llegó con sus notables operaciones, que un día, habiéndose divulgado por todos los pueblos de la comarca, los tan grandes y satisfactorios resultados de su divina ciencia, una pobre madre, sumergida en la más honda tristeza, sumida en el más profundo abatimiento y en el más intenso desconsuelo, que vivía en una de las aldeas situadas en lo más intrincado y recóndito del monte, noticiosa de la celebridad de San Blas, en la medicina, sin que le arredrase el temor de atravesar el espeso bosque y despreciando el peligro de tener que habérselas con las carnívoras fieras que poblaban el monte en que moraba,

partió de su casa con la celeridad del rayo, en alas de su maternal amor, encaminándose hacia la gruta del anacoreta, y encontrándole en ella se arrojó, llena de confianza, en actitud suplicante y vertiendo raudales de llanto, á los pies del milagroso y caritativo médico, presentándole á un hijo suyo que estaba agonizando por causa de una punzante espina que se le había atravesado en la garganta y sin remedio humano le ahogaba.

Al contemplar el piadoso San Blas el lamentable estado del hijo, que estaba á punto de sucumbir, y el intenso dolor de la atribulada madre, á impulsos de su inagotable caridad y compasión, levantó humilde los ojos al cielo, y dirigiendo una ardiente plegaria al Eterno Padre, pidió por ellos; y apenas hubo acabado el Santo su oración, cual si hubiera recibido el celestial lenitivo, el moribundo muchacho arrojó de la garganta la espina que le ahogaba y quedó en el acto completamente sano.

II

Este es el origen, la causa es ésta de la tradicional cuanto particular devoción que consagramos á San Blas en todos los males de la garganta. ¡Oh! ¡Cuantos cuidados se tengan en ésta delicadísima parte de nuestro cuerpo, siempre serán escasos!... ¡Cuantas atenciones se prodiguen á esta sensible parte de nuestro ser, siempre re-

sultarán estériles, porque la garganta, ya lo sabéis, es la vía por donde la complicada máquina del reloj de nuestra existencia, recibe el impulso que obliga á la obediente saeta de nuestro ser á recorrer la esfera del tiempo que Dios nos tenga señalado: el conducto por donde el delicado mecanismo de nuestro cuerpo recibe el alimento, el combustible que nos empuja á recorrer el espinoso sendero de esta vida y á cruzar el intrincado laberinto de este profundo valle de lágrimas! Los admirables prodigios que cada día experimentamos; las patentes pruebas que á cada momento se nos presentan á nuestra vista, en cuanto á enfermedades de la garganta, justifican hasta la evidencia la sinceridad y la eficacia de su poderosa protección. ¿Quién es el verdadero devoto de éste Santo doctor que el día de su festividad no acude presuroso, lleno de la más encendida fe, á postrarse de hinojos ante la imagen del Santo en su apartada y solitaria Ermita, y creyendo en la virtud infalible de su medicina, regresa á la Ciudad sin una pequeña rosca de cera colocada en su sombrero como símbolo de la verdad de sus milagros y en señal de haber visitado al médico entre los médicos?... Ninguno.

Los fieles que desean visitar al Santo, tienen que emprender una larga y fatigosa jornada. Para rendir adoración á este mártir Prelado, indispensablemente tienen que dirigirse á su Ermita, que está situada en las inmediaciones de Burguillos, á cinco kilómetros de la Capital, desde cuyo Santuario regocijado por el júbulo y la alegría de los devotos que van á visitarle, ruega incesantemente por ellos. Así es que desde

las primeras horas de la mañana, aun cuando las mañanas de febrero son, por lo general, poco suaves y apetecibles, se ven entusiasmados romeros, jinetes sobre arrogantes y bien enjaezados corceles que se encaminan hacia la Ermita del Santo.

Los que careciendo de cabalgadura desean asistir á esta romería, emprenden la caminata á pie, no sin detenerse un instante en la primera Estación del Parador de Macho, donde después de cambiar algunas palabras con el expendedor de vinos de este establecimiento, se sirven algunos vasos de este exquisito licor como para facilitarse fuerzas en la jornada de la romería.

Ahora bien; sorprendente y extraño á la verdad parece que ante un Santo tan milagroso como San Blas, que practicó virtudes sin cuento y repartió en abundancia bienes espirituales y temporales á sus inseparables amigos los pobres enfermos, cuyos actos de encendida caridad ejercitaba en cambio del tesoro inagotable del cielo; sorprendente y extraño parece, repetimos, que se haga ostentación en semejante día del lujoso y elegante vestido de seda,—máxime cuando el frío se deja sentir,—de la bonita y graciosa mantilla que las airosas toledanas saben llevar con tanta gracia; del rico abrigo de largos flecos que las señoras saben lucir con majestad; de la fogosa y arrogante jaca que salta y relincha —instigada por su jinete—despidiendo orgullo con su elegante y vistoso aparejo; y más extraño aún que se ría y se goce, se coman panecillos y naranjas, se consuman barriles de escabeche, se beba vino sin tasa hasta apurar la bota, cuando

todos debíamos imitar al Santo en cuanto á la humildad, caridad y menosprecio de las vanidades del mundo.

Desde tiempo inmemorial y según la historia de las festividades religiosas celebradas extramuros de Toledo, la romería de San Blas adquirió renombre y fama de animada y bulliciosa, por los patentes y portentosos milagros que obraba en los primeros tiempos del Cristianismo y por la protección y beneficios que á cada momento nos está dispensando.

La prueba de que á esta romería acude numerosísima concurrencia, á pesar de la frialdad del tiempo en que se celebra, es la siguiente:

El Puente de Alcántara, por cuyo ojo se deslizan tranquilas las puras y cristalinas aguas del Tajo—cuando no están turbias—bañando los muros que circundan á la Imperial Ciudad, es ese día—por la tarde—un dique conteniendo un torrente de hombres, niños y mujeres, que en el ir y venir marcante se codean y se estrujan los pies, se pisan las colas de los vestidos—la señora que la lleva—hasta el punto de desplegarse, como si en honor y culto del Santo quisieran hacer el sacrificio de los trajes...

Es tal la devoción que los toledanos todos consagran á San Blas, abogado de la garganta, que las señoras y señoritas que arrastran cola ó cosa parecida—en otro tiempo se llevaba más que ahora—aun cuando se sientan pisadas en ella dispensan á los distraídos en atención al día y suprimen con gusto la palabra "¡animal!„ muy común en la mujer cuando la pisan el guiñapo rastrero, sustituyéndola por la de ¡muchas gra-

cias!—Qué, ¿no ve usted donde pone los pies?... —¡Usted dispense, señorita—contesta el aludido:—me distraje al empinar la bota: por echar un trago he podido hacer un estrago!—Y la señorita calla, se sonríe y sigue su camino con su rica falda desplegada.

Al llegar á la subida que ofrecen los cerros y peñascos del Castillo de San Servando, el dique se rompe y el torrente se desborda; yendo á perderse serpenteando por distintos caminos y sendas, tan pendientes y resbaladizas, que á poco que un prójimo ó una prójima se distraiga y alce la vista del suelo por dirigirla curioso á alguna cara bonita, se expone á caer despeñado por la áspera montaña y á sepultarse para siempre bajo las aguas del Tajo.

En los cerrillos y rocas que rodean la Casa-Venta de Macho, ¡oh! el espectáculo es indescriptible: no cabe más animación ni alegría. Se oye el mareante y atronador zumbido de los cencerros que tocan los bufones en recibimiento de los que van regresando de San Blas; el penetrante y agudo silbido de los pitos; los descompasados y estrepitosos gritos de los miles de espectadores que, mas perezosos, han sentado sus reales en las inmediaciones del Parador de Macho; la voz áspera y chillona que grita pregonando naranjas, tostones y escabeche; el rumor de millares de conversaciones, en tal alto grado, que produce un griterío insoportable: unos corren, otros accionan, y las graciosas pantomimas se multiplican movidas por el alcohol. Se ven briosos corceles que caracolean aguijoneados por las espuelas de sus caballeros: hermosos caballos

que, obedientes á la voz de quien les manda, hacen piernas y toda clase de primores con gran contentamiento y orgullo de sus jinetes; la gente que va y viene, y los cerrillos convertidos en ramilletes de caras preciosas. Y hay apretones de manos que saludan, miradas elocuentes, palabras al oído, murmuraciones hijas de la envidia, estrepitosas carcajadas, taberneres que hacen su agosto bautizando el vino, hombres alegrillos y botas vacías. Por último; si la Ermita de San Blas fuera portátil y se trasladara en andas al sitio más concurrido de la fiesta,—á la pradera del Parador de Macho—ó que pudiera edificarse en este lugar, puesto que está inmediato á la Ciudad, una Capilla para rendir culto al Santo doctor, seguramente la romería que nos ocupa sería de las más divertidas y animadas de cuantas se celebran extramuros de Toledo.

En cuanto á la conveniencia de construir un pequeño templo para San Blas, en las cercanías de la Capital, hace algunos años circularon rumores acerca de este asunto, y hasta se dijo también entre algunos artistas toledanos que había quien se comprometía á construir dicha Capilla si le autorizaban para ello; evitando así el trastorno de una romería tan penosa como la de recorrer cinco kilómetros lo menos para visitar al Santo en el día de su festividad. ¡Oh! ¡Cuánto agradecería Toledo que si la erección de un pequeño templo está en proyecto, se llevara á su realización, aunque para ello tuviéramos cada cual que contribuir con donativos de más ó menos valor!..

ROMERÍA DE SAN ANTÓN

I

Después de lo narrado en las romerías de la Virgen del Valle y del Cristo de la Vega, cuya descripción hemos hecho, aunque no con la verdad y viveza de colores que hubiéramos deseado, poco nos resta que decir en la presente peregrinación del Santo Abad, abogado del fuego y protector de los animales de toda especie.

Su glorioso nacimiento, según se lee en la edificante historia de su vida, tuvo lugar en un pequeño pueblo de los más recónditos de Egipto, y ya desde los primeros años de su niñez mostrábase muy inclinado á la práctica de las virtudes.

Procedía de padres nobles y acaudalados, y cuando más en la opulencia se encontraba, gozando de todas las comodidades apetecibles en la vida, anhelando tan sólo imitar y seguir paso á paso las máximas del Evangelio, cuando dice: "si quieres ser perfecto, ve y vende cuantas riquezas poseas y dáselo á los pobres,„ adoptó

un día la inquebrantable resolución de distribuir entre los desheredados los pingües y cuantiosos bienes con que vivía y retirarse después á una humilde cabaña que, impulsado por su heroica abnegación, construyera en el más apartado desierto.

En este solitario y sombrío lugar de penitencia, vivió por espacio de 86 años, prolongándose su santa y edificante vida hasta 20 lustros, cuya existencia la pasó consagrándose á los ejercicios de una vida contemplativa y mortificada.

Durante su ejemplarísima peregrinación en la tierra, el Señor, en su infinita sabiduría, quiso poner á prueba su virtud, permitiendo fuese asaltado de horribles tentaciones del enemigo común. Muchas y repetidas veces se le presentaba el demonio en distintas formas humanas para ver de seducirle y hacerle tornar de la dulce calma y tranquilidad del desierto á la amarga y azarosa vida de este mundo...; pero de todas las pruebas con que en la paz de su retiro era sorprendido, salía siempre triunfante y victorioso. ¡Ah! ¡si nosotros, los que nos honramos con el sublime título de cristianos, tuviéramos siquiera un átomo de la abnegación de San Antonio y la suficiente fuerza de voluntad para tomar un dechado de sus virtudes!..

Este Santo Egipcio fue un modelo de generosidad, un heroe en la penitencia y un invencible campeón en la religión de Jesucristo, pues entre todas las grandes virtudes que puedan adornar y enriquecer un alma cristiana, la más elevada, la más sublime, la más excelente es la virtud de la religión. Ella nos obliga, nos impe-

le, nos arrastra, por decirlo así, á adorar y bendecir á Dios y á darle la honra que le debemos: ella conviene á todo hombre y en todo tiempo, y le es tan necesaria á toda criatura, que tan luego como empiece á tener uso de razón debe ponerla en obra, practicarla debe, y debe también elevar su espíritu á Dios, que es el último fin para el cual el hombre fué criado.

Para sufrir con paciencia las adversidades y miserias de esta vida, es preciso ser perfectos; para vivir alegremente y caminar con suavidad por el sendero de las penalidades y del trabajo, es indispensable no apartarse un punto de la estrecha línea que Dios nos tiene trazada; para ahuyentar de nuestra alma las abejas importunas de los vanos y bastardos pensamientos, hace falta ser honrados; para desarraigar, en fin, de nuestro corazón todos los vicios que en él habemos y colocar en su lugar las virtudes todas que constituyen al hombre completamente bueno, es de todo punto indispensable que sea verdaderamente cristiano y fiel imitador de la caridad y largueza de San Antón.

Después de tan larga y bien aprovechada vida, el Señor le llamó al seno de su Eterno Padre el año de 361 de la Era de la Redención, recibiendo de la Majestad Divina, en premio de sus innumerables méritos y virtudes, la corona de la gloria y la palma de los mártires de su religión.

II

En la romería de San Antonio Abad, aun cuando no ofrece el interés que en las ya descritas, obsérvase, sin embargo, también, que es esperado con ardiente afán el día de la festividad del Santo penitente por todos aquéllos cristianos de fe que son propietarios de hermosos caballos y desean presentarlos en holocausto, dándoles una carrera en nombre de su abogado á quien se consagran.

Los caballeros, devotos del Santo, que poseen bonitas y arrogantes jacas, con ellas ricamente enjaezadas, corren presurosos, guiados por su fe, á la ermita de San Antón, y una vez allí, con el más santo recogimiento, se las ofrecen cual ricos presentes, demandándole al mismo tiempo favor para que se las conserve sanas, robustas y lustrosas.

Digamos como de pasada algo de la víspera de la festividad de San Antón. Por lo general, la noche del 16 de Enero es tempestuosa y fría; pero á pesar de la frialdad y lo desapacible del tiempo, como víspera de San Antonio, abogado é intercesor de todos los *animales domésticos y por domesticar*, no dejan de verse grupos de jóvenes de ambos sexos recorriendo las tortuosas y empinadas callejuelas de la Ciudad con el fin de visitar el sinnúmero de hogueras que en dicha noche se encuentran en determinadas calles y

plazas de la población, iluminando con su rojiza y brillante luz los estrechos y obscuros callejones que sirven para encubrir citas y entrevistas amorosas, luminarias que, con el más fervoroso entusiasmo, se consagran á San Antonio como anuncio precursor de la festividad del abogado de los brutos.

El atronador murmullo del tamboril, los limosneros, las bandejas petitorias recorriendo las calles y plazas de la antigua corte goda, los muchachos amontonando leña, las hogueras alimentadas con el combustible, los adornos y atavíos para los caballos, todo, absolutamente todo, anuncia que el día de San Antonio se acerca, y que las limosnas que por la piedad de los fieles se recojen en las bandejas, son para la suntuosa fiesta que en honor del Santo ha de tener lugar al día siguiente en su ermita situada extramuros de la Ciudad.

.....

El día 17 de Enero de todos los años amanece en Toledo siempre alegre y animado. Pero si el día aparece claro y sereno, con ese Sol radiante y esplendoroso de los días del mes de enero, en los que tanto se agradece su calor, entonces la animación y alegría no tienen límites.

Desde las nueve de la mañana en adelante, la bajada del Miradero, la puerta de Visagras, la calle del Hospital de Afuera, del Cuartel de San Lázaro, plaza de toros, barrio de San Antón y carretera de Madrid hasta llegar á la Capilla de San Antonio, sita á la izquierda del mencionado camino, á un kilómetro de Toledo, no pueden contener la compacta muchedum-

bre, la afluencia de romeros, la numerosa concurrencia toledana que acude fervorosa á prestar homenaje al Santo y á ser espectadores de la función religiosa que á las diez en punto se ha de celebrar. La ermita en este día presenta siempre á los ojos del espectador un aspecto sorprendente y un golpe de vista encantador; pues para que el espectáculo sea digno de un Santo como el protector de seres irracionales—y también racionales—los encargados de embellecer el Santuario se esmeran en decorarle con valiosas colgaduras é iluminarle con profusión de luces.

A las diez de la mañana, no sin arrojar antes por el aire algunas docenas de cohetes anunciando el principio de la fiesta, se da comienzo al acto religioso con una solemne Misa y Sermón, para cuyo panegírico siempre se elige uno de los más renombrados oradores de la Católica Toledo.

Terminada la fiesta del Santo, muchos romeros, si el día convida á pasar algunas horas tendidos sobre la helada hierba del campo, respirando la fresca y suave brisa de enero, quédanse esparcidos por los alrededores del templo, que ofrecen por cierto muy pintorescas y variadas vistas, y una vez allí, pasan la tarde en alegres y opíparas meriendas, hasta la hora en que el calor del sol les abandona. Otros devotos, despidiéndose del Santo, se suben á la Ciudad y ya no vuelven á bajar hasta por la tarde, que en romería, concurren á presenciar las carreras de caballos.

III

A la entrada, ó sea en el atrio de la Ermita, todos los años vemos con satisfacción religiosa una gran mesa cuajada de objetos de gran valía, regalados á San Antón, cuyas ofrendas son rifadas por la tarde á voz de pregón, admitiendo pequeñas pujas á la llana y cuyos productos se destinan para el culto del abogado de las bestias.

Pero cuando la romería ofrece más interés, más animación, más atractivos, es por la tarde, puesto que los encargados de hacer los honores de la fiesta, son aquellos devotos que se presentan por las inmediaciones del Santuario con sus amaestrados caballos primorosamente enjaezados, con sus airosas jacas vistosamente engalanadas, dando vueltas y revueltas en medio de sus carreras por el antiguo barrio que llaman de San Antón.

El gentío que se agolpa en apiñado montón á las avenidas del sitio donde tienen lugar las carreras de caballos, es inmenso: si no fuera por el celo y vigilancia de las autoridades, ocurrirían muchos casos de caídas y atropellos y se lamentarían desgracias como la de arrollar á una pobre madre con su niño al pecho—ya lo hemos conocido—á impulso de la vertiginosa carrera de un alazán desbocado.

Sin embargo, aunque no con frecuencia, ocurren y ocurrirán por desgracia.

En estas tradicionales carreras de brutos, consagradas á su santo protector, se ve el criado de casa grande, con su clásica librea, paseando ó galopando el caballo de su señor, ricamente ataviado; el labrador ó gañán, con sus yuntas de mulas engalanadas con lazos y banderines; el arriero con el pollino de su amo adornado con caprichosos pañuelos de seda; el hortelano, con la robusta yegua de su ama, embellecida con lacitos en la crin; el confitero con su jaquilla, hermoseada con estrellitas de mazapán; el panadero con sus estropeados mulos; el cochero con sus cansados jacos; el carnicero con su brioso alazán, todos y muchos más, que sería prolijo enumerar, acuden orgullosos y llenos de fe á ofrecer sus inocentes animales á su abogado protector.

A la caída de la tarde, á la hora en que el Sol se despide de los romeros, cada cual, cansado de correrías, se retira, encaminándose para Toledo con sus fatigados corceles, que, en sus alegres é intencionados relinchos, reclaman á sus jinetes el bien ganado pienso de cebada bendita por San Antón.

Aquellos romeros, que no son caballeros porque no tienen caballo, quédanse á la puerta de la Ermita hasta la última hora de la tarde, presenciando, movidos por la curiosidad, ese resorte vigorosísimo que pone en movimiento aun á los más indiferentes y por satisfacer un deseo halagador, el acto de la rifa de objetos regalados á San Antón. Este acto es de lo más gracioso, ameno y divertido que verse pueda en romerías, tomándolo bajo el punto de vista que debe to-

marse: tomándolo en buen sentido y bajo el punto de vista de la naturalidad.

Durante la subasta ó rifa de los donativos del Santo, escápanse de vez en cuando de los labios del pregonero, algunos inocentes chistes, que sin poderlo reprimir, hace asomar la risa al semblante de los circunstantes.

Tan luego como se da por terminada la subasta de los donativos, hechos al Santo en la víspera y el día de su festividad, los romeros se dirigen hacia la Ciudad, tomando como paseo la carretera de Madrid, que cruza por el arrabal de las Covachuelas, dejando á un lado la plaza de toros, el cuartel de San Lázaro, el Hospital de afuera y el gran paseo de Merchant, penetrando en Toledo por la puerta de Visagras.

Una hora después, cuando las sombras de la noche invaden el espacio, todo vuelve á quedar en silencio en las cercanías de la ermita ó inmediaciones del antiguo arrabal de San Antón. El lugar que durante el día que acaba de expirar ha sido centro de bullicio, de animación y alegría, es ya lugar de calma y tranquilidad, cuyo silencio tiene una semejanza con el silencio de las tumbas del panteón general que se halla á quinientos metros de distancia del sitio de la romería: ningún ruido se oye en sus contornos, á excepción del melancólico canto del buho, que anida en la copa de los árboles del *Aserradero*, de las demás aves nocturnas que pululan por los aires y del incesante rumor de las aguas del Tajo al pasar, cual torrente despeñado, por las cascadas de la fábrica de harinas de Safónt y molinos de la Solanilla.

Los devotos que en romería, unos á pie y otros á caballo, acudieron á rendir un tributo de homenaje al Santo, cansados de los placeres y fatigas del día, se entregan en brazos de Morfeo, dando rienda suelta á sus ensueños, que les representa con los más vivos colores, la realidad de las escenas del día anterior, hasta que la luz del nuevo día viene á despertarlos para elevar preces al cielo por haberles permitido asistir á la romería de San Antón del año presente y pedir al Todopoderoso que les conserve la vida para el venidero.

LA VIRGEN DE LA CABEZA

I

RECOSTADA negligentemente sobre una elevada colina formada de áridos peñascos cuyos cimientos bañan constantemente las corrientes del caudaloso Tajo, y á muy corta distancia de la Ciudad, al lado opuesto del río, por la parte del famoso Puente de San Martín, se encuentra la reducida Ermita de la Virgen de la Cabeza, cuya tradicional romería celébrase todos los años en el tercer domingo después de Pascua de Resurrección y cuya descripción nos proponemos hacer. Pero antes de dar principio á la descripción y detalles de la romería que nos ocupa, no sería ocioso decir cuatro palabras acerca de la reinstalación de este Santuario y en honor de un ilustre, piadoso y caritativo Prelado, honra y gloria de la Ciudad de Toledo, que un día brilló en primera línea por su esclarecido talento entre las dignidades de la grande y majestuosa Iglesia Catedral, Primada de las Españas.

II

Allá, por los años de 1858, y mucho tiempo antes de la citada fecha, puesto que fue construída en 1630, se encontraba la Ermita de la Cabeza en un estado tal de abandono, que no se celebraban fiestas ni romerías, no se consagraban cultos á la imagen de la Virgen á consecuencia de hallarse ruinosa la Capilla; y hubiérase arruinado, convirtiéndose en escombros, siguiendo la suerte funesta, la marcha final de otros más importantes monumentos y edificios de Toledo, cuyas ruinas contemplamos á cada paso con ese sentimiento hijo de la fe y del amor á las bellas y antiguas artes, si no hubiera aparecido, como emanación del cielo, una mano generosa y caritativa; un corazón piadoso y desprendido á la vez que, á impulso de sus cristianos sentimientos, hiciera lo que por dicha nuestra hizo: levantar del deplorable estado en que yacía la Ermita hacía mucho tiempo; resucitarla, por decirlo así, con una importante obra de reedificación que costeó. ¡Loor y gloria á tan ilustre y caritativo varón!...

III

Todos ó la mayor parte de los hijos de Toledo saben, ó recordarán muy bien, á pesar del tiempo transcurrido, que el doctor D. Antolín Monescillo—hoy Arzobispo de Valencia por la misericordia y gracia de Dios que rige y gobierna los destinos del mundo, puesto que todos proceden de su omnipotencia—fue antes y después de los años de 1859, Canónigo algún tiempo y dignidad de Maestrescuelas de la grandiosa Catedral de Toledo: Orador sagrado de los que figuraban entonces en primer término. Que poco después de esta fecha, en 22 de julio de 1861, fue nombrado Obispo de la Diócesis de Calahorra y la Calzada; luego Obispo de Jaén, y más tarde, sin duda por sus méritos y virtudes, fue elegido y elevado á la silla arzobispal de Valencia, cuya Diócesis gobierna felizmente en la actualidad (1).

Pues bien; la Ermita que nos ocupa, dos años antes del acertado nombramiento del Obispo de Calahorra, se hallaba amenazando ruina, sin culto y abandonada de los fieles. Era urgente la necesidad de recomponerla; de reedificarla; de abrir al culto sagrado el santuario de una Vir-

(1) En el consistorio celebrado en Roma en 10 de noviembre de 1884, fue nombrado Cardenal el virtuoso Prelado Sr. Monescillo, recibiendo en Roma el capelo cardenalicio en junio de 1886.

gen á la que los toledanos tenían y tienen una especial devoción; pero para ello, para llevar á cabo la obra proyectada, necesitábanse fondos, y para allegarlos era preciso crear ú organizar una Cofradía ó Hermandad, cuyos individuos contribuyeran con sus limosnas ó abrir una suscripción que produjera lo suficiente para las obras. Nada, pues, se consiguió.

La necesidad de reedificar esta Capilla se hacía cada vez más apremiante, puesto que todos los enfermos de la cabeza invocaban noche y día el nombre bendito de la Virgen; y como la necesidad es la ley más imperiosa del mundo, es el sello que el Gran Hacedor imprimió en todas las cosas de la tierra, como origen y condición de existencia, de ahí el que en el año de 1859 se emprendiera y se llevase á efecto la tan importante como sencilla obra de reedificación.

IV

Todas y cada una de las operaciones de la vida están basadas en la necesidad; porque todos los efectos tienen su causa y todas las causas tienen su necesidad; ó mejor dicho, cada causa es una necesidad.

La necesidad es, pues, el móvil de todas las cosas: el mecanismo que mueve todos los actos; el resorte que empuja todos los acontecimientos del hombre en el escabroso sendero de este mun-

do, desde los más insignificantes y pueriles hasta los más serios é importantes.

Como sabrán y habrán comprendido nuestros lectores, la obra de reedificación de la Ermita de la Cabeza llevóse á su realización, cuando precisamente se estaba organizando una pobre Hermandad con el propio objeto, en el año de 1859, á expensas del generoso y cristiano Prelado que actualmente ocupa la Silla Episcopal de Valencia, D. Antolín Monescillo.

Esta fineza para con la Virgen que se venera en dicha Ermita; este rasgo de cristiana generosidad hacia los devotos de María, hijos de Toledo; esta ofrenda; esta obra de caridad y amor hacia la madre de Dios, puede considerarse, aparte del laudable y santo fin con que lo realizó, como un grato é imperecedero recuerdo que quiso dejar á los toledanos al ausentarse de la Ciudad de las romerías; como un valioso legado que quiso hacer á los fieles que tantas veces escucharon con agrado los elocuentes y arrebatadores discursos que un día pronunciara desde la Cátedra del Espíritu Santo del Suntuoso templo de la Catedral á que perteneció, al despedirse (*para siempre quizá*) (1) de su predilecta imagen la Virgen del Sagrario, patrona de la Imperial Toledo.

---

(1) Este, *para siempre quizá, siempre* triste para nosotros, lo pronunciamos con honda pena, porque *ahora* y *siempre* hemos deseado que el Sapientísimo Doctor Sr. Monescillo viniera á su augusta Toledo á gobernar y á regir su Diócesis como Cardenal Primado de su grandiosa Metropolitana.

V

No puede en manera alguna pasar desapercibido para los que como nosotros se fijan en los acontecimientos más ínfimos, grabándose en la mente con caracteres de indeleble fuego, el hecho, la coincidencia, digámoslo así, de la elección, del nombramiento en favor del sabio Canónigo-dignidad de la Catedral de Toledo, D. Antolín Monescillo, para el Obispado de Calahorra; tanto más, cuanto que verificose este bien empleado nombramiento, precisamente cuando se hallaba aún reciente la obra de la Ermita mencionada, y cuando más lo reclamaba la necesidad de la protección, del apoyo y cooperación de este generoso Prelado.

Los toledanos todos, devotos de la Virgen de la Cabeza, bendijeron la casualidad feliz, el instante venturoso en que eligieron para Jefe ó Pastor de almas de la Diócesis indicada, á un Señor Canónigo de Toledo, tan digno como lo era (y lo es), el tantas veces mencionado D. Antolín Monescillo; á un Sacerdote tan conocido y tan apreciado entre los católicos toledanos por sus excelentes virtudes y su indisputable elocuencia, y porque con tal ascenso esperaban, y no en vano, que él mismo, sin necesidad de indicación alguna, por su decidida, generosa y espontánea voluntad, se ofrecería, como lo verificó, á ser hasta el fin de sus días el *Patrono y*

Hermano mayor, perpetuo y protector del culto de su queridísima y adorada Virgen de la Cabeza. ¡Oh! ¡Venturosa casualidad!...

La casualidad obra cosas prodigiosas, decimos muchas veces, y esto es ya una frase vulgar. Y nosotros, aunque de estéril ingenio y aunque se nos tache de fanáticos creyentes, puesto que las creencias religiosas están hondamente arraigadas en nuestro corazón, preguntamos: ¿Qué se entiende por casualidad? Para nosotros es un hecho cuya causa no podemos penetrar, no alcanzamos á comprender. Por la misma razón que hemos dicho anteriormente, hablando de la necesidad, "que es el sello que el Gran Hacedor imprimió en todas las cosas como condición de existencia„ decimos aquí y nos atrevemos á afirmar, guiados por nuestra fe, que la casualidad no es ni puede ser otra cosa que la Divina Providencia. Y sino, escuchad atentos: Pasan á nuestra vista infinidad de acontecimientos casi desapercibidos, á los cuales no damos valor ni importancia alguna, porque nos afectan de algún modo; porque no alteran ni trastornan nuestro orden moral ni material, ó no recibimos por ello ni bien ni mal. Pero llega uno de esos hechos y nos causa un contratiempo, nos ocasiona una sensible desgracia ó nos libra de ella, y ya fijamos en él nuestra atención. Vemos el suceso, tocamos el efecto, pero no sabemos de dónde procede ni de dónde ni cómo vino; no colegimos la causa y exclamamos: ¡casualidad! Y qué, ¿tantos y tan prodigiosos resultados producidos, no sabemos cómo, por ventura, vienen al acaso, sin origen ni fin, ni dirección, ni orden?

¡Imposible! en la Naturaleza todo está ordenado. Nosotros vemos en todos esos actos—aunque se nos califique de místicos—en todos esos hechos y acontecimientos que pasan ante nuestros ojos de lince, la mano de la Providencia; de ese poder misterioso que lleva adelante su plan de campaña en el campo de batalla de este mundo; su disposición acertada de dirigirlo todo y cuidar de todo de un modo maravilloso, grande é incomprensible, sin ocuparse para nada del hombre, sino en cuanto tiene relación con la ínfima, insignificante é imperceptible representación que tiene en el ilimitado catálogo de los seres en la tierra.

Su vista perspicaz todo lo ve: su grande inteligencia todo lo abarca: nada hay casual. La Providencia, Dios, al señalar con su dedo los acontecimientos que tienen lugar en la órbita, en la redondez de la tierra, tiene en la otra mano el mundo, la creación. ¡El hombre, la mar, la tierra! ¿Qué son en el inmenso Océano del Universo? Un diminuto grano de arena en una extensísima playa.

VI

En el nombramiento de D. Antolín Monescillo para el Obispado de Calahorra, que coincidió afortunadamente con la obra de reedificación de la Ermita, tantos años abandonada, de la Virgen

de la Cabeza, hay uno de esos acontecimientos á que se da el nombre de feliz casualidad.

Nosotros creemos que esos hechos son el agente que la Providencia envía para hacer cumplir sus designios, sus mandatos.

Si los toledanos celebran desde el año de 1859 acá, la romería anual de su milagrosa Virgen, extramuros de la Ciudad, débenselo á la caridad y largueza del actual Prelado de Valencia (1). ¡Cuán fructífera y consoladora es la caridad, y cuán dulces, cuán saludables, cuán ricos son sus frutos! ¡Siempre salva al que peligra, nunca le pierde; siempre atrae al extraviado, nunca le ahuyenta; siempre cura las heridas, nunca las causa; siempre consuela, jamás entristece; siempre proteje al desvalido, jamás á nadie rechaza!

¡Amor, caridad, benditos sean! Porque los que poseen esas virtudes son la verdadera, la única raza de Dios. Los que no abrigan en su corazón sentimientos de amor y caridad, que por desgracia son muchos, ni los reconocerá Dios por hijos suyos, á menos que se arrepientan de sus culpas, ni producirán en la tierra sino espinas en vez de flores; profundas heridas en vez de bálsamo para curarlas; perdición en vez de honra; miseria en vez de favor; quebranto en lugar de consuelo, y guerra en cambio de paz.

. . . . . .

(1) Léase la nota que se halla al final de la obra.

VII

Tiempo es ya á nuestro entender que demos comienzo, aunque en estilo vulgar, á la descripción de la romería de la Virgen de la Cabeza á cuya Ermita acuden presurosos infinidad de toledanos el día de su festividad, que tiene lugar en el tercer domingo de Pascua de Resurrección, según hemos indicado ya. En ésta como en las demás romerías que se celebran extramuros de Toledo, se observa animación y alegría al par que recogimiento; sobre todo cuando los fieles, prosternándose de hinojos ante el trono de la Reina Virgen, Madre de Dios, iris de paz, de esperanza, puerto seguro de salvación y faro resplandeciente que guia al desorientado navegante en el intranquilo, revuelto y proceloso mar de este mundo, la ofrecen, cual si fueran ricas joyas de inapreciable valor, pequeñas cabezas formadas de cera en señal de agradecimiento por algún bien recibido. La festividad de esta antiquísima imagen, empieza á manifestarse desde el toque de la campana del medio día de la víspera. La pequeña esquila de la Ermita, que se divisa desde el paseo del Tránsito y barrio de Santo Tomás, y algunos cohetes que, impelidos por el fuego, surcan el espacio, yendo á perderse en el fondo del Tajo, anuncian á esta hora con su dulce y vibrante sonido y el estampido de las

bombas, que la romería de la Cabeza prepárase para el siguiente día.

Una valla infranqueable, un dique que jamás se rompe, un robusto baluarte, una muralla inaccesible, un lago insondable, la impetuosa corriente del Tajo, separa de la Ciudad, por la parte del medio día, la alta colina donde se asienta la Ermita. Pero los romeros que desean visitar el Santuario de la Virgen, lo verifican por el tradicional é histórico puente de San Martín.

VIII

Según antigua costumbre y siguiendo el ejemplo de las demás romerías, al toque de la oración ilumínanse las montañas de roca que rodean la Capilla, con la llama que produce el combustible encendido de la multitud de hogueras esparcidas por la colina, y alguna que otra luminaria que, en honor de la Virgen, presentan á las puertas de sus pintorescos albergues los humildes campesinos de los cigarrales inmediatos.

Y para dar más esplendor al acto y atraer mayor concurrencia al lugar de la romería, arrójanse por los aires, que hienden el espacio, enseñoreándose del Tajo y las montañas, algunas docenas de los clásicos y populares cohetes, tan comunes como indispensables en las romerías y fiestas religiosas; sin olvidar la bien organizada banda de música que, durante los fuegos de ar-

tificio tocan las más escogidas piezas de su rico repertorio, amenizando la fiesta.

Con estos atractivos de la víspera, á pesar de la obscuridad de la noche, acuden á formar parte, á aumentar la numerosa concurrencia que asiste, subiendo á la cúspide de la montaña donde se posa la ermita, multitud de devotos, que, después de haber visitado á la Virgen en su Capilla, gozan de la diversión que les proporciona el prólogo de la romería, y respiran á la par desde lo alto de los riscos la fresca y saludable brisa del rio que les circunda.

Terminada la función de cohetes y luminarias, ó como si dijéramos, la iluminación, aunque no debe dársele este nombre por el escaso número de luces que cogen en la portada, los fieles abandonan el agreste lugar de la romería, encaminándose á sus hogares por el grandioso puente, ya indicado, de San Martín, única vía por donde pueden cruzar el Tajo, por ser el punto de pasaje más inmediato á esta preciosa Capilla.

Puede afirmarse, sin temor de faltar á la verdad, que no obstante lo avanzado de la hora, al retirarse los romeros del sitio de la iluminación, quédanse algunos rezagados entre los riscos como con intención de pernoctar fuera de sus hogares; y aun nos atrevemos á decir que, durante toda la noche, no falta compañía en las pequeñas habitaciones del Santuario, que velan á la Virgen, y en las inmediaciones de la colina, en donde no faltan ni han faltado nunca, desde que Dios creó la vid, timbas, que son centros de placer comprado; templos en donde en todos los siglos y en todos los tiempos, á imitación de

los gentiles y paganos, cuando celebraban sus fiestas consagradas al vino, se rinde culto y adoración al *dios Baco, al príncipe del mosto;* ese néctar purísimo — cuando lo es — nutritivo y alimenticio; sangre de Cristo que ahuyenta toda tristeza y al viejo rejuvenece: bálsamo virtuoso que á unos les hace reir y á otros les hace llorar; dulce licor tan apreciado por todos y tan exquisito para algunos paladares, que no hace aún mucho tiempo, formando parte de la comitiva de una distinguida boda, uno de los más alegrillos comensales, en medio de su forzada y artificial alegría, y levantando en alto un vaso de gran capacidad, lleno de sangre de uva, entusiasmado al ver tan cerca de sus labios el líquido precioso que muy en breve iba á saborear, el mosto que ejercía en él tanta influencia y le hacía reir y danzar á la vez, exclamó con voz ronca y aguardentosa:

Dicen que del cielo vino
la semilla de la cepa:
pues siendo el cielo divino,
¡¡bebamos mientras nos quepa!!

Y se bebió de un solo trago el vino que contenía el vaso que oprimía con su temblorosa mano, demostrando en sus locos ademanes y frases dictadas por el alcohol, que bebiendo sendos tragos de buen vino se puede morir Santo y remontarse hasta el Empíreo, puesto que del Cielo descendió el exquisito fruto de la vid, según opinión de muchos inteligentes consumidores y excelentes maestros en el arte de libar...

IX

Para poder formarse una idea aproximada del gentío que concurre á la romería de la Virgen que nos ocupa, en el día de su festividad, no hay más que colocarse por algunos instantes á guisa de observador, en el nuevo mirador, punto de recreo, construído pocos años hace á la entrada del artístico templo de San Juan de los Reyes, en el solar de la Capilla que fue de la Beata Mariana. Desde este elevado punto, tendiendo la vista hacia el Puente que cruza el Tajo y demás vías de comunicación que conducen á la encrespada colina, podrá divisarse muy bien el cordón de romeros que desde las primeras horas de la mañana se dirigen, como desafiando la influencia del Sol del mes de mayo, á la cumbre de la montaña de la Cabeza, con el propósito de tomar localidad en la reducida Capilla y ser espectadores del acto religioso; de la Misa y Sermón que con gran solemnidad se celebra en dicho día.

A la entrada del Sagrado recinto, que hoy tal vez sería todo ruinas, todo escombros si no hubiera sido por la magnanimidad de un respetable Ministro del Señor, de un Arzobispo que los toledanos conocemos, colócanse varios puestos de diversas golosinas y una especie de tienda de campaña que sirve para rifa de objetos ofrecidos á la Virgen por aquellos devotos cristianos

y generosos que, tratándose de obsequiar á la Reina de los Ángeles, sacrifican sus intereses en pro de su religión y culto.

Cuando es llegada la hora de las diez de la mañana, una docena de cohetes soltados al azar, y el rumor de un bien templado tamboril, dan la señal de aviso de que la función va á comenzar. En efecto, á la hora indicada, acompañados de una brillante orquesta, celébrase, con la mayor solemnidad, la fiesta consagrada á María Santísima de la Cabeza, cuyo panegírico, por regla general, se le confía á uno de los más sobresalientes oradores de la Ciudad de los árabes.

X

Para sostener y acrecentar más y más el culto de esta milagrosa Imagen, existe hace algunos años una Cofradía constituída en su mayor parte por humildes y honrados cigarraleros que, por ser vecinos y convecinos de la Virgen, puesto que las inmediaciones de la colina donde se alza la Ermita está circundada de bonitos caseríos de campo destinados á cigarrales, tienen á mucha honra el inscribirse y asociarse en fraternal corporación, contribuyendo con el óbolo establecido en la asociación, á fin de vivir agrupados bajo el manto y tutela de la Virgen y en torno del trono del Señor.

A las doce poco más ó menos, el tañer de la pequeña campana del Santuario y la detonación

de las bombas de otra docena de cohetes, elaborados por un cigarralero que entiende algo de fuegos de artificio, discípulo del ya retirado maestro *Sr. Galápaga*, anuncian, siguiendo la costumbre de las demás festividades campestres, que la ceremonia religiosa ha terminayo ya.

Algunos devotos, retíranse á sus viviendas poco menos que asfixiados de calor á devorar el clásico cocido madrileño y á entregarse plenamente en brazos de Morfeo durante las horas de siesta; y otros que á la romería acudieron con manjares y viandas en sus cestas, quédanse entre los peñascos que ofrecen alguna sombra á consumir las provisiones que llevaron, hasta el caer de la tarde, hora de la procesión.

A las cinco poco más, y aun después de oculto el Sol, es cuando mirarse debe con especial atención desde el mirador ya enunciado de la beata Mariana, dirigiendo la vista á la parte del Tajo que corre á los pies de los duros peñascos que forman su cauce y hacia el paso que le cruza, llamado de San Martín.

La concurrencia es tal á presenciar el acto de la procesión, que se hace trabajoso é imposible á veces el tránsito en la espaciosa y larga travesía del magnífico Puente colocado sobre el Tajo.

La procesión, siempre acompañada y seguida de la banda de música, recorre, aunque con trabajo, el áspero sendero que desde su elevada Ermita llega hasta el Puente mencionado, y torna después á desandar el camino recorrido, dando vuelta por algunos cigarrales cuyas recreativas posesiones bendice la Virgen á petición de los cigarraleros que la conducen sobre sus hombros,

para que las plantas por ellos cultivadas, los árboles de albaricoque por ellos podados y custodiados, produzcan en abundancia el sabroso y exquisito fruto que hace siglos dió fama universal á Toledo.

XI

Hace muchos años que en esta Ciudad y aún en otras provincias de España, es ya un adagio vulgar y común aquello de... *Repicar y andar en la procesión no puede ser.* Pues bien; nosotros decimos, sin que ningún toledano, puesto que lo saben como nosotros, se atreva á desmentirnos, que no es imposible en el mundo tocar las campanas sin faltar un instante de la procesión.

En la romería de esta Virgen se ve éste al parecer imposible caso: es la operación más sencilla.

A un lado de la peana donde se apoya la escultura de María, existe, tal vez desde la construcción de la Imagen, sin que pueda saberse á ciencia cierta el origen ó el misterio que pueda tener, aunque la creencia ú opinión popular lo atribuye á aparición, una diminuta Capilla, como cosa de juguete, construída de madera pintada, con su bonito campanario, del que pende una pequeña campanita, cuyo ínfimo Santuario demuestra más que otra cosa, á nuestro juicio, representar la Ermita de un anacoreta entregado á una vida de penitencia y retiro.

Como de la campana de ésto pequeño y misterioso templo penden dos cuerdas que contrastan con el tamaño del badajo, dos cuerdas pequeñas también, cuyos extremos se ocultan debajo de las andas, claro es que al compás de la marcha que toca la banda, los mismos fieles que en hombros conducen á la Imagen asidos de las cuerdas pendientes de la esquililla, pueden, con facilidad, como lo hacen, ir tocándolas á vuelo y repicar durante la procesión, al paso del acompañamiento; y he aquí ya descifrado el enigma, aclarado el refrán, esplicado el adagio de que *Repicar y andar en la procesión no está en lo posible;* de lo que resulta que los adagios todos no son verdaderos, toda vez que es posible en el mundo tocar las campanas y acompañar á la procesión.

Cuando el Sol se halla á punto de ocultar sus rayos de fuego tras la gigantesca barrera de montañas que se alzan á la parte de Occidente y Sur, y la procesión torna á subir al cerro donde tiene su asiento la sagrada mansión de la Virgen, los fieles que acudieron á la romería van abandonando poco á poco el lugar que les sirvió de recreo, dirigiéndose á sus hogares por el Puente citado tantas veces y empinada cuesta de San Juan de los Reyes.

Sacrificio y devoción grande es á la verdad, asistir por mañana y tarde á las numerosas fiestas y romerías que se celebran en Toledo, en un día caluloso del mes de mayo, desprenciando los abrasadores rayos del Sol y sin temer la fatiga, el cansancio de subir y bajar las resbaladizas pendientes de la histórica Ciudad por la posición

topográfica que ocupa, edificada sobre gigantescas moles de roca que hacen difícil y penosa la entrada al centro de la población; pero como la fe, el entusiasmo y el amor de los toledanos hacia la Madre de Dios y demás Santos de su devoción, es tan puro, tan grande y tan verdadero; y las eminencias donde descansan los aislados Santuarios ofrecen á la vista de los romeros bellísimos panoramas, encantadores paisajes en los que la Naturaleza toda parece presentarse adornada de ricas galas, en todo su esplendor y magnificencia, embellecida con los dones con que Dios la enriqueció; moviendo el pensamiento á la contemplación de tanta grandeza al par que proporciona al alma satisfacción y gozo, aspirando el puro y embriagador aroma de las flores de las colinas; respirando la dulce y suave brisa que emana de la ribera; sacrifican sus intereses por engrandecer y solemnizar los actos religiosos á imitación de aquel pueblo privilegiado guiado por el gran profeta Moisés, cuando en los primitivos tiempos hacían sacrificios y holocaustos á Jehová, y se sacrifican á sí propios guiados por esa misma fe, que les enaltece y les hace figurar en primera línea en el gran catálogo de los pueblos cristianos, y empujados por eso mismo amor que profesan á la religión de Cristo Señor Nuestro.

¡Benditas mil veces sean las romerías que se celebran extramuros de Toledo y benditas también las Corporaciones que las sostienen!

ROMERÍA DE LA BASTIDA

I

Dos kilómetros de distancia poco más ó menos, á la parte de Occidente, álzase en esbelta colina, cual vigilante centinela de aquellos que en el siglo XII custodiaban el castillo feudal de su Señor, la misteriosa Ermita de la B. V. María de la Bastida. Y decimos misteriosa, porque en el interior del Sagrado recinto existe, desde tiempo inmemorial, un pequeño subterráneo ó cueva figurando un oratorio, donde sobre un pobre y desmantelado altar, construído de mampostería, se venera la sacratísima Imágen de Jesús crucificado, y á cuyo reducido Santuario—dice la tradición—acudía con frecuencia desde su maravillosa Capilla (hoy derruída), situada á un lado contiguo del soberbio templo de San Juan de los Reyes, á pesar de la distancia, la célebre Beata Mariana á hacer oración ante el Crucifijo de la misteriosa cueva, encerrándose en las entrañas de la tierra, puesto que la concavidad ó hueco de la

gruta se forma de una enorme roca de mal granito, de la que los creyentes arrancan todos los años, movidos por la fe, un guijarro ó trozo de piedra que conservan como reliquia por tener la virtud—dicen—de calmar ó curar los dolores de muelas.

El aspecto de este triste, lóbrego y sombrío subterráneo, tiene una semejanza con aquellas grutas de los primeros siglos del Cristianismo, habitadas por anacoretas que pasaban su vida entregados á la penitencia y al retiro.

El austero y venerable retrato en antiguo lienzo de esta célebre y bienaventurada mujer, se conserva á través de los tiempos pendiente de un clavo en la Ermita de la *Bastida*.

Este pequeño templo, más que santuario, destinado á tributar homenaje á la doncella de Nazaret, parece, visto desde la parte opuesta del Tajo y desde otros encumbrados puntos que rodean la Ciudad, un castillo-atalaya de aquellos que se edificaron en su época, dando elocuentes indicios de nuestras contiendas en España y pruebas evidentes de que su construcción era el símbolo del poder independiente, de la fuerza y de la importancia personal de los señores feudales, en cuya fortaleza habitaban como el águila en su nido, dispuestos á defender con sus lanzas sus regalías, sus investiduras, sus privilegios, sus intereses y sus personas, cuyo individualismo aislado y cuya independencia y poderío, nacidos al pie de los robustos muros de sus baluartes, que desdeñaba las leyes y las costumbres, y ponía su ideal como la luz única y como el único faro luminoso de la vida sobre todas las

cosas, retando é hiriendo al que no reconociese su incontestable superioridad, había de sucumbir, acabando para siempre, ante las arbitrariedades, excesos y desórdenes que surgían en la sociedad feudal; castillo desde cuyo elevado sitio su fiel y celador vigía vela el dulce y tranquilo sueño de la hermosa sultana, de la gran Toledo.

El centinela de esta fuerte atalaya lo es, desde principios del siglo XIV, la morena y milagrosa Imágen de la Virgen que nos ocupa, pues que en el lugar que hoy se levanta este santuario, existió en aquel tiempo y hasta muchos años después, un riquísimo Convento de Monjes de la Orden Franciscana, edificado en la época de San Fernando, denominados de la *Bastida*, cuyo grandioso edificio fue devorado después por las llamas de un devastador incendio causado por una partida de malhechores que con frecuencia recorrían aquellos santos y apartados lugares, turbando la tranquilidad de los Padres que habían renunciado á las vanidades del mundo y vivían retirados del bullicio y la pompa de la entonces populosa Ciudad á la sazón centro de la Corte castellana; por cuyo fatal acontecimiento la Comunidad que, gracias al cielo, había salido ilesa del siniestro, fue trasladada más tarde al Real Monasterio de Frailes Franciscanos de San Juan de los Reyes Católicos.

Dícese además que el destruído Convento de la Bastida se hallaba rodeado de un espeso monte de robusta y lozana vegetación, en el que se veían pomposas encinas, pinos gigantescos y *al-*

cornoques de gran talla. (De éstos existen todavía algunos.) Como queriendo dar una prueba evidente de la existencia del monte que nos ocupa, dícese también que la viga de grandes dimensiones que hoy sostiene la techumbre del atrio de la Ermita, procede de uno de los muchos y corpulentos pinos que crecían en el vasto y dilatado campo de la *Bastida.*

La causa de la desaparición de este poblado bosque, sería á nuestro entender, la tendencia criminal que, como todos sabemos, hay hoy en España á la corta y tala de los montes, cuya vegetación está probado por la experiencia que es el poderoso imán que atrae de las nubes á la tierra la lluvia refrigerante que fertiliza nuestros campos, pues como dice un inteligente agrónomo, competente, de profundos conocimientos en la materia, hombre de Estado y ex ministro de Fomento: "Está efectivamente reconocido que las grandes masas arbóreas contribuyen poderosamente á templar los rigores del clima, disminuyendo los cambios bruscos de temperatura, regularizando las emisiones del vapor acuoso, contrarrestando el empuje de los vientos y el ímpetu de las aguas torrenciales, así como también á mejorar las condiciones higiénicas, purificando el ambiente y aumentando los elementos vitales de la atmósfera.„

Dista de las orillas del Tajo como unos 900 metros, y por la eminente posición que ocupa, como hemos indicado anteriormente, se hace también uno de los parajes que ofrecen á los ojos del expedicionario muy bonitas y variadas vistas, puesto que desde la florida cúspide de la

colina divísanse á larga distancia los campos y el monte de Valparaíso; las fértiles campiñas de la bella y rica posesión de Buena Vista, delicioso recreo que fue del Cardenal D. Bernardo de Sandoval y Rojas; la pintoresca ribera del río cuyas dulces y trasparentes aguas riegan sin cesar las hermosas y dilatadas vegas, cuajadas de verdura, que un día pertenecieron á la opulenta Comunidad del Monasterio de San Bernardo—cuyo magnífico edificio existe aún á pesar de los siglos por estar hoy destinado á dehesa particular, propiedad de un título de Castilla, el Duque de la Unión de Cuba;—la renombrada Fábrica de Armas blancas que se destaca orgullosa entre la multitud de árboles y plantas que pueblan la ribera del Tajo donde se asienta; la llanura de la extensa vega de Toledo, limitada por pequeñas cumbres y fertilizada por las benéficas aguas del río que por diferentes cauces constantemente la riegan; la preciosa Ermita de San Isidro y San Roque, situada frente al *Aserradero;* la Basílica de Santa Leocadia y el panteón del Cristo de la Vega, escondidos entre el verde y espeso ramaje de los frondosos árboles que les circundan; el poblado bosque de la pintoresca alameda del Angel con su magnífica Ermita; el triste y sombrío lugar destinado á cementerio, enclavado en el centro de la Vega baja; las Ventas del antiguo barrio de San Antón, con la plaza de toros; el Cuartel de San Lázaro; el majestuoso templo del Hospital de San Juan Bautista; el pintoresco paseo del Mariscal (vulgo Merchant); los famosos huertos llamados cigarrales sembrados de albaricoqueros y enriquecidos con

su sabroso fruto; y en medio de este encantador paisaje, como para embellecerle y darle mayor realce, deslízase tranquilo culebreando por entre la fresca hierba y el lozano ramaje de la ribera, esa *cinta de cristal* que tanto engrandece á Toledo, bañando los muros de su recinto y sirviéndole de inaccesible foso; ese riente y cristalino rio que por doquiera que pasa hace producir á la tierra que riega raudales de plata y oro: el caudaloso Tajo que corre incesantemente hasta perderse de vista en las profundidades del mar de los Portugueses.

II

Rodean la colina donde tiene su asiento el Santuario, grupos de toda clase de plantas, árboles y flores, hermoseándola con la variedad de formas de sus ramas, de sus hojas, embalsamando el espacio con sus perfumadas emanaciones de oxígeno y con sus embriagadores aromas.

A la falda del cerro, frente á la Ermita, por la parte del Norte, en la ribera del Tajo, álzase gigantesco, elevando á los cielos su cúspide, el corpulento nogal tendiendo su majestuosa sombra al paseante; y allí se columpia erguido el esbelto y elevado álamo blanco que con sus pobladas ramas parece tocar las nubes en demanda de sus lluvias. Tanta belleza y lozanía se encuentra en estas alamedas, y tan pomposos son sus

árboles, que me parece oportuna repetir aquella redondilla de un inspirado poeta amante de la soledad de las selvas que dice:

No me canso de admirar
estos árboles gigantes,
que parecen arrogantes
las nubes desafiar.

Allí se cimbrean la higuera, el peral, el manzano, y sobre todo infinidad de arbolillos de albaricoques, mostrando sus ricos frutos de tal suerte, que en algunos instantes, se hace la ilusión el que asiste á esta romería de hallarse en el *Paraíso* de la fruta prohibida, entregado á la contemplación de la exuberante naturaleza. Y á corta distancia de allí, en el ameno y hermoso bosque de la *Peraleda*, óyese de vez en cuando el melodioso canto del ruiseñor, poeta de la noche, que, escondido en la enramada, saluda con sus arpegios á los romeros de la Bastida.

Por estas espesas alamedas, á la grata sombra que proyectan y ofrecen sus corpulentos álamos, respirando el dulce, suave y perfumado aire primaveral, saturado con los aromas de las flores y las emanaciones del Tajo, se goza lo que no es decible.

III

Como por lo general la festividad que anualmente se consagra á esta Imágen, tiene su efecto en el 4.º domingo después de Pascua de Resurrección, siempre en el florido y hermoso mes de mayo, y la romería empieza desde las primeras horas de la mañana, cuando se deja respirar el aire puro de la campiña; cuando el firmamento se muestra á nuestros ojos sereno y azul como el manto de la Virgen; cuando la luz del Sol de la mañana se extiende por la colina radiente y clara como las doctrinas del Redentor; cuando el ambiente es tan delicioso y la brisa tan grata; á esta hora, atraídos por los encantos que presenta la Naturaleza y empujados por la fe, claro es que los fieles, no obstante la penosa distancia que tinen que recorrer hasta llegar á la cúspide del cerro, corren presurosos, ebrios de entusiasmo y regocijo á saludar á la esposa-doncella del carpintero José. Para formar parte de esta romería, aumentando el nucleo de los expedicionarios que se encaminan á la Ermita de la Bastida, hay que emprender la caminata por el renombrado Puente de San Martín, tomando unos la carretera de Navahermosa que cruza por las Ventas y molinos de la Solanilla, dejando á derecha é izquierda los deliciosos vergeles, posesiones de recreo, que titulan cigarrales, sembrados de multitud de arbolillos cargados de alba-

ricoques; de vides pampanosas manifestando sus frutos y de frondosos olivos tendiendo sus ramas al viento; y otros el escarpado sendero que llaman de los callejones, dándole este propio y adecuado nombre porque las prolongadas tapias de los apiñados cigarrales que á uno y otro lado se encuentran, forman las unas con las otras un estrecho y sombrío callejón que va á desembocar á la cresta de otro cerro que da vista á la Ermita de la romería.

IV

Así como las cumbres ó colinas donde residen los pequeños Santuarios de las romerías antes descritas, se forman de inmensas moles de piedra, de grandes y áridos peñascos sin vegetación alguna, la colina que nos ocupa, donde tiene su asiento la Capilla de la Bastida, lejos de ser un terreno áspero y pedregoso es una extensa pradera alfombrada de bonitas flores, cubiertas de verde follaje, sembrada de diversas plantas olorosas y cuajadas de aromáticos tomillos y perfumados romeros. A pesar de su elevación se extiende y se dilata, rodeando el Santuario, de tal manera que una vez subidos á la cúspide, con facilidad y sin peligro se puede correr y danzar por sus inmediaciones, dando expansión y solaz al espíritu por el ancho campo de la pradera con aquella libertad propia y peculiar de las romerías. Fórmanse tiendas de

campaña; improvísanse fondas y cantinas, y en ellas comidas suculentas que indigestiones causan y bebidas con exceso que producen borracheras.

Eso sí, que se divierten y gozan y se entregan de lleno al regocijo, pero sin olvidarse un momento de su Virgen de la Bastida: sin dejar por eso de tributarla homenajes, como Madre de Dios y Reina de los Angeles, pidiendo en sus sentidas preces por la salud y prosperidad de su Toledo.

V

Como la distancia que existe entre la Ermita y la Ciudad es de dos kilómetros lo menos, según hemos manifestado al comienzo de esta descripción, paseo demasiado largo y penoso para un día caluroso del mes de Mayo, aquellos romeros que poseen buena cabalgadura, dirígense al alto lugar de la romería montados sobre los lomos de sus fogosos corceles. Muchos son los jóvenes devotos que acuden á la fiesta con los pies alzados del áspero y empolvado suelo de la carretera, caballeros en los escuálidos jumentos de sus padres, con gran envidia de la numerosa muchedumbre, que marcha jadeante un pie tras el otro pie, por carecer de rocín. Y sin embargo, la concurrencia es tal, que la elevada pradera de la Bastida, más que lugar de veneración, donde rinden culto á la Madre del Salvador los devo-

tos hijos de Toledo, parece en el día de sus festejos un campo de batalla, en días de reposo, lleno de animación y alegría por los triunfos obtenidos en un sangriento combate.

Por todos los lados de la colina óyense canciones populares acompañadas de flautas y guitarras, y al son de estos armoniosos instrumentos míranse de cuando en cuando jóvenes de ambos sexos que corren y danzan sobre la hierba á la manera de aquellos inocentes pastorcillos y cándidas zagalas que, regocijados en Belén al nacimiento del Mesías, entonaban sus rústicas baladas al compás de sus rabeles y zampoñas.

VI

A la hora de la tarde en que el sol va declinando hacia su ocaso, tienen la sagrada costumbre de sacar procesionalmente á la Virgen, paseándola en andas por un áspero sendero que da vuelta á la colina, desde cuyo elevado pico se divisa la Ciudad, destacándose, entre los bellos y magníficos edificios que encierra, las piramidales cúpulas de los grandiosos y artísticos monumentos que atesora.

Pero hubo un tiempo, que por desgracia pasó, á principios del siglo XVI, en que la devoción y la fe que los toledanos tenían en esta Imagen, llegó á tan alto grado, que puede decirse rayaba en idolatría. Muchos fieles, el día de su festividad y á la hora de la procesión, postrábanse de

hinojos en aquel tiempo al pie del trono de María, llevando ricos presentes, y en ademán suplicante la demandaban salud y prosperidad para sus hijos; salud y robustez en sus ganados; abundancia y bondad en sus cosechas, consuelo á sus aflicciones y dulce paz en su espíritu.

Como en todas las épocas de la vida hay situaciones en el hombre en que los rudos embates de la adversidad le persiguen y le acosan algún tiempo hasta apoderarse de él, de ahí el que el desgraciado que se ve sumergido muchas veces bajo el peso de su desventura, acuda fervoroso en días de prueba y de tormento en demanda del auxilio de la Protectora de los hombres.

VII

Cuando Jehová con sus divinas manos formó á nuestro padre Adán, el primer hombre que apareció en el mundo, sin más que con tomar un pedazo de barro amasado con el agua y la tierra que poco antes creara, le hizo desde luego con la sublime y santa intención de que disfrutara de todos los deleites, goces y placeres de la inocencia que para él y sus descendientes había preparado al terminar la grande obra de la Creación.

Y lo hizo, porque antes de emprender operación tan magna, creyó que la primitiva criatura, la primera obra de arte dada á luz por sus artífices manos, el hombre, había de ser, sino tan po-

deroso y tan sabio como Él, al menos tan virtuoso y tan caritativo como su Creador, y sobre todo humilde y obediente á sus mandatos. Así que, siguiendo los impulsos de su amante corazón, y confiando en que el primer hombre, hechura suya, atendería á la dulce y cariñosa voz de su Señor, le colocó en el lugar más bello y delcitable de cuantos creara: el *Paraíso Terrenal*.

Este amenísimo y pintoresco jardín, embellecido con diversidad de flores, exhalando los más gratos perfumes, y enriquecido con toda especie de plantas de la más exquisita fruta, alfombras de verdura, hermosos laberintos, cantantes ruiseñores, fuentes caprichosas, preciosos peceeillos, arroyos cristalinos, alegres avecillas, árboles fructíferos, manzanas cuyo dulce y agradable sabor habia de convertirse después en la más amarga hiel, fue el sitio más delicioso que de primera intención ocuparon nuestros primeros padres; y el mundo hubiera sido para las generaciones pasadas, presentes y futuras; para sus descendientes todos un verdadero paraíso de ventura, á no ser por la fatal curiosidad de la primitiva hembra que tan cara nos costó su golosina. Y para que sus goces fueran mucho más puros; para que sus satisfacciones fueran el complemento de su dicha, le facilitó una hermosa mujer —*tan hermosa como toda obra de Dios*— hueso de su hueso, carne de su carne, sangre de su sangre, que le sirviera de compañía, pues Jehová comprendió que el hombre únicamente puede vivir y gozar en la tierra, hasta hacer de ella un segundo paraíso, al lado de una compañera, al lado de una mujer.

Mas como en el lugar, en el bellísimo y dilatado jardín en que Dios colocara á este primitivo y novel matrimonio, todo convidaba á saborear los más inefables deleites y placeres, como el rayo de esplendorosa luz que el Sol derramaba sobre ellos; el aura y la brisa que se confundían como dos hermanas jemelas; la fragancia que ascendía de las flores y el rocío que bajaba de la atmósfera; el concierto de los ruiseñores y la armonía de los jilgueros; el susurro del arroyo y el bonito juego de las fuentes; la dulce y sazonada fruta y el mullido lecho de musgo, de ahí el que Eva, incitada por la tentadora serpiente que poco á poco se fue enroscando en torno de su cuello, sucumbiera ante la irresistible atracción del deseo y probase de la manzana que Jehová la reservaba para su felicidad, invitando al propio tiempo la hermosa matrona á su compañero á que clavase el diente en la parte más sonrosada de la célebre é histórica manzana. ¡Oh!... ¡Curiosidad funesta y cuán caro nos costó sondar los profundos y misteriosos secretos del deseo!... La pareja angelical; el matrimonio inocente á quien Dios rodeó de comodidades sin fin en el florido vergel de la gloria (el Paraíso), fueron hombre y mujer, pero hombre y mujer pecadores. Tropezaron y cayeron desplomados para siempre en el precipicio obscuro de su falta. Tropezaron ciegos y cayeron derrumbados en el negro y profundo abismo de la culpa; en la terrible é insondable sima del pecado. Sucumbieron ante el poderoso influjo del venenoso reptil. Sucumbieron vencidos ante la magnética atracción del adormecedor aliento de la simbólica ser-

piente que les hizo perder la razón y la conciencia... pero en cuanto el letargo pasó, desde el momento en que, consumada la falta, se despertó la conciencia, y con la conciencia el remordimiento, el hombre y la mujer, Adán y Eva, tuvieron horror de sí mismos.

La pérdida de su virtud, el recuerdo de los beneficios recibidos de su Creador, el dulce y querido nombre de su pintoresco jardín, de sus flores, de sus aves, de sus peces, de sus fuentes y arroyuelos, la estimación de sí mismos, la terrible voz de la conciencia, los instintos y el conocimiento de todo su ser se arremolinaron en derredor de sus almas y las ciñeron una pesada diadema de punzantes abrojos que llevaron clavada por toda una eternidad: corona de espinas que todos llevamos y se trasmite de generación en generación.

Pues bien; desde aquella desgraciada golosina que nuestro padre Adán compartió con nuestra madre Eva; después de este quebrantamiento del precepto divino en que se dejó ver en toda su desnudez la desobediencia y curiosidad de la mujer por probar de la fruta del árbol que Dios la prohibiera, irritado Jehová les arrojó bruscamente de aquel lugar de delicias, donde se hallaban rodeados de goces sin cuento, para después expiar aquel momento de deleite que les proporcionara la colorada manzana; los expulsó de allí con la maldición en la frente y con la triste condición de sufrir y padecer en el espinoso desierto de este mundo, quedando desde entonces el hombre sujeto á las miserias, penalidades y vicisitudes de la vida.

VIII

He aquí cómo describe la escena del Paraiso entre Adán y su compañera Eva el célebre escritor inglés J. Milton en su inmortal poema *El Paraiso Perdido.*

Eva se encuentra reposando en su mullido lecho de flores y Adán la contempla extasiado de placer, y tomándola con cariño una de sus alabastrinas manos la despierta diciéndola: "¡Oh querida esposa mía! ¡Hechizo lisonjero de mi alma! ¡Mitad cara de mi vida! ¡Eva! ¡Tú, de quien sola una mirada demuestra la existencia de un Dios creador, y su bondad divina! ¡Tú, su más bello don, su obra postrera! La frescura, del alba derramada ya la luz, nos convida placentera á despedir el satisfecho sueño, y acudir del cultivo á la delicia; y la naturaleza en este instante renaciendo más bella, y más hermosa, este grato convite, por boca de las aves nos renueva. No malogremos, pues, estas preciosas horas, de ir á admirar las tiernas flores, que adelantadas se abren, los rosados matices de la aurora, y las hermosas variadas figuras, con que los vapores, de púrpura teñidos, en nublados se elevan hacia el cielo, condensados. El azahar nos prodiga sus olores, la mirra sus aromas, y el lloroso bálsamo su delicioso perfume. ¿Oyes cantar las aves, las abejas obsequiar, susurrando, las bermejas flores, y sacar de ellas su sabroso tesoro? Todo el orbe

ha revivido ¿y el hombre está dormido todavía? "A estas palabras, del penoso sueño despierta Eva, encendida, asustada, así responde: tiernamente abrazada á su querido dueño: "¡Oh tú, en quien solo encuentra mi corazón reposo! ¡La gloria, el ornamento, como el consuelo de la vida mía! ¡Cuánto no es mi contento, de volver á mirar ese amoroso rostro, y á un tiempo el resplandor del alba! ¡Bien le necesitaba! ¡Qué insufrible noche he pasado! ¡El cielo no consienta que otra vez igual noche se repita! ¡Un sueño, una ilusión la más horrible, me ha agitado! En lugar de presentarme, cual siempre me sucede, tu adorada Imagen, ó paseando, contigo en la llanura matizada de flores, y rodeada de agradables frutales, sólo ideas espantosas de turbación, de ofensas y de penas, de mi ánimo hasta entonces bien distante, á mis tímidos ojos presentaba, cuando una voz, que tuya parecía, tal era de su tono la dulzura: "¡Despierta Eva!.. me dijo: la belleza de la noche más hermosa, el apacible silencio, de las ondas la frescura, el ruiseñor, que el corazón sensible al amor, desahoga enternecido con su variado músico lamento, y la luna en su tróno ya sentada, que reviste de plata la extendida llanura, entre los bosques penetrando, y el terreno disputando á las sombras, todo á una grata admiración convida: ¿Más, de qué sirve toda esta belleza sin testigos? ¡Ven, pues, Eva dichosa, con tu bella presencia á darla nuevo encanto! Esas distantes estrellas, que á pesar de su grandeza parecen chispas, ojos son brillantes, con los que el cielo tu hermosura contempla, y su obra misma embelesado admira.

Me levanto, creyendo que era su voz; pero te busco en vano: extraviada me veo, recorriendo un árido desierto, y frente á frente poco después del árbol de la ciencia. Jamás lo había visto tan lozano y bello; mientras tanto que curiosa considerando estoy su hermosa fruta, al pie del tronco un ser desconocido veo, que nada de mortal su aspecto ofrece, en sus alas y figura á un celestial espíritu parecido, de aquellos, que otras veces han bajado del cielo á visitarnos: la dulzura en sus ojos brillaba: su dorado cabello espeso, con primor rizado, sobre la espalda jugueteando ondea, y la ambrosía en perlas derramando: ansioso mira á aquel árbol vedado, y en vivo tono exclama: ¡arbol precioso! ¿No hay en este jardín algún viviente, hombre, ó Deidad, que de tu delicioso peso te alivie, y pruebe tu excelente celestial fruta? ¿Con qué, sin aprecio, de ti pendiente, la divina ciencia, por un capricho de la necia envidia, no será más que inútil aparato? ¿Y qué amo tan injusto y tan avaro, es el que guarda ese tesoro rico, que con tanto primor ha producido, para sí solo? Cumpla su temible mandamiento quien quiera: yo pretendo, que la útil fruta que me está brindando no me la ofrezca en vano. Al decir ésto, audaz echa la mano á la fruta, la admira, se goza con su aroma, la come y saborea. Sus blasfemias, su arrojo y osadía me llenaron de horror; él al contrario, gritaba enajenado de alegría. ¡Oh, fruta celestial y deliciosa! Hasta ahora tu valor no conocía: Vedada por la envidia caprichosa, la prohibición misma me ha tentado, y me hace hallar en ti mayor dulzura. Tu sabor corresponde á tu belleza; no hay

que dudar: si el ser te ha dado el cielo, solo para los Dioses te ha criado. Más el hombre, tal vez llegar podría á ser también un Dios, si te comiera: ¿y por qué no tendría esta esperanza? El bien, á proporción que crece, aumenta, y Dios, cuanto más da, más se enriquece. De su bondad divina desconfía el que no goza de lo que ha formado. ¡Tú, pues, objeto del amor divino adorado en la tierra! Eva, desde hoy eleva más el vuelo; una suerte te espera más gloriosa: come conmigo de esta admirable fruta, y pueda algún día tu grandeza igualar á tu gracia y tu hermosura. ¿Esa prisión estrecha, es acaso digna de criatura tan perfecta? Da un más vasto horizonte al pensamiento; llévalo más allá de los espacios, al Empíreo mismo. Allí gloriosa serás, colocada entre los Dioses; y de eternas delicias embriagada, también cual lo son ellos, serás Diosa. Dice así: á la boca me aproxima la fruta, y casi en ella la introduce: su perfume, su vivo color de oro me hechizan; su belleza me atrae; él insiste y me anima. Vencida, en fin, la tomo, y la devoro. Al instante, en mí misma experimento mil nuevas sensaciones deliciosas, y por los aires rápida me siento elevar. Este mundo á mis pies veo, montes, ríos, llanuras espaciosas, todo lo advierto, me recreo en todo, pero el prodigio, de que más me admiro, soy yo misma, que atónita me veo, sin poder comprender de qué manera feliz, me hallo en aquella nueva esfera. Desaparece en esto de repente mi guía y de nuevo á mi anterior reposo vuelvo. Al fin, he sacudido con el día la espantosa ilusión que ha producido la noche, y con tu vista, del temor y pena que he

sentido, me consuelo. Acaba así la relación nefanda, y Adán más triste que Eva, le contesta:

IX

"¡Oh, imagen, oh! ¡Mitad del alma mía! ¡Cuánto no compadezco tus dolores de esta cruel noche! En todo ese conjunto de ideas y de especies, tan variado, quizá el Angel del mal, que en nuestro daño vela (no hay que dudarlo) tiene parte: lo temo: más con todo, en este punto ¿por qué debo asustarme? ¿ni asustarte? Eva, tu corazón celeste y puro, de los choques del mal está guardado. Morar en tí no puede, pues depende de ti, el que se introduzca. Pero aprende, para tranquilizarte, de qué modo, el Dios que nos dió el ser, nos ha formado. Por los sentidos solos entra todo á nuestras almas: así á la más perfecta criatura el mal puede acercarse, por su solo influjo. ¡Eva querida! pero poco en nosotros subsiste su impostura: despierta la razón y la deshace, antes que llegue su fatal aliento á empañar la pureza de nuestros corazones, ó que abrace error alguno nuestro entendimiento. Así aunque en sueños ceda tu flaqueza, despierta tienes toda la entereza de la virtud: Desechos los vapores de la ilusión, desprecia sus horrores soñados, ¡Eva querida! y nuevamente vuelva á tus ojos su resplandeciente brillo celestial, en que mi dicha vive, y que excede á los rayos de la aurora. Ven á nuestro vergel, á las orillas de nuestras cristali-

nas fuentes bellas, á recobrar tu dulce paz turbada, con el placer de la labor del dia. La noche sus delicias, suspendiendo las acrecienta. Ve esas tiernas flores, que para ti sus cálices abriendo, ostentan los colores, la frescura, que las prestan los besos de la aurora; ven, pues, Eva, á gozar de su belleza.„—Así á la esposa trémula consuela con tierna voz Adán, y la asegura. Ella se le sonrie; pero vierte tal cual lágrima aún, que se desvela en ocultar á Adán. Este lo advierte y las enjuga él mismo con cariño, no obstante, que ella del cabello hermoso pañuelo para el mismo fin hacia: lágrimas dulces de arrepentimiento, propias de un alma cándida y sublime, que aunque ningún delito la extravía, siente las puntas del remordimiento, y aun de una culpa imaginaria gime! Ambos del cenador salen gozosos: admiran al nacer el claro día; y los dos á un mismo tiempo arrodillados, como acostumbran, á su Dios adoran, y su benigna protección suplican; justo tributo que diariamente le pagan, concluyendo con un tierno himno que llega hasta su eternal trono: canto que une á lo sublime lo dulce, que sin orden, sin arte, de su ardiente y puro amor los ímpetus exprime, que á manera de fuego en los estrechos límites, no cabiendo de sus pechos, al Cielo se remonta en llama ardiente. Para que éste gustoso lo reciba, no ha menester del acompañamiento del arpa ó de la lira melodiosa, y así comienza su amoroso acento:

"Toda esta obra, tan bella y majestuosa, tú la hiciste, ¡oh, Dios Omnipotente, de todo bien perenne fuente augusta! ¡En ella está tu Imagen

delineada, á más de ser por sí tan prodigiosa! ¿Más que es en tu presencia sino nada? Nunca te admiro, ¡oh, Ser eterno y santo! sin que me oprima un temor religioso. ¿Y á quién será posible formar de ti la más confusa idea? ¡Tú, que sólo á ti mismo te comprendes, remoto de nosotros, en la altura del Cielo de los Cielos elevado, resides solo! En vano centellea en la vasta extensión de lo visible, de cuando en cuando, por la sombra obscura de nuestra limitada inteligencia, algún débil fulgor, proporcionando á sus alcances, de tu esencia sacra, que al mismo tiempo tu bondad divina demuestra y á adorarla nos obliga: ¡siempre acerca de tí nuestro concepto es imperfecto como nosotros mismos! Vosotros, sí, podéis, ¡Angeles santos! algún bosquejo hacer más parecido. ¡Vosotros, que asistís á su brillante trono, durante un día interminable, sin noche; ensalzada, pues, con dulces cantos, su bondad, su grandeza imponderable! ¡Cielos, tierra, alabad al venturoso dueño; principio y fin de cuanto existe! ¡Y tú, claro lucero matutino, que el último en salir, y el más hermoso, cierras la marcha silenciosa y triste del nocturno escuadrón de las estrellas, procediendo á la aurora en su carrera, celebra del Creador el amoroso esmero que te dió tan bellas luces!„

"Tú también alma á un tiempo y refulgente farol del mundo, sea que tu ardiente carro asome del fondo de los mares, sea que el alto Cielo ya subido, con tus fulgores hayas apagado el brillo de los otros luminares, ó que ya desmayando sus fogosas ruedas de nuevo entre las procelosas ondas bañes. ¡Oh, Sol, que en tu belleza y

y de tu resplandor en la luz viva eres su imagen, sigue presuroso, sin parar, de la aurora al Occidente, de este hasta la aurora, tu carrera veloz y eterna, á voces ensalzando su nombre, y publicando sus grandezas! ¡Y tú, de aquel luciente astro del dia, blanca y modesta hermana, que su esfera teniendo en tu breve orbita por guía, parece que deseas acercarte á él, y por turno á veces separarte, como vosotros, orbes encendidos, que sobre vuestros ejes sustentados, siempre en un mismo puesto estáis rodando, y vosotros errantes mundos, por el espacio repartidos, que os movéis á compás, y las brillantes órbitas, unas á otras enlazando mil prodigiosas y arregladas danzas formáis; á la suprema sabiduría á que debéis el orden y la existencia, entonad incesantes alabanzas! "¡Vosotros, hermanados elementos de la Naturaleza, producciones primitivas que divagando libres, con varios combinados movimientos sin cesar, vuestros átomos mezclando, sus vastas obras entretenéis vivas; á su inmutable ser adoraciones nuevas rendid con vuestras variaciones!... „ ¡Aquilones helados, huracanes furiosos, y vosotros, céfiros blandos á quienes confía de la extensión del aire el vasto reino, id, llenad de su nombre el hemisferio! ¡Selvas incultas, bosques, á porfía doblad delante de él vuestras frondosas copas! ¡Cedros inmensos, adoradle! ¡Torrentes, vuestras hondas corredoras detened á su nombre, y tributadle humilde vasallaje! ¡Claras fuentes, cristalinos arroyos, que corriendo, vuestras hondas le vayan ensalzando con sus gratos murmullos! ¡Entonadle vosotras! ¡oh, vivientes liras, pintadas, tier-

nas avecillas, al despertaros, cuando á la ventana del Oriente asoma la mañana, alegres, vuestras dulces cantinelas! "¡Salve, pues, Ser divino, Soberano del universo! ¡Sé nuestro benéfico protector! ¡Haz que el hombre sea digno de haber sido formado por tu mano! Ella nos hizo, ¡guárdanos piadoso, y si tal vez el Angel inhumano del mal, en las tinieblas guarecido de la noche, algún lazo ha prevenido, destrúyelo! Disipa poderoso las vanas nieblas, que en la fantasía nuestra esparcidas hubiere, cual disipa las sombras ahora el día!„—Los dos esposos juntos así oraron, y su calma ordinaria reconsiguieron. La mañana los llama á sus faenas; al través de una multitud de flores que ha abierto de la aurora la frescura, de rocío los blancos pies bañando, cada uno alegre por llegar se afana al punto en que su mano está esperando ya la madura fruta, ya la flor hermosa. Todo el jardín recorren y á cultivar su tierra se consagran. Cuando más engolfada se encontraba Eva en el cultivo de sus flores, se le aparece Satanás bajo el aspecto de mujer, sin otra diferencia que el dulce fuego que sus ojos lanzan; su aire noble, su gracia, la pureza de sus colores, á los que no alcanzan la rosa ni el jazmín, la ligereza del majestuoso tallo y su hechicero pudor desarman por el pronto, al fiero monstruo; más presto convertido en Serpiente de hito en hito á Eva contempla, y en actitud rendida y bondadosa á su modo la aparenta el respeto más profundo, y parece que la admira; Eva un instante sus raros gestos mira, con sorpresa y complacencia, Satanás contento del primer paso, llega más osado, y familiar; y

sea que el usado órgano de la sierpe habilitara ó que el aire por sí solo vibrara, el traidor á la infelice víctima estas palabras reverente dice: "¡Oh! tú á quien Dios por su mano ha coronado como reina de este distrito, no te admires si hechizado me ves de tu belleza! ¿Por ventura una deidad cual tú, que por lo hermoso pasma al Cielo, ha de hallar de qué admirarse? no extrañes, te suplico, ni te ofenda el ver que una rendida criatura cual yo, á tus pies deseosa de postrarse, á pesar del respeto que la infunde tu presencia real, pretenda desahogar su admiración y amor, y á esta secreta soledad ose penetrar indiscreta ¡oh! milagroso ser, con que confundo Dios todas las ideas de grandeza que alcanza nuestro ingenio, tu hermosura de su excelsa belleza es el espejo! Por contemplarla y adorarte dejo todos los demás animales, á mí, aunque yo lo diga, inferiores, la sociedad yo solo y mi deseo hallo más justo cuanto más te miro! Todo debe vivir para ensalzarte y ser todo sensible á tus amores. ¡Pero qué triste imperio se te ha dado! Para tal reina necesarios eran otros vasallos que supieran admirar su mérito y servirla, como el grado suyo lo exige, y no esos animales tan insensibles como irracionales, guiados todos por el ciego instinto. El hombre solo de animado celeste fuego es capaz de hacer el justo aprecio del prodigio más augusto que ha formado la mano omnipotente. ¿Más acaso aún el hombre es bastante? A tus virtudes sería necesaria otra más vasta y más brillante esfera. Si el Empíreo sólo merecía ser tu palacio: de astros tu corona y de Angeles tu corte ser debiera.„ El tentador así con cari-

fiosas tímidas expresiones, animadas por las lisonjas más artificiosas, preparaba camino á sus malvadas ideas, su veneno introduciendo gradualmente de Eva en el corazón. Absorta á un animal oyendo hablar se fija y así exclama de repente: ¡Qué es esto! ¡Un bruto articular sonidos, hablar, usar las mismas frases que nosotros, mostrar nuestras pasiones! ¿Es un sueño, ó me engañan mis sentidos? Este don era reservado al hombre, y hasta ahora nunca habían disfrutado nuestros vasallos de él. Sólo un confuso imperfecto murmullo concedía el cielo á su bajeza hasta este punto. ¿De cuándo acá se habrá franqueado el uso de la lengua á esa muda muchedumbre, y de nuestra razón la lumbre viva, para poder hablar con tal cordura? Con todo, éste, en su gesto, en su semblante, un no se qué de grande y noble muestra, que celeste en sus ojos resplandece.„ Queda un rato suspensa y luego continúa así: "Pero dime tú ¡oh serpiente! Bien me consta que el Cielo te ha dotado de un instinto más vivo que á los otros brutos; pero en verdad nunca he sabido que el uso de la voz, como á nosotros hombres, te hubiese dado. Dime, pues; ¿cómo ha sido, y por qué á tus iguales nunca he oído ese lenguaje dulce y lisonjero?„ A esto responde el embustero pérfido: "¡Oh! hechizo de belleza sin segundo, admiración, amor, reina del orbe! A tí mandar te toca, obedecerte á mí: has de saber, pues, que yo de suerte he mudado totalmente: al pronto tuve, tú pudiste observarlo, la rudeza anexa á la naturaleza animal, un vil y ciego instinto me guiaba, mientras en aquel torpe estado estuve, en lugar de razón: me nu-

tria, cual las demás culebras, de groseros pastos: tal fue en mis primeros tiempos mi vida, hasta que casualmente por este jardín bello andando errante un día... ¡feliz día! ¡el más hermoso de mi existencia! repentinamente vi delante de mí un frondoso árbol, cuyas fecundas ramas sostenían sus frutas, que á manera de lucientes globos de oro, y de púrpura teñidos, en todo aquel contorno deleitoso esparcían vapores celestiales.„ Ni la encendida rosa, la olorosa violeta, ó el romero balsámico, el olfato recrean como el fruto milagroso. El olor de la leche cuando viene desde el prado abundoso tu lozano rebaño, no es tan grato como el que aquella fruta exhala, por más que las ovejas cariñosa ordeñes por tu propia y linda mano. No puedo contenerme: corro, vuelo á donde mi apetito y sed ardiente por la fruta excelente y olorosa irritados me impelen: desde el suelo me enlazo con presteza á aquel robusto árbol, y trepo por el tronco arriba. A proporción que subo más á gusto admiro de la fruta la belleza, y mi ansia de comerla más se acrece, junto á aquel árbol, sobre todo, viendo mil animales que á su vista jadeante de sed inextinguible con viveza lo cercan afanosos, procurando alcanzarla, los cuerpos empinando; pero en vano se esfuerzan; no pudiendo cogerla la devoran con la vista. Tanto del suelo dista que tú, y tu esposo mismo, difícilmente á ella llegar podríais desde abajo. "Heme, pues, ya en la altura, circundado de tesoros, que exceden mi codicia, coger, comer las frutas afanado. ¡Más qué sabor, ¡oh! Dioses!..... ¡Qué delicia! La verde y fresca grama, el abundoso prado florido, al despertar la aurora,

que alegre baña una murmurante fuente, no exhalan tan maravilloso aroma, y no producen la agradable sensación que aquel fruto inapreciable. Lleno en fin de su jugo delicioso, un vigor celestial interiormente siento que toda mi existencia anima; y aunque aquel rico fruto la figura me dejó, en que me ves, que antes tenía, disipó totalmente aquella obscura noche, que envolvía mis sentidos.

"Hablé como vosotros: desde luego percibí, lleno de un celestial fuego, que lo animal en mi se convertía en un sutil divino espíritu: de par en par sus puertas la ignorancia abrió á mi vista, y á una distancia inmensa libre prolongó ansiosa su camino mi fantasía: pude ver sin velo la tierra toda: distinguir los Cielos y sentir lo que es bueno y lo que es bello.„ "¡Oh, Serpiente! replica Eva aún dudosa; cuanto tu aplaudes más esa preciada fruta, nueva para mi, de cuyo raro efecto no hay más prueba que tu aseveración, más sospechosa me debe parecer: mas dime; ¿el puesto en que ese árbol hallaste, está distante de aquí (1)? ¿Lo encontrarás yendo delante en la espesa arboleda que aquí abunda? A cada paso veo tal repuesto de frutas, que la pródiga y fecunda naturaleza vierte á manos llenas y con tan grande variedad, que apenas á una pequeña parte con trabajo podemos atender; mas vendrá día en que disfrutarán de esos preciosos bienes mis numerosos descendientes.„ Del seductor el ánimo levanta preludio tan feliz, y así responde: "¡Oh! ¡Señora! ¡oh! ¡beldad que en-

(1) ¿No lo sabía Eva?—*Hernández.*

canta al Cielo! no está lejos el árbol: tras de aquellos mirtos y rosales bellos á nuestra vista desde aquí se oculta, y en el llano, al bajar de la colina, á orillas de una fuente clara y pura se alza frondoso: yo yendo delante para él de guía te serviré, si honrarme quieres con tu compañía.„ ¡Vamos: dice Eva, y la maligna fiera, que ya se considera vencedora, hacia el árbol fatal conduce á Eva. Aquel árbol, origen de los males que los hombres sufrimos, Eva lo ve, se para, y admirada, ¡Serpiente! dice: guarda para tu uso esa fruta tan bella y ponderada, que sublimó tu ser. Para mi fuera un delito tocarla, pues que impuso Dios al hombre por ley, la más severa, que de ella se abstuviese. Como á él establecerla á nosotros obedecer nos nota. "¡Cómo! replica la astuta Serpiente; ¿hay en ese jardín alguna fruta que á los dueños del mundo haya prohibido el mismo que para ellos la ha criado?„ "Y bien Eva, replica, ¿qué extrañeza hay en ese precepto ó qué dureza? Dios nos dió el libre goce de este hermoso jardín y de sus frutos deliciosos; pero el de ese árbol tan solo, cual dañoso á nuestra salud misma, ha prohibido, diciéndonos: tened bien entendido que si alguno de entrambos se atreviere á tocar esa fruta, muere al punto.„ Satanás, al escuchar á Eva, finge la noble indignación que un justo irritado sintiera al ver un hecho irregular é impropio. Sirviéndole de silla su tortuoso cuerpo, se sienta, y la soberbia frente llena de majestad alza sublime: su aire noble, su gesto, el generoso y vivo fuego que su vista derrama, á su falaz discurso sirve de sublime preludio y dice:

X

"¡Oh, árbol sagrado! ¡Tú rasgaste el velo que á mis ojos ocultaba los misterios del mundo, y disipaste la lobreguez profunda, que mis sentidos embargaba! ¡Por ti, de la belleza he conocido el precio inestimable, y en la naturaleza exacto el bien y el mal he distinguido. Mas tú ¡oh! reina del mundo! ¿De la tímida muerte te recelas? ¿De qué manera herirte puede? ¿Acaso este alimento celestial, esta fruta deleitable te la podrá causar? Está segura de que es cual saludable milagrosa, llena de luces el entendimiento, pule el ingenio y la razón madura. ¿Temes tú que te devore la cólera del cielo? Vuelve hacia mí los ojos: yo la he comido sin ningún recelo, y no solo mi ser no se disuelve, sino que su vital jugo me ha dado vida más noble, inmortalizándome. ¡Cómo! ¿El pródigo Dios su mano cierra solo para vosotros? ¿Es probable que lo que ha concedido á un miserable bruto, niegue á los reyes de la tierra? ¿Acaso en su bondad caber podría, castigar cual delito, la ligera infracción de un precepto tan odioso? ¿Y por qué te parece que se opone á que comáis la milagrosa fruta? ¿Por qué á inspiraros tira esos terrores, sino para estar cierto que se expone á que libre de la ignorancia y del error, si la coméis, su vergonzosa tiranía, transformados en deidades, teneros ya no pueda esclavizados? Y esta transformación es indudable si coméis esa

inestimable fruta: pues si ha divinizado una serpiente, ¿cuánto efecto no hará en vuestra elevada naturaleza? Subid, pues, de vasallos á ser reyes, y de hombres á ser Dioses. Y en efecto, ¿en qué os excede si con la preciosa fruta vuestro ser llega á la perfección? Libres, independientes de sus leyes, poderosos como él, y sublimados á una vida celeste y venturosa, embriagados de néctar y ambrosía por siglos eternales ¿qué os falta para serle iguales en todo? ¿Y quién sino su influjo es el que ha dado la virtud á ese fruto delicioso, para que infunda la sabiduría, y á aquel que lo ha probado divinice? Dios teme que sepamos: más, si es cierto que es Todopoderoso, si es nuestro Rey, ¿de qué temer podría? ¿Si provendrá de envidia? ¿Y, no es posible que un Dios la tenga? ¿Qué necesitamos más que ésto, para estar bien persuadidos, de que esa fruta tan apetitosa, ese encanto del alma y los sentidos, ese tesoro vital, de una ciencia divina y escondida, fuente de nuestra dicha en esta esfera y prenda de otra eterna y futura, en la mansión del cielo deleitable? Extiende, pues, la mano y serás Diosa.„ Dijo, y de sus palabras el veneno, en el corazón de Eva introducido, la trastornó. La vista fija ansiosa en aquel fruto de atractivos lleno, que por sí suficiente hubiera sido para tentar á la misma sabiduría en persona. Su vista ya vencida no podía de la fruta apartarse, y el olfato no era posible que se resistiera al balsámico y grato olor que en los contornos esparcía. Un vivo ardor devoraba su pecho; y como alto ya el sol, mediaba el día, el apetito más lo acrecentaba, dando nuevo atractivo al excelente sustento que á su

alcance está pendiente: apenas puede contener la mano; la belleza, el color, la hora la incitan; más con todo, el decreto supremo de Dios aún la contiene; mil contrarias ideas, mil diversas resoluciones un combate interior excitan en ella, en el cual aún dudosa titubea; y mientras recreándose silenciosa, la virtud de la fruta recordando, más en la tentación se va envolviendo. Al fin exclama: "¡Oh, soberano fruto, hasta ahora prohibido para el hombre, ó por mejor decir desconocido! Tu divino manjar ha hecho de un bruto un racional que cual nosotros tiene el don de la palabra, y que ahora acaba de ensayarlo, haciendo tu justo elogio, ¿mas qué mucho, si el Dios que lo ha criado, sin duda á sus virtudes aludiendo, por su boca lo ha ensalzado al vedarlo, diciendo; que por él se aprendería del bien y el mal á hacer la diferencia? ¿Y ese árbol se pretende que sería fatal para nosotros? El prohibirlo por razón semejante es dar mayor realce á su excelencia. ¿Quién puede hallar el bien si está ignorante de lo que es, ó no sabe distinguirlo del mal? ¿Y sin el bien, quién es dichoso ni sabio? Se nos ha dicho que á la rebeldía seguiría una muerte infalible, mas si es así, ¿qué es de esta ponderada libertad que ha sido dada á los hombres por Dios? ¡Y cuánto más valdría que prenda tan funesta no nos diera! Por otra parte, esta feliz Serpiente, que antes sin voz ni juicio, torpemente arrastraba ha comido esta fruta divina, y no solamente no se ha muerto si no que en ser sublime transformada siente, piensa, discurre, raciocina, y está asegurada aún de mayor dicha. Bien extraño es por cierto que Dios al

hombre solo haya prescrito que se prive de un bien que se concede á una culebra. ¿En él será un delito lo que una bestia libremente puede? Si comemos de esa fruta él será el autor del crimen; nosotros no seremos más que cómplices suyos: ¿más qué digo? ¡Un crimen! ¿Por ventura cabe el crimen en quien como nosotros aún no sabe lo que es el bien y el mal, lo que es castigo ó premio, y casi no tiene noticia de Dios, de su justicia, ni de la muerte con que nos espanta? ¡Tú eres de todo mal, árbol divino, el remedio! ¡Tú, oh peregrino fruto, cuyo perfume celestial encanta mis sentidos, que no menos sabroso has de halagar el ansioso paladar, tú esparcirás en mi alma la luz pura de la ciencia, elevándola á la altura del cielo? Fuera dudas: valerosa usemos tan benéfico alimento.„ Dice, y en el instante ¡oh lamentable ceguedad! á la fruta la culpable é intrépida mano alarga, y con presteza la coge y la devora.

XI

Apenas tal exceso ha cometido, cuando el mundo, estremecido, tiembla de horror. Contenta la Serpiente con su triunfo fatal, huye á ocultarse en algún tenebroso escondrijo. Eva, entretanto, lejos de ocuparse en otra cosa, admira con ardiente ambición su funesta conquista y mira aquel espantoso día como el de la más grata y alegre fiesta.

Nunca había probado en tantas frutas como poblaban el espacioso jardín otra que tuviera un gusto tan suave y delicado. Sea que con su néctar produjera un verdadero encanto en sus sentidos, ó que su ardor de poseer la ciencia y los sublimes bienes anunciados, su alma de tal modo embriagara, que acrecentara su natural gusto. En fin, de su apetito, la violencia la hizo comer la fruta, hasta saciarse, y en su interior, su jugo circulando, emponzoñando las fuentes de la vida, lo desordenó todo. Llena, pues, de esperanza y de alegría: "¡Arbol celeste, exclama: demasiado desconocido hasta ahora! ¡Tu sagrado fruto no lo crió Dios inútilmente! ¡Con todo, abandonada tu riqueza, ha estado pendiente de las ramas largo tiempo y desechada cual si un veneno fuese; mas te juro que de aquí adelante, cuidadosa de tu preciosa carga, todos los días correré á aliviarte hasta el momento en que tu jugo, puro, divino, eleve mi naturaleza de una Deidad celeste á las alturas! ¡Oh, experiencia benéfica y útil! ¡Salve! ¡A tí lo debo todo: tú la ciencia me has dado: has desterrado mi ignorancia!... Mas á la vuelta, ¿qué dirá mi esposo? ¿Le he de dar parte de este feliz suceso? ¿dividiendo con él mi nueva suerte inmortal, ó bien hacer la prueba de disfrutar yo sola del precioso don sin decirle nada? ¡Más qué digo! ¡Adónde mi soberbia me extravía? ¿Yo desobedecerte? ¡esposo amado, mi único protector, mi tierno amigo! ¿Por ventura olvidarme yo podría, infiel, faltando á mis obligaciones del respeto que te he jurado amante? ¿Y si Eva ser pudiese tan culpable, no debía temer, que la espantosa ira de

Dios, de vida la privara y otra nueva Eva para Adán criase? ¡Oh dolor! Este solo pensamiento, de que otra esposa pueda consolarte, ¡oh caro Adán! el más atroz martirio es para tu Eva. Todo para mí lo eres. Sin tu amorosa compañía no puedo ser dichosa. En nada hallo placer sino gozas tú conmigo de lo que gozo, y un mal no fuera el mismo mal, partiéndolo contigo; mi dicha, de la tuya dependiente, desaparece estando lejos de ti.„ Dicho esto, enajenada de ternura ante el árbol funesto arrodillada, mirando aquella fruta encantadora, á la Deidad da gracias, fuente eterna, que oculta dentro de ella, se imagina ser la que causa su virtud santísima. Marcha después adónde Adán la espera. Este, con impaciencia cariñosa que volviese aguardaba, y divertido se ocupaba en tanto, para adornar la bella cabellera de su adorada esposa, en tejer de mil flores enlazadas una guirnalda con que á su llegada tierno su frente coronar quería. ¡Con qué placeres cuenta su impaciente cariño, y que aún serán más lisonjeros por el retardo! Mas con todo, siente no se qué especie de extraño terror, que cual siniestro precursor del daño, á pesar suyo le hace hacer agüeros funestos. Así, pues, de su tardanza inquieto, no pudiendo contenerse á encontrarla se avanza, aquel camino rápido siguiendo del bosquecillo, en que por la mañana su corazón, de vista la ha perdido. Eva, después de haber puesto la mano en el árbol fatal, á su encuentro iba entonces ufana, y olvidados los instrumentos de labor comunes, en lugar de ellos ¡oh dolor! se espanta su esposo al ver que trae un ramo verde y de él pendiente las man-

zanas de oro, cuyo perfume ya su olfato encanta. Apresurada Eva á su vista con alegría sonriente pide del retardo perdón, y luego superando en el encanto de su voz á la fuente que murmura entre las guijas, dice: „¡Adán amado! ya mi pena á tu vista se despide: muy grande con efecto la he tenido, pensando en lo que sufrirías que no volvía viendo. ¡Y á mí, cuán largo no me ha parecido el tiempo de tu ausencia! En adelante no hemos de separarnos un momento. Mas, te diré qué azar, ó qué portento, porque lo es en verdad, ha sido causa que tanto en dar la vuelta haya tardado. Sabe que ese árbol, que con expreso mandamiento que toquemos se nos ha vedado, como funesto al mundo, no lo ha sido, ni lo es, antes su saludable fruta, en virtud como en gusto incomparable, nuestras almas benéfica mejora y al Cielo las eleva y encamina. Este descubrimiento se debe á la Serpiente: sea error ó atrevimiento, á pesar de la muerte que imponía el Cielo al que á comerla se atreviera, sin temor la comió, y no solamente no ha muerto sino que al punto transformada de torpe bruto que era en un ser racional, y enriquecida de una dicha inmortal, piensa, imagina, y cual nosotros habla y reflexiona. De su experiencia la verdad constante no me ha dejado sombra de temores: he comido la fruta y el consuelo tengo de que un efecto parecido ha hecho en mí: desde aquel feliz punto, totalmente mudada, lo veo todo más claro: es más valiente mi razón: más hermosa y dilatada la esfera que distingo: más ardiente mi amor, y más sublime mi esperanza: libre mi ingenio, intrépido penetra en la inmor-

talidad; más todo esto, ¿de qué me serviría si con mi esposo no lo dividiera? Si de esta dicha no gozases ¡oh caro Adán! sería para mí un tormento. Lo que amas amo: siento lo que sientes: dejara de existir si me faltases: aun los bienes que me ha proporcionado la fruta para ti los he querido. Toma, pues, de mi mano este dulcísimo manjar, y comn yo, sé venturoso: que una misma fortuna, cual nos une el amor, nos una siempre. Ea, pues, sin pararte en frívolos temores; mi dicha con la tuya acrecienta y asegura.„ Así risueña que es feliz exprime; y en su blanca frente de la vergüenza pinta los colores. ¡Y qué efecto en Adán no hace el funesto discurso! Cual si un rayo de súbito descargara sobre él atónito, abismado, una estatua aparece: intenta en vano recoger el resto de su vigor al golpe aniquilado: se erizan sus cabellos, se estremece su cuerpo todo: helada la sangre se detiene, y de su mano desmayada caen las frescas rosas que ostentaba, que á otro objeto más dulce abrió el rocío matutino de aquel infausto día, la corona de mirto y las tejidas flores, bellas y escogidas como Eva, y como ella ¡ay! á la sazón marchitas.

Inmóvil, mudo su semblante, claro manifiesta su horror; la vista gira enajenada, y en la boca expira su moribunda voz.

XII

Al fin, rompiendo entre sollozos, estas lamentables palabras llega gimiendo á pronunciar: "¡Oh, tú, el más maravilloso conjunto de cuantos beneficios inefables reporte el Cielo! ¡Su última largueza: del mundo ornato: objeto el más hermoso que el Divino Poder ha producido, para hechizar á la Naturaleza! Cuanto el alma desea, cuanto agrada la vista; virtud, gracias, y belleza divina, todo estaba en tí sola reunido. ¡Qué desgraciada suerte sumergirte ha podido en tan horrenda irremediablo ruina! ¡Una sola mañana, un breve punto para perderlo todo fue bastante! ¡Todo faltó faltando tu inocencia! ¡Audaz! ¿Cómo tuviste la osadía de quebrantar rebelde el mandamiento de tu Dios y Señor? Te perdiste y contigo me has perdido, ¡cara Eva! pues que estoy ya resuelto por más riesgos que amenazarte puedan en tu suerte infeliz á acompañarte. Sabré morir por tí; mas no es posible que sin tí viva ya. ¿Cómo podré vivir sin la dulzura de tus miradas con que á la terneza de las núas respondes? ¡Ah! por más que el Señor, en consolarme empeñado, de mí mismo extrajera otra Eva, á acompañarme destinada, ¿qué belleza de mi pecho la tuya borraría?... ¡Pero qué desastrosas consecuencias tendrá tu temerario arrojo! Es tu delito imperdonable. Para hacer un ultraje á las sagradas leyes de Dios, aun no era ne-

cesario lo que has hecho, bastaba que mirases con codicia la fruta prohibida: que solo en tu interior la codiciases: mas en fin, sea de esto lo que quiera, jamás Adán de ti ha de separarse: contigo ha de salvarse ó de perderse. Sí: cuando á ti cara Eva me reuno, dijera que conmigo me reunía: tu cuerpo de mi cuerpo ha procedido: tu alma nació también del alma mía; nunca de mí tú puedes separarte; ni yo de ti: confundido uno en otro, una es la vida y lo ha de ser la muerte.„

¡Oh, prodigio de amor y verdadera amistad!—exclama la culpada esposa.—¿Cómo pagaré yo la generosa resolución con que sacrificarte conmigo quieres? ¿Acaso yo pudiera en tal grandeza de ánimo igualarte? ¡Qué idea del amable lazo que á ambos nos une indisoluble, formar me has hecho! ¡Cuál te has arrojado á dividir conmigo la amargura del mal, como gozastes las dulzuras del bien! ¡Con qué cariñosa ansia mi culpa como tuya has adoptado, si en comer esa fruta deleitosa realmente he delinquido, si es un mal el comerla! Mas si fuera un mal, ¿produjera bienes acaso? ¿y cuántos para mí no ha producido? ¿A qué sino á esa fruta difamada del árbol de la ciencia debo de todas mis felicidades la más preciosa, esa seguridad de ser por ti con tal constancia amada?; pero escucha; si acaso esta sentencia mortal fuere efectiva, ¿he de pedirte que separes tu suerte de la mía? ¿Tendré, yo corazón para ofrecerte, como segunda víctima al airado Cielo, cuando yo sola le he irritado? No; no es tu esposa tan desconocida; disponga, pues, como quisiere el Cielo de mi vida y mi suerte, si eres feliz, en todo me convengo. ¿Pero

qué digo? Lejos de que la muerte me amenace, de nueva fortaleza siento mi ser llenarse por oculto poder; derrama en ella el bálsamo vital y la alegría; mis ojos, que una niebla antes velaba, se han abierto á la luz más admirable; un torrente de inagotable gozo, un mar de claridad inunda mi alma y la eterniza en placidez dulcísima; justo es que en estos bienes que tu esposa ha logrado, como ella tengas parte.„—Calla dicho esto; pero bien segura de su influjo, le abraza con terneza, derramando lágrimas de alegría, y en su interior se está congratulando de un amor que por ella afrontar sabe á la muerte. *A Adán le da* la encantadora cual premio de su vil condescendencia, *la fatal fruta*, menos sabrosa, por mucho que lo sea, que una mirada lisonjera suya. Vence su vergonzosa complacencia; *toma y come la fruta ponzoñosa:* y entonces la Naturaleza toda, con gemidos lamentables, su quebranto publica, y aunque de cólera inflamados, los Cielos mismos derramaron llanto. Adán, no obstante, á aquel terror ajeno, como si el juicio ya perdido hubiera, *brindado por su esposa, prolonga alegre su festín vedado,* y duplica su ultraje. Ya están fuera de sí uno y otro esposo, embriagados del *venenoso zumo de aquel manjar;* soberbios delirando, proyectando mil planes ambiciosos, la tierra con desprecio contemplan, y al Cielo audaces remontarse esperan por nuevas sendas; piensan que en los espacios ya las alas extienden para el vuelo. ¡El Cielo! ¡Ah, desdichados! ¡sus moradas ya cerradas están para vosotros! Aún vuestro mutuo amor, antes tan puro, ya ha tomado del vicio el color

triste, y transformado en fuego lujurioso, no es más que un torpe impulso repugnante. Adán perdido el juicio como Eva, á ella su gratitud de esta manera explica: "¡Qué no debo, amada esposa, al amor tuyo! Nunca me atreviera, sino es por ti, *á probar esa preciosa fruta*, que sólo siento haber tardado en conocer por un soñado temor.„—Así Adán á su esposa manifiesta, no ya inocente amor, sino fatal y tirana pasión que le domina. No menos extraviada y descompuesta Eva, á sus expresiones corresponde: la virtud huye, y el pudor se aparta: hija del crimen con su velo espeso la vergüenza servil los sustituye, y aún ésta no resiste al cruel exceso del vicio que la destruye á ella misma. Así arrastrados de un delirio fatal pasan los padres del linaje humano las horas presurosas, divertidos en sus conversaciones locas, y exageradas frases, hasta que ya los velos extendidos de la noche al retiro los llamaron y en los brazos del sueño se durmieron. ¡Sueño cruel! que apagando los ardores de la fiebre mortífera, les presentaba todos los horrores de su culpa, el castigo que debía caer sobre ellos y otras espantosas ideas quizás menos temibles, que las que al despertarse en realidad atónitos verían.

XIII

Apenas despiertos, cuando ven el abismo en que sumidos por su culpa se encuentran, destruidos sus proyectos y dicha. Quedan helados de terror, y se miran tristemente. ¿Qué se hizo su virtud, y su inocente alegría anterior? Ambos maldicen la luz que para hacerlos desgraciados viene á dar en su vista obscurecida, para que sus fulgores sus corazones martiricen. De ellos habían desaparecido la verdad, el candor y la dulzura, la calma y la confianza que da la rectitud de la conciencia; al propio tiempo perdido habían aquella sencillez, hija del Cielo, que sus desnudos cuerpos vestía de decencia como un noble y casto velo; la torpeza lo rasga y los culpables notan su desnudez avergonzados.

Nada hizo Dios que decente no fuese, y lo es siempre por sí; pues la indecencia, en el pecho del hombre delincuente, es la concupiscencia quien la forja. Así, despojados de sus virtudes, van ambos esposos vagando del jardín por la espesura, no ya al dulce cultivo de costumbre, sino á buscar alguna obscura sombra en que ocultarse á la importuna claridad del Cielo. Adán mismo, no menos confundido y amedrentado que Eva, un largo espacio guarda silencio: al cabo, sin embargo, vuelto á sí mismo en tono dolorido, "¡Maldita, exclama, sea la Serpiente, y la hora en que cedistes temeraria á sus insti-

gaciones! Sí: para nuestra ruina se han abierto nuestros ojos: en ellos luce, es cierto, un nuevo día: pero solamente para que nuestras pérdidas podamos ver: para que claramente y con mayor dolor reconozcamos que están ya nuestras almas despojadas de la felicidad y la pureza, de la virtud y paz de la conciencia. ¡Todo lo hemos perdido por un orgullo vano! Los deseos insolentes, de los torpes placeres el insano fatal ardor, su sello ignominioso para siempre en nuestras frentes han grabado, y nuestros rostros con su ruboroso color tiñendo, la vergüenza obstruye la marcha de estas plagas de la tierra. ¿Y de hoy en adelante, de qué modo osaremos al Señor presentarnos cubierto de ese lodo impuro? ¡Vuelve, ¡oh! noche á extender tus enlutados eternos velos! ¡Que en tu profundo horror este infeliz se abrigue de los ojos del mundo, de la venganza cruel que le persigue! ¡Frondosos cedros, negras espesuras, por piedad, amparadme! Redoblad, apiñad vuestras espesas sombras; formad un tenebroso abismo en que yo me refugie, y ocultadme del resplandor del día y de mí propio! Veamos á lo menos si encontramos algunas hojas grandes que podamos emplear en cubrir la ignominiosa desnudez de estos degradados cuerpos„

XIV

Hacia el centro del bosque más obscuro marchan entonces, y una grande higuera encuentran, cuya hoja ancha y frondosa es la más propia para aquel destino. De aquellas hojas, pues que á los escudos de que las Amazonas belicosas usaron, en tamaño competían, Adán hizo cinturas que, oficiosas, de sus desnudos cuerpos á la decencia principal bastaban. ¡Dichosos si de su alma las impuras manchas del mismo modo consiguieran esconder! Mas en vano lo intentaran. ¡Infelices, habían ya perdido del candor y virtud las preciosas vestiduras que la gracia había tejido! Al fin, rendidos de fatiga, en tierra se postraron y la regaron con amargo llanto. Tiemblan sintiendo sobre su cabeza bramar la tempestad; pero aún más dura es la que dentro de sus corazones les amenaza. Al fin Adán, no aquel cuya alma pura á su Eva prodigaba la terneza, sino Adán delincuente, desterrado, así ahora la echa su delito en cara: "¡Oh infiel mujer! ¿por qué no aprovechaste mis consejos? ¿por qué te separaste de mí? Si tu obstinada rebeldía no te hubiera apartado de mi vista, nuestra felicidad existiría. Quien por vanos antojos, como tú, á los peligros se arriesga, perece en ellos. Así tu esposo te lo aconsejaba, debías obedecerle ciegamente. Dios mismo lo mandaba, y sólo el exponerte era ofenderle.„—¿Por qué motivo, le replica aira-

da Eva, me reconvienes tan severo, por error de un momento, de un crimen totalmente involuntario, que aunque no hubiera estado separada de ti, quizá hubiera también acaecido, y que tal vez mi esposo cometiera como yo sin que fuese necesario que de mí se apartase si le hubiese la suerte un igual lance presentado? Si he delinquido tú principalmente tienes la culpa. ¿No era yo tu esposa? ¿No estaba yo sujeta á tu obediencia? ¿Pues por qué, si el peligro conociste, no ejerciste la autoridad de esposo para impedir mi prueba perniciosa?—Estas palabras duras en su esposo provocaron por la vez primera la más ardiente cólera, y furioso dijo con bronca voz: "¡Autora de mi ruina y juntamente de la tuya! ¿es este el precio de mi amor? ¿Así pagas mi ternura? Yo, que por lograr consolarte de tus penas, pudiendo continuar en ser dichoso, inmortal, preferí el acompañarte en tu infidelidad y al espantoso abismo en que te habías sumergido, contigo me arrojé: la ira divina por ti arrostré atrevido. ¿Y ahora ¡ingrata! tu ruina me imputas? Dices que yo debiera haber hecho uso de aquella autoridad de que gozaba: ¿mas acaso sufre el amor esa severa opresión? ¿Qué es lo que pudiera hacer más que lo que hice? ¿No te dije, anuncié, y repetí el riesgo inminente á que te conducía tu imprudente capricho? ¿No predije tu perdición? ¿Acaso yo debía valerme contra ti de la violencia? y aunque cediese á mi tiranía, ¿á los ojos del cielo, *la obediencia sin libertad qué vale? Dios te había criado libre:* lo eras, y en tu mano estaba la suerte. *Si un antojo vano,* si una falsa virtud te han seducido, quéjate de

tu orgullo presuntuoso. ¡Temeraria! Creiste alcanzar gloria, el peligro arrostrando, y te engañaste. También yo me engañaba, cuando gozoso, una virtud veía en cada rasgo de tu incomparable belleza y te creía inexpugnable. Si en esto he yo faltado, el amor mi delito ha producido. ¿Y con todo, en lugar de consolarme, aún del tuyo á acusarme te atreves? ¡Sexo ingrato! ¡Infeliz el que delire contigo, y á ganar aspire tu amor! Tu corazón lleno de ciego orgullo, en el imperio no conoce freno, y si tu empeño sale desgraciado lejos de confesar que eres culpable, al primero le achacas con dureza la debilidad de habértelo cedido.„ Así los dos se acusaban, comenzando á pagar su delito.„

Aquí termina la descripción de la tragedia de *El Paraíso* por el inmortal Milton.

Prosigamos nuestra obra.

XV

¡El hombre!... ¿Qué es el hombre después de su primitiva falta? Por más que el Sr. Sales y Ferré en su hermosa obra *El hombre primitivo,* ensalce y encomie con admirable erudición los progresos, la civilización y la inteligencia del hombre moderno, del hombre hijo del presente siglo, cuando dice entre otros muchos y elevados conceptos:

"El hombre del siglo XIX, ese poderoso genio

que sonda las profundidades del Océano y hace caminar por los obscuros abismos en misterioso alambre la luz de su pensamiento; ese atleta que ha juntado los mares, y ha perforado con inmensos túneles los montes, caminando con la velocidad del viento por las entrañas de la tierra; que ha volado gigantescas montañas, convirtiéndolas en llanuras; que ha cambiado el curso de los ríos y desecado lagunas y construído soberbias ciudades y asombrosas maravillas; que ha modificado, en una palabra, nuevo Creador, la superficie del planeta que habita; ese Prometeo, que arrancó á la Naturaleza los más preciados secretos, y tiene á su servicio, cual otro Júpiter, el relámpago y el rayo; que ha logrado aprisionar la luz del sol, retener en ligera plancha metálica las ondas sonoras, las vibraciones y el timbre de la voz humana, el cual trasmite á largas distancias, triunfando así del espacio ya que no puede triunfar del tiempo; etc., etc...„

Pues bien, nosotros decimos que sin embargo de tanta grandeza, tanta civilización, tantos adelantos—que el mundo actual acoge con aplausos—y tanta audacia como inteligencia en el hombre de hoy para resolver los más grandes y difíciles problemas, ese hombre, repetimos, sin que nadie se atreva á desmentirnos, siempre ha sido y será esclavo toda su vida de la voluntad ajena; despreciado servil ligado al capricho de otro hombre, viéndose constantemente aprisionado por la ferrea cadena de las pasiones en el risueño período de su juventud, cadena que va eslabonando durante su existencia para verse después subyugado por las muchas y diversas

enfermedades que le avasallan en la triste época de su vejez.

Desde que el hombre nace hasta que muere la existencia no es otra cosa para él que una entrelazada serie de peligros, penas y necesidades.

Sometido al influjo y poder de cuanto le circunda, no hay cosa ni elemento alguno que no conspire en contra de él, bastando un imperceptible soplo ó una pequeña gota de líquido para destruir y derrumbar de una vez á ese ente soberbio que se llama independiente; á ese hombre orgulloso que se dice libre y que á Dios nada le debe.

Si triunfa de las enfermedades del cuerpo sucumbe á las amarguras del corazón; y si artificiosa su intoligencia, procura ahuyentar y destruir las penas que le atormentan, le presenta á cada paso ó multitud de males que temer ó mil felicidades que desear.

Así arrastrado alternativa y constantemente entre el temor de ver un día desvanecidas sus ilusiones y la esperanza de lograr un bien efímero y pasajero, nunca llega á gozar su entristecido corazón de ese plácido reposo que ambiciona; esa dulce tranquilidad que apetece; esa paz octaviana cuya posesión anhela, acabando por llegar de desengaño en desengaño, al término de su angustiosa navegación en el borrascoso piélago de su vida.

XVI

Esta es con cortas excepciones la vida de la criatura en esta pobre y miserable sociedad, lo mismo para el hombre de los primitivos tiempos que para el hombre de la época que avanza, del siglo de la luz eléctrica. Y, como crédulos que somos en demasía, estableciendo comparaciones entre el hombre primitivo y el hombre del siglo del vapor, remontándonos con la imaginación pensadora á la edad primitiva, á la edad de oro tan venerada por los grandes filósofos y escritores de todos los siglos, edad en que el hombre y su Creador hacían una vida común puesto que existían relaciones entre sí, creemos que los hombres de aquellos remotísimos tiempos, que vagaban desnudos por los valles de los ríos, sin otras armas que sus uñas y sus dientes, sin haber descubierto el secreto del fuego, alimentándose de frutas y raíces, que habitaban en chozas en vez de palacios, que ignoraban cómo se construyen las armas que sirven hoy para defenderse en la selva de los animales feroces y procurarse alimentos por medio de la caza, estarían satisfechos de la obra de Dios y serían más felices en la tierra que habitaban, puesto que lejos de vivir en estado salvaje como quiere probar en su libro el señor Sales y Ferré, en lo que demuestra un absurdo materialismo, vivían en la inocencia, amándose mutuamente, entregados

á la contemplación de todo lo creado; dando de ello testimonio fiel la gran longevidad que entonces alcanzaban, que excede en mucho de la ruín y corta existencia que disfrutamos los hombres del siglo XIX.

XVII

Cuando la procesión, recorriendo los alrededores de su Capilla, llega al punto más culminante de la colina, los romeros en aquella época, distinguiéndose de los del presente siglo, rivalizaban en demostraciones de gratitud hacia la Virgen de la Bastida, revelando en sus ceremonias y actos religiosos una fe viva, inquebrantable en todo aquello que procede de Dios y un encendido é inextinguible amor hacia su Santa Madre.

En aquel momento, cuando la efigie, al declinar la tarde, aparecía radiante cual la Estrella de la mañana en la cumbre de la montaña, flotando al viento su más rico, cerúleo y espléndido manto, resonando por doquier, por todos los ámbitos de la colina los cánticos sagrados de la Virgen; los enfermos todos llegaban en tropel hasta sus plantas. Unos la presentaban piés; otros ojos; otros manos de cera: éstos, más afortunados, ofrecían piernas de rico metal de plata; aquéllos, más poderosos, llevaban cabezas de oro. El que presentaba, si estaba cojo, un pie de

cera, andaba: el que ofrecía, si estaba ciego, sus ojos, recuperaba la vista.

Muchos iban enajenados de gozo saltando delante de la milagrosa Imagen cuando antes no podían ni aun moverse en su lecho.

A otros se les veía tocar el instrumento armonioso en la orquesta, durante la festividad de la Virgen, cuando antes no podían ni siquiera mover un dedo.

Esta era la fe de los romeros de aquel siglo y éste era el estado de la romería de la Bastida en aquellos tiempos en que los verdaderos cristianos peleaban contra los enemigos de Cristo en las encarnizadas guerras de las Cruzadas.

¡Oh! y que hermosos tiempos aquellos en que el espíritu religioso al par que guerrero, arrastraba á los cristianos de todas condiciones, grandes y pequeños, nobles y plebeyos, Príncipes y Reyes, á aumentar y robustecer los numerosos ejércitos de cruzados que, en su ardiente anhelo de libertar la tierra santa, vengando las ofensas que los musulmanes infirieran á los santos lugares, se aprestaban á defender valerosamente, hasta perder la última gota de su sangre, la Religión de Jesucristo, simbolizada en el Santo Sepulcro de Jerusalén.

El nombre de estos esforzados y Católicos guerreros, debía estar esculpido en letras de oro, aunque la historia recuerda y ensalza, haciéndoles inmortales, los nombres gloriosos de los célebres caudillos Pedro el Ermitaño, la figura mística de Godofredo, que despreció una corona de oro considerando que Cristo, por quien peleaba, la llevó de espinas, Tancredo, Balduino, y

el de otros muchos Príncipes Cristianos que pelearon con denuedo.

Es innegable que á pesar de la corrupción de costumbres, el desarrollo del vicio, y el insaciable apego á las cosas mundanas, existen en la Cristiana Ciudad de Toledo, y existirán siempre, ardientes defensores de la religión del Crucificado; y tanto es así que no faltan ni jamás han faltado asociaciones que consagran su existencia á rendir homenaje á la Virgen de la Bastida. Una de las corporaciones religiosas más ricas y entusiastas de esta antigua efigie, es aquella que, según documento que aún existe, se fundó bajo la tutela del Sumo Pontífice Paulo V, á fines del siglo XVI.

XVIII

Siguiendo la ya antigua costumbre de todos los años, de diez á doce de la mañana del día indicado en las precedentes páginas, celébrase con la magnificencia y solemnidad posibles la fiesta que, á expensas de la corporación y demás fieles que contribuyen, se dedica á María Santísima, cuya función religiosa se compone de misa y sermón, con acompañamiento de una brillante orquesta.

Al finalizar la fiesta después del toque de medio día, algunas docenas de voladores cohetes cruzan el espacio, como rasgando la bóveda ce-

leste, haciendo evoluciones por los aires, cuyos estampidos anuncian su terminación.

Los romeros entonces, dispersándose por la extensa colina, cada cual corre á ocupar sus gratos sombrajes y tiendas de campaña preparadas al efecto, y á consumir las provisiones de boca que llevaron, sin olvidar la bota, compañera inseparable de expediciones y emblema de las romerías, después de la Imagen á quien se consagran.

A la caída de la tarde sacan en procesión de triunfo á la Virgen de la Bastida, dando vuelta, como en la antigüedad, por la falda del cerro que rodea el Santuario, hasta penetrar en él por la puerta de más fácil acceso que tiene la Capilla á la parte que mira al Norte.

Durante la carrera de la procesión campestre, déjase oir el dulce y melodioso trino de los instrumentos de la música que acompaña á la comitiva amenizando el espectáculo, y las explosiones de las bombas de los voladores que de vez en cuando culebrean por los aires.

XIX

En la idéntica forma que se observa en todas las expediciones de Toledo, á la conclusión de la festividad y á la hora del crepúsculo vespertino, á esa hora en que las sombras bajan y las estrellas aparecen radiantes en el éter, los romeros, descendiendo de la montaña cansados, mejor

dicho, estragados de tanta diversión, diversión que pasa y se desvanece como puñado de polvo que se lanza al viento, regresan á sus moradas por los escarpados senderos que conducen á la Ciudad.

Cuando penetran por el dintel de las puertas de sus hogares, después de haber recorrido la larga y fatigosa distancia que existe entre la Ermita y la población, cruzando el Puente de San Martín y subiendo la pendiente y resbaladiza cuesta de San Juan de los Reyes, llegan extenuados de cansancio.

¡Tal es la romería de la Virgen de la Bastida por el lugar retirado donde reside su Ermita!

OTRAS ROMERÍAS

I

A LA salida de la Ciudad, por el puente llamado de Alcántara, tomando la vía que conduce á la estación del ferrocarril de la capital, como á unos veinte pasos del citado puente, en el muro de la derecha, existe desde fines del siglo próximo pasado una pequeña portada de fábrica en cuyo frente déjanse ver, á pesar de los cien años que por ellas han pasado, dos magníficas lápidas conmemorativas de fina piedra de mármol, con caractéres legibles, cuyas inscripciones, latina la una y traducida la otra al rico y extenso lenguaje castellano, indican bien claramente que en aquel sitio hubo una hermosa y abundante fuente de cristalinas aguas, mudo testigo de tiernos coloquios y punto escogido de entrevistas amorosas.

A esta fuente, que servía para el abastecimiento de la población, cuyas dulces, frescas y saludables aguas preferian los toledanos á las de las demás fuentes que hoy existen, y al-

gunas más que existían extramuros de la Ciudad, acudían por mañana y tarde, por vía de paseo, con su bíblico cántaro apoyado en su robusta y hercúlea cadera, infinidad de jóvenes toledanas de todas condiciones, feas y bonitas, rubias y morenas, gruesas y delgadas, payas y graciosas, altas y bajas, simpáticas y esquivas, que bajaban alegres de los antiguos y poblados barrios de San Miguel y San Lucas, de Capuchinos y el Carmen, del Arrabal y Santiago acompañadas de sus arrogantes y enamorados mancebos.

Este surtidor de aguas que se denominó *Fuente Nueva,* se construyó por iniciativa y á expensas de los ilustres patricios é insignes personajes que un día se interesaron por la Ciudad que les servía de albergue, cuyos esclarecidos nombres se indican en las mencionadas lápidas, y corrieron sus finas y transparentes aguas por sus bien fundidos y dorados caños, según se desprende de las inscripciones conmemorativas, desde el año de 1786, que hubo de inaugurarse, hasta fines del año de 1857 que, abandonada de muchos, sin duda por las obras de la carretera que en aquel tiempo se emprendieron con motivo de la instalación del ferrocarril en Toledo, dejaron de correr, quizá para siempre, relegando la fuente al tétrico rincón del olvido y pasando su nombre á aumentar las tristes páginas del libro inmortal de lo que fue.

Una de las inscripciones, traducida al castellano, se halla concebida en los términos siguientes:

"D. O. M.

Reinando Carlos III, con su soberana protección, contribuyendo la notoria beneficencia del Excelentísimo señor Conde de Florida Blanca, la generosa liberalidad del Excmo. Señor Arzobispo Don Francisco Antonio de Lorenzana, y de su Ilmo. Cabildo; la industria, actividad y pericia del Corregidor de esta imperial Ciudad, el Señor Don Gabriel Armando Salido, se condujo hasta aquí el agua, se construyeron ésta y la más cercana fuente, se reparó el puente de Alcántara y se formó y hermoseó el próximo delicioso paseo de árboles para la mayor comodidad y recreo del público, para ilustre ornamento de la patria, para monumento perpetuo del buen gusto,

ANNO DÓMINI MDCCLXXXVI „

II

La fuente y el paseo á que se refiere la inscripción precedente, podemos casi asegurar que serían el paseo que se llamó hasta el año de 1857, de la *Rosa;* y la fuente denominada del *Burladero* que aún existe, pero poco menos que seca, y los antiguos árboles, frondosos y arrogantes aún, contrastando con otros modernos arbolillos, continúan hermoseando el paseo. El *Burladero* ha corrido en abundancia hasta hace poco tiem-

po, y tornaría á correr como en sus primitivos tiempos, con gran contentamiento de los vecinos establecidos en aquel punto, si se emprendiera una pequeña obra de reparación en sus fecundos manantiales.

Hasta la época del establecimiento de la estación del ferrocarril, que tuvo lugar en la fecha anteriormente citada de 1857, llamóse el punto de recreo que nos ocupa paseo de la *Rosa*, sin duda porque á derecha é izquierda del paseo existían entonces, embelleciéndole, dos extensas hileras de preciosos rosales que, cargados de bonitas rosas, con su fragancia embalsamaban aquel delicioso sitio tan frecuentado en aquel tiempo por lo más selecto y escogido de la sociedad toledana, cuyos concurrentes al propio tiempo que á aspirar el embriagador aroma de las innumerables rosas que, mecidas en sus tallos, embellecían el paseo, iban más de una vez á contemplar extáticos la colosal estatua de piedra, casi desmoronada por el tiempo, que representa al gran *Rey Wamba*, tan valiente como cristiano, de la dinastía goda; aquel soberano que, amante de la prosperidad y grandeza de sus pueblos, cual otra Roma, y á semejanza del rico y poderoso *Anco Marcio*, uno de los primeros reyes romanos que dió ensanche y hermosura á la Ciudad de los imperios, morada de los Pontífices, en los primitivos tiempos de su fundación, ensanchó y rodeó de los fuertes y robustos muros que existen, á través de las edades, la entonces llena de vida y floreciente Ciudad de Toledo, residencia de su lucida corte y centro de su esplendor y poderío, aquel caballero inglés,

que, á la muerte de Recesvinto, fue proclamado Rey en Toledo en 29 de Septiembre del año DCLXXII, en tiempos del Arzobispo Quirico, sucesor de San Ildefonso, cuyo Prelado le ungió y coronó en el templo de San Pedro y San Pablo, existente entonces en el sitio que hoy llamamos *Huertas del Rey,* aquel sabio y católico Monarca que, después de los gloriosos triunfos alcanzados sobre el tirano Paulo que, sometido á su poder real, le trajo victorioso á su querida Toledo, renunció á las vanidades del mundo y se encerró hasta el fin de sus días en el sagrado monasterio de Pampliega.

III

Encaminándose por el ex paseo de *la Rosa,* —hoy camino de la Estación—á la terminación del mismo, dando vista al muelle del ferrocarril, nos encontramos con la preciosa Ermita de Santa Bárbara, patrona de los artilleros, asentada en la cumbre de un pequeño cerro, cuyo Santuario fue erigido en 1615, Santuario que ha sufrido diversas reparaciones por las muchas vicisitudes por que ha pasado.

Encantador estambién el panorama que desde la cima de esto cerro ofrece la Naturaleza. Dilatadísimas vegas, bosques espesísimos, quintas de recreo, huertos con frutales, la gran fábrica de harinas que fue un día de Safont, el muelle y la línea ferrea, el Tajo fertilizando sus amenos bos-

ques y sus feraces vegas, y por último el renombrado, histórico y derruido palacio, rodeado de sus bosques y ex jardines, donde habitó, ostentando sus riquezas y hermosura, la ilustre doncella mora, la bellísima princesa, la *encantadora Galiana*, cuya curiosa é interesante tradición nos pinta con tan vivos y decantados colores el Sr. Olavarría en sus *Tradiciones de Toledo*.

El pequeño Santuario de Santa Bárbara, fue destruído en parte el día 27 de Septiembre del año de 1875, al toque de la oración, á causa de un voraz incendio producido por una chispa eléctrica que, lanzada por una nube un día de tempestad, penetró por el campanario de la Ermita; pero inmediatamente se procedió á su reedificación... ¡Oh! ¡Y qué día de tormenta aquel en que tuvo lugar el incendio!...

¡Aún resuenan en mi oído y vislumbran en mis ojos, el zumbido de los truenos y el fulgor de los relámpagos!...

La tarde era calurosísima, con ese calor sofocante que se deja sentir tanto en la zona de Madrid como en la zona de Toledo.

La tierra parecía un volcán, el cielo inmensa condensación de las nubes de humo exhaladas por el volcán. Las fuertes sacudidas de las corrientes eléctricas, esparcidas por los aires, se sucedían unas á otras.

De vez en cuando un relámpago de extraordinaria intensidad atravesaba el espacio; un ruidoso trueno rodaba por sus abismos, y al centelleo del relámpago y al estampido del trueno, parecía en Toledo que se desplomaba el mundo.

Rápidamente habíanse condensado aquellos

océanos de vapor tempestuoso, en cuyos senos chispeaba y rugía el rayo. El firmamento estaba obscuro como el fondo de una tumba, y por sus densas tinieblas culebreaban los relámpagos, de tal suerte, que parecían cataratas de fuego. La siniestra claridad, semejante á un día pálido, fulguraba un instante, y cuando se desvanecía sonaba la voz terrible de la tempestad, esparramada y repercutida por el suelo caldeado y por las nubes cargadas de llamaradas horribles.

En todas partes, por todos los extremos del horizonte, serpenteaban las estrellas; y los truenos que se sucedían, aterrando á los mortales que temen la cólera del cielo, la inexorable ira de Dios, se encontraban como las olas del mar en los fuertes remolinos, formando un coro verdaderamente infernal al choque de los elementos.

Las gotas que despedían las nubes y los gruesos granizos que azotaban sobre los cristales y los árboles, contribuían á acrecentar lo terrible del estruendo.

En uno de estos terroríficos instantes, cuando las nubes cargadas de chispas eléctricas y armadas de sus rayos, como los antiguos dioses, que parecía luchaban entre sí; en uno de estos terribles momentos, repetimos, fue cuando iluminándose el espacio con la aterradora luz de un relámpago de más intensidad que los anteriores, descendió de la nube, con la rapidez propia de tan terrible elemento, cual si la Santa, abogada contra el rayo y la centella, en aquel momento le enviara desde el cielo para amedrentar al mundo de los malos, un ardiente y devastador rayo que hizo presa de las llamas la techumbre

de la ermita, los cuadros, el altar y hasta la preciosa Imágen de Santa Bárbara, objeto de la descripción de esta romería.

IV

En cuanto á los cultos que se consagran á Santa Bárbara, debemos consignar para concluir y en honor á la brevedad, que precisamente en el grande y misterioso dia de la Ascensión del Señor á los cielos, de todos los años, celébrase una solemne fiesta religiosa, con acompañamiento de un magnífico concierto vocal é intrumental.

Por mañana y tarde asiste bastante concurrencia; pero la romería no tiene nada de particular que merezca especial mención.

El día 4 de diciembre, sin faltar un solo año, tiene lugar dentro de los fuertes muros de la tradicional fábrica de armas blancas, de cuya universal fama y antigua nombradía adquirida por la superioridad de sus hojas, no le queda hoy más que el grato pero triste recuerdo de lo que era cuando el renombre adquirió; en el interior de su ancho y espacioso recinto, celébrase una suntuosa fiesta llena de esplendor y lujo, dedicada á Santa Bárbara, y costeada por el personal agregado á la Real Fábrica de espadas, perteneciente al distinguido Cuerpo de Artillería, en cuyo día los artilleros que en otro tiempo daban la guardia al Establecimiento y operarios

espaderos de la mencionada fábrica se entregan plenamente al regocijo y hacen que esta dependencia del Estado, constructora de armas de bien templado acero sea, el día de Santa Bárbara, el sitio de recreo de los toledanos y centro donde por la tarde se dirigen en amoroso consorcio y en alegre romería.

Llévanse á cabo además, cumpliendo á la letra lo prescrito en los estatutos de las diferentes cofradías y asociaciones establecidas en Toledo, otras festividades religiosas que proporcionan deliciosas tardes de paseo y animadas romerías como las que se verifican: el segundo domingo de Octubre de todos los años, aunque en la antigüedad se celebraba la romería en el último domingo de Mayo, en la distante y solitaria ermita de Nuestra Señora de la Guía, construída su Capilla en el año de 1598, á expensas de don Diego Rodríguez, Canónigo entonces de la Catedral de Toledo, cuyo reducido templo está situado á tres kilómetros de la ciudad, por la parte de Levante; el día 15 de mayo en la ermita de San Roque, sita á un lado de la carretera de Madrid, consagrada á San Isidro; el día 1.° de Marzo en el Santuario del Santo Angel de la Guarda, cuya Capilla y accesorios fueron un tiempo magnífico edificio y quinta de recreo del Cardenal de Toledo D. Bernardo Sandoval y Rojas, que más tarde, movido por un sentimiento de generosidad y amor á la religión que profesaba; fue cedido por él, como propietario, en el año de 1611 á los PP. Capuchinos de San Francisco, que con este motivo fundaron un Convento é Iglesia consagrada al Angel Custodio, cuya

primera romería, dispuesta por el mismo magnánimo Prelado, tuvo lugar el segundo día de Pascua de Resurrección (1).

Conmemorando sin duda el día de la inauguración de la romería del Angel, se ha venido celebrando esta fiesta todos los años, excepto algunos, precisamente en el día arriba indicado, de Pascua de Resurrección.

El ex Convento de Capuchinos, hoy Santuario donde se venera al Angel de nuestra Guarda, el custodiador, el vigilante, el Angel que, según la Sagrada Biblia, y según afirma un profundo filósofo, "colgó de lo infinito la escala de Jacob, el Angel que anunció á Esther la próxima ventura de la raza escogida, el Angel que guió á la Sacra Familia en su viaje al Egipto, el Angel que habló con las Santas Mujeres de Jerusalén el día de la Resurrección, el Angel Custodio que protege bajo sus alas todas las cunas donde duerme y sonríe la inocencia, el Angel purísimo de los primeros amores,,, el centinela siempre alerta que vela nuestras almas, se halla situado á dos kilómetros de distancia, en el lugar que llaman de la *Peraleda*, bosque frondosísimo, que un tiempo se denominaron sus praderas y alamedas *Valle de Agalen;* el 30 de septiembre en la reducida ermita de San Jerónimo, el santo más entusiasta y adorador de la Virgen, cuyos pobres festejos se reducen á una Misa rezada subvencionada por los cigarreleros de sus contornos: esta pequeña Capilla fue fundada en 1612, por

(1) En los *Cigarrales de Toledo*, obra de D. Antonio M. Gamero, aparecen estos datos.

D. Jerónimo Miranda, Canónigo á la sazón de la Primada de España que, guiado por la predilecta devoción hacia el Santo de su nombre, quiso erigirle un templo cerca de una rica y pintoresca posesión de recreo (un cigarral) que entonces disfrutaba, que creemos sea ésta una grande y sólida casa de cigarral que aún existe en las inmediaciones de la Ermita, á la parte S. O., por tener la satisfacción cristiana de proporcionar de aquel modo á sus convecinos los cigarraleros de los contornos la comodidad y facilidad de poder oir Misa los días de precepto, cerca de sus campestres viviendas, casi á las puertas del Santuario, el cual está, como desafiando impávido las inclemencias del tiempo, después de un período de cerca de trescientos años, en buen estado de solidez, y en lo alto de una colina, en medio de cigarrales, mirando á la amullarada Ciudad, por la parte del medio día.

Hasta el año de 1863, si mi memoria no me es infiel, ha venido Toledo celebrando el día 15 de noviembre en el antiguo barrio de San Antón, cerca de las Covachuelas, donde tiene su Capilla, otra romería consagrada á San Eugenio, cuyo Santuario fue erigido en 1155, en la época de su Arzobispo D. Juan I, á consecuencia de un alto acontecimiento que tuvo lugar en 12 de Enero de 1156; acontecimiento que quedó grabado en las páginas de los grandes hechos toledanos por la trascendencia histórica que encierra y por los ilustres personajes que le llevaron á cabo.

Tratábase en este hecho glorioso nada menos que de trasladar desde un Monasterio inmediato

á París á la histórica Toledo, de donde fue Arzobispo, un miembro del cuerpo incorrupto de San Eugenio, cuya sagrada reliquia, para dar más pompa y esplendor al acto, fue conducida en triunfo con todo respeto y magnificencia sobre los reales hombros de SS. MM. y AA. los Reyes y señores D. Alfonso IX (1) y sus hijos los príncipes D. Sancho y D. Fernando *el Santo*, á la sazón Reyes de España.

Día de gloria y satisfacción para Toledo fue el 12 de Enero del año de 1156... Mas siguiendo los hechos que apunta la historia acerca de la vida y muerte de San Eugenio, no debemos prescindir de consignar en estas mal trazadas páginas el segundo acontecimiento que cuatro siglos más tarde verificóse en la traslación definitiva de los sagrados restos de San Eugenio desde el convento antes indicado á la capital de su diócesis.

En 18 de noviembre de 1565, siendo Arzobispo de Toledo Fr. Bartolomé de Carranza y Miranda y D. Pedro Manrique de Padilla, Canónigo de esta Catedral, cuya respetable dignidad fue para el objeto en comisión á París, penetró por la entonces nueva puerta de Visagras el cadaver ya pulverizado del Santo Prelado, recibiéndole por la parte interior de la Ciudad, con solemne y espléndida ceremonia, el Rey Felipe II, su hijo el Príncipe D. Carlos, el Emperador de Alemania Rodulfo II, el Archiduque Ernesto, hermanos y sobrinos de Felipe II, Prínci-

(1) Apuntes tomados de los *Cigarrales de Toledo*, de don Antonio M. Gamero.

pe de Bohemia, que le condujeron en hombros á la Catedral, el Clero y la Nobleza toledana, cuyo acto y enterramiento contemplamos todos los días magistralmente trazado en el soberbio y magnífico cuadro pintado al fresco por el célebre artista D. Francisco Bayeu, expuesto á las miradas de los inteligentes y amantes de las bellas artes en el majestuoso claustro de la Catedral.

Desde la fecha citada de 1863 las circunstancias y alternativas de los tiempos, que lo mismo influye en el mejoramiento y prosperidad de las cosas que en la decadencia y extinción de las costumbres, han hecho que el Santuario donde se rendía homenaje á la sagrada efigie de San Eugenio permanezca cerrado y sin culto, privando á los fieles toledanos de una romería que les proporcionaba anualmente un día de distracción y solaz, y á los dueños de establecimientos de bebidas de las Covachuelas, ocasión favorable para hacer su agosto adulterando el vino.

Al tratar en la romería de la Virgen de la Cabeza, del eminente Arzobispo Valenciano, no puedo sustraerme al deseo de consignar en este libro, al lado del Sr. Monescillo, como recuerdo de gratitud, y cual si con estas líneas quisiera levantar un monumento que enaltezca sus virtudes y eternice su memoria, cuatro palabras acerca de un ilustre Príncipe de la Iglesia que fue en Toledo Canónigo Lectoral de su metropolitana por el tiempo en que el Cardenal de Valencia pertenecía también á la citada Catedral en clase de Dignidad de Maestrescuelas.

Este Príncipe ilustre, como Orador sagrado,

en más de cien ocasiones, llamado con preferencia en las suntuosas festividades que se celebraban en los tradicionales é históricos templos toledanos, rayó en sus filosóficos discursos á la altura de su digno y querido compañero Sr. Monescillo, siendo entonces uno de los primeros y más distinguidos Oradores de la Ciudad del Tajo.

Se trata del infortunado Arzobispo de Granada, de D. Bienvenido Monzón Martín y Puente, natural de Camarillas, provincia de Teruel.

Amigo íntimo del que fue Obispo de Jaén, y compañero de Cabildo de la Metrópoli Primada, falleció á los 65 años de su edad, en el pueblo de la Zubia, cerca de Granada, el día 9 de agosto de 1885, víctima de la epidemia colérica que diezmaba por entonces á la hermosa Sultana, la floreciente Ciudad de Granada y su provincia, reciente aún la terrible catástrofe de los devastadores terremotos ocurridos en dicha región en 25 de diciembre de 1884, después de haber ejercido todas las obras de Misericordia auxiliando material y espiritualmente á un sin número de coléricos que exhalaban su último suspiro, lanzaban su postrimer aliento, ensalzando y bendiciendo al pastor que, afrontando el peligro y desafiando el contagio, tan solícito y humanitario se mostraba con sus ovejuelas; y cuando se dirigía á Sevilla á tomar posesión, pues que ya la había tomado por poderes, de la mitra arzobispal de aquella Ciudad, para cuya diócesis fue nombrado Arzobispo por Real decreto de 9 de Marzo de 1885 y preconizado en 27 del propio mes y año.

Su pérdida causó honda impresión en el Clero y Cabildo de Toledo, y ha sido muy sentida y comentada, por las altas dotes de virtud y erudición con que Dios le enriqueciera y por los elevados cargos que en su sagrado Ministerio desempeñó hasta la hora de su muerte.

Predicador de S. M. la Reina Doña Isabel de Borbón, desde el año de 1851 en que recibió el citado Real nombramiento, fue además nombrado por oposición el año de 1853, Canónigo Lectoral de la Catedral Primada, cuya canongía desempeñó hasta que en septiembre de 1861 fue designado Obispo auxiliar de Toledo; y en 7 de Abril de 1862 preconizado para el Arzobispado de la Isla de Santo Domingo: tres años más tarde, en 27 de julio de 1865, lo fue para la silla episcopal de Granada, cuya diócesis gobernó por espacio de 20 años, hasta que obtuvo el ya citado nombramiento para Sevilla (vacante á causa de la traslación de Fr. Ceferino González á la de Toledo, desprovista por fallecimiento del Cardenal D. Juan Ignacio Moreno, acaecido en Madrid el 27 de Agosto de 1884); jurisdicción que no llegó á ejercer por haberle sorprendido la muerte cuando se encaminaba al punto de su destino. ¡Dios le haya acogido en su sagrado seno!...

EPÍLOGO

Mientras subsistan las creencias en las doctrinas de Jesucristo—que vivirán siempre;—mientras brille y resplandezca la antorcha de la fe que ilumina con su luz el mundo cristiano, no se acabarán en la *antiquísima* (1) é histórica Ciudad, mansión de soberanos mil; cuna donde se meció la ilustre doncella, mártir del feroz Diocleciano; fortaleza de los emperadores roma-

(1) Su fundación puede atribuirse, aunque vagamente, á la remotísima época de Nabucodonosor, Emperador de Babilonia, después de las brillantes victorias obtenidas en las encarnizadas guerras con los fenicios y Cartagineses seiscientos años antes de Jesucristo.

La razón en que nos fundamos para atribuir y conceder á esta edad la fundación de Toledo es que según la Historia, con otros antecedentes del Padre Juan de Mariana, los soldados de las legiones cartaginesas llevaban á la guerra lanzas de bien templado acero, alfanges y toda clase de armas blancas de las que en aquellos tiempos de espíritu guerrero se usaban, forjadas y construídas en la ya entonces renombrada Fábrica de Toledo; cuyo dato histórico prueba que esta Ciudad, y su famosa fabricación de armas blancas, existía ya algunos siglos antes de Jesucristo.

nos; alcázar de los visigodos; residencia y mezquita de los árabes; centro de los célebres concilios; congreso de Príncipes y Soberanos de la iglesia; corte de Castilla; morada de Emperadores; rica joya monumental; maravilla de las artes, tumba gloriosa do se guardan cenizas de Reyes, modelos de piedad; de Príncipes generosos y de prelados insignes, cuyo preclaro talento y acrisolada virtud engrandecieron un día la mansión de sus mayores; urna sagrada do se encierran recuerdos de su pasado; libro de piedra en cuyas eternas páginas se conservarán siempre esculpidas tradiciones de grandes y maravillosos hechos que tuvieron lugar en su recinto; en la Ciudad de las siete colinas, legisladora del mundo; en la segunda Roma, inmortal como la primera; en la Ciudad del Templo Magno, cuyas bóvedas y torres se remontan hasta el cielo como los cánticos y preces de los toledanos; en la protegida de la Apostólica Virgen del Sagrario; en la pintoresca é Imperial Toledo, las festividades y romerías que se celebran fuera de sus muros. Antes por el contrario, procúrase, á medida que avanza el tiempo, al paso que los siglos corren, aumentar más y más el culto de estas santas expediciones.

. . . . . .

¡Ah!... ¡Los eminentes hombres que legislaron un día en este centro eterno de grandeza, esplendor y poderío, dando al mundo sabias leyes, y los soberbios alcázares y suntuosos palacios que un tiempo irguieron sus torres con orgullo, desaparecieron convertidos en polvo, arrastrados cual arista que arrebata el viento!...

Sin embargo, aún Toledo no está muerta; aún late su corazón al abrigo de sus fuertes muros y al calor del humo del sacro y oloroso incienso de sus católicos templos.

Todavía le queda á la vieja y caballeresca Ciudad de los torneos, un átomo de su antiguo orgullo de raza. La Imperial Ciudad, la en otro tiempo lucida corte de los árabes y godos, después de tres siglos en que la ingratitud, el menosprecio y la ruin venganza de un orgulloso Monarca á quien la toledana historia no olvida, hizo que naufragara en la borrorosa tempestad de su desvío, abandonándola cruelmente; aunque gracias al cielo, pudo salir á la superficie, salvándose del naufragio ocupando un lugar señalado en la serie de acontecimientos históricos de las grandes y populosas Ciudades, merced al amor de sus leales hijos y al cúmulo de preciosidades artísticas, gloriosos recuerdos y ricos tesoros que encierra; todavía, sin embargo, repetimos, conserva Toledo intacto el espíritu y aliento de otros tiempos para decir muy alto: "Si en la actualidad no soy la que un día dió leyes al mundo cual Soberana en su Trono, soy la primera en la Historia y la primera en las Artes; soy la hermosa sultana apreciada de los sabios y el espejo transparente do se miran los amantes de lo grande y entusiastas de lo bello; soy... ¡Toledo! ¡la de universal renombre é imperecedera fama!!!

Al hablar de la Ilustre y Egregia Ciudad del Tajo no podemos prescindir de traer á la memoria á la insigne é inmortal Granada, cuna de tantos recuerdos, firme baluarte del último Califa y tumba donde para siempre quizá quedá-

BIBLIOTECA PÚBLICA DE TOLEDO

ron sepultadas las falanjes agarenas, porque son tan idénticas en bellezas históricas estas dos Sultanas, ambas residencia y Corte de los Reyes moros, que muy bien pudiera aplicarse á Toledo la descripción que de Granada hace un escritor contemporáneo, escribiendo acerca de la toma de esta morisca Ciudad, llevada á cabo por los Reyes Católicos á fines de la centuria décimaquinta de nuestra Era. He aquí cómo describe á Granada el escritor aludido, poniendo en parangón la Ciudad de hoy con aquella Ciudad del tiempo de la conquista: "Hoy mismo, dice, después que los siglos han pasado con la fuerza de sus torrenciales años; después que los moros han huído al desierto africano; después que la incuria y el abandono de tristes siglos ha cegado mil fuentes y derruído mil camarines hermosísimos, reduciendo tantas maravillas á polvo: hoy cuando entráis en su recinto, os sobrecoge de tal suerte la magia propia del sitio encantador, que creéis ver los comercios y tiendas bien aderezadas y provistas; el esplendor de los bazares en que se veían los más raros artículos expedidos á sazón del Asia; la muchedumbre de catalanes y genoveses que afluían atraídos por las grangerías del comercio; los ricos trajes de las recatadas moras que, tras las celosías, brillaban con sus bordados de realces riquísimos y sus pedrerías relucientes como las noches orientales; las guzlas acompañando á las serenatas. Creéis ver los ojos de las Sultanas convertidas en huríes tras las celosías, y habitar aquel mundo extraño donde los caballeros juegan á la sortija en Bibarrambla; donde los muezines cantan allá

sobre los minaretes de las mezquitas y el postrimer ejército moro alardea en la Vega; mientras el romance morisco resuena sobre los pavimentos de jaspe, junto á los surtidores que brotan de alabastrinas tazas, bajo techumbres de alerce cuajadas con varias incrustaciones de blanco marfil africano y estrellas relucientes de oro puro.„ "Poned ahora con vuestra imaginación el árabe satisfecho de poseer tanta tierra; los cuerpos de guardias con sus soldados vestidos de varias túnicas y sus armaduras damasquinadas; las diversas tribus curtidas por el ejercicio de las batallas y por el sol de los desiertos, y ágiles como quienes se acostumbran á continuas guerras; la diversidad de trajes, la copia de objetos raros y artísticos; la riqueza de bazares tenidos por los primeros del mundo musulmán; el carmen de raras plantas orientales; el vario juego de surtidores por tazas de tanto brillo recogidos; los baños con la luz tibia que finge un crepúsculo de Andalucía y sus estrellas en la bóveda que fingen una noche de Oriente; las pajareras formadas con alambres de oro, en cuyas redes y jaulas cantan las aves más canoras; el concierto de las dulzainas ó de las chirimías en paz y de los atabales y clarines en guerra; las competencias propias para que los poetas cantasen á porfía, el amor y el heroísmo; los desafíos caballerescos, las zambras continuas, los torneos inacabables, la llegada de los emisarios idos á ofrecer sus presentes y á dar promesas de auxilio á los mantenedores del Islam en tierras de España; y decidme cómo resplandecería Granada, con qué brillo en esta última tarde, tan poética, de

su Historia, y en éste último tinte y crepúsculo del ocaso de su vida.„

De la misma manera, poco más ó menos, hubiera podido describirse á Toledo cuatro siglos antes de la rendición de Granada, cuando el Rey moro, el emir de la ex corte goda entregó rendido, después de algunos años de asedio, las llaves de la ciudad, imagen de las de su tumba, al conquistador castellano, nuestro cristiano Rey D. Alfonso VI, á últimos del siglo XI; y con algunas variantes de consideración, puesto que en lugar de las mezquitas árabes, se erigieron multitud de templos católicos y otros monumentos, que hoy en parte se conservan, evocando el Renacimiento de las primitivas artes, pudiérase hacer también la descripción de la Imperial Ciudad cien años después de la entrega de Granada, cuando casi al expirar el siglo décimosesto menospreció y abandonó á Toledo, corte de sus mayores, un severo y rígido Monarca de la casa de Austria cuyo trono y cuyos reales se propuso trasladar, como lo hizo, y asentarlos en otro nuevo, pobre y mezquino lugar en otro tiempo llamado *Mantua*, dándole nueva vida y crecimiento con la sangre hirviente, con la exuberante existencia, con el jugo nutritivo que insensiblemente y para su decadencia iba sacando de las hinchadas y robustas venas de la populosa ciudad que por tantos títulos y por tantos siglos fue la predilecta, la escogida de tantos y tan poderosos Reyes que vivieron en el deleitoso Edén de su recinto como vive el niño en el regazo de su tierna madre.

Si al acercarse el nefasto y memorable día;

(nefasto para los sitiados moros toledanos y de triunfo para los sitiadores castellanos) el glorioso día de la conquista de Toledo, hubiera vivido su Rey Hissém, muerto poco tiempo antes de entregarse la Ciudad, indudablemente, presintiendo su derrota, hubiera prorrumpido en medio de su desesperación, lamentando la pérdida de su adorada Sultana, puesto que Granada y Toledo son hermanas gemelas como Ciudades arábigas, de la misma suerte que en un momento de arrebato y de amargura á la vez prorrumpiera en el Harem de Granada el Sultán Muley-Hacem pocos días antes de rendirse ante los católicos Reyes de Castilla. El insigne historiador á que antes nos referimos, con la poesía, facilidad y elocuencia con que él sabe engalanar sus obras, pone en boca del Rey Moro Granadino en aquellas horas en que tan cerca veía su caída, el siguiente soliloquio que revela toda la amargura de su alma, toda la rabia de su pecho y todo el orgullo de raza próximo á arrastrarse por la tierra, hasta besar las plantas de los vencedores Reyes castellanos: "¡Oh! No vendrán, mientras yo aliente, no, los perros infieles á destronar los imanes y los morabitos en tus aljamas y en tus ermitas! Tus doce puertas, ¡oh Granada! se parecen á doce fortísimos escudos de acero damasquinado y las veinticuatro torres que las defienden á veinticuatro arcángeles armados y bendecidos por Alah! Tus Alcazabas se hallan guarnecidas de zenetes, que parecen, por lo ardorosos, al africano desierto; y tus Albaicines poblados de moros andaluces que guardan la fuerza y la inteligencia de sus padres. Alhamar, abuelo mío,

tú no consentirás que la corona forjada y enrojecida en el horno de cien victorias sea profanada por los infieles. No, Jucef, no podrás ver desde la serena bienaventuranza, donde habitas, cómo penetran soldados ebrios de profano vino en las estancias labradas por tus divinos artífices para santuario de las edénicas huríes. En la torre de Comares sólo puede resonar el Korán y en el alabastro de las mezquitas erigidas por tu fe dentro de nuestros patios solo pueden reposar nuestros huesos y esplender en letras de azul y oro nuestros nombres. En el Generalife, al son de las aguas despeñadas por los pasamanos de sus escaleras maravillosas, sólo pueden resonar nuestras poesías acompañadas por las guzlas. A la sierra del Sol solamente le cuadra el llamarse peana del trono de nuestro Dios. En las Albercas de los Alijares, alimentadas por surtidores de líquidos aljófares, se mirarán eternamente las hijas de tus pueblos, ¡oh Santísimo Profeta! Tus vergeles son una breve reducida copia del Edén, anticipado en el mundo á los que Alah ve pelear por él desde los cielos. Así nos daremos la mano con los excelsos parientes de Fez y nadie podrá en el mundo turbar ya nuestras alianzas, contra las cuales han de romperse y estrellarse los infieles. Jamás la dulce Sana del Yemen mereció tantos sacrificios por su belleza como esta vespertina estrella del ocaso, que parece perfumada con el almizcle traído del puerto de Darín. Si cayera Granada, los creyentes imaginarían que aquel Israfil, cuyos labios están desde la eternidad adheridos á la trompeta del Juicio, había sonado en ella, y herido con su toque de muerte al uni-

verso. Yo no quiero que los collares de oro ceñidos á las gargantas de mis hijos se conviertan jamás en cadenas de hierro amarradas á sus pies. Ya oigo las palabras de dolor que lanzan los muezines desde sus minaretes y las oraciones de penitencia que levantan los imanes, desde sus cátedras. Ya veo las lágrimas de horrible desesperación que surcan las mejillas del anciano fugitivo, llegado en su timidez hasta este nido, creyéndolo exento de las guerras. Ya siento las maldiciones despedidas por las madres al estrechar contra el seno sus hijuelos, sobre un Monarca tan batallador como este Hacem, venido á salvar su Granada, y sino á perecer en la demanda traspasado por las armas nazarenas. Sí, debo combatir, y combatiré! Granada no puede quedarse en poder de los cristianos sin que su cobarde conformidad aparezca en los tribunales divinos, como una infame traición!„

Sin embargo, por más que, contristado nuestro corazón como amantes idólatras de la Ciudad que un día nos recibió en su seno y se brindó á enseñarnos las primeras letras, procuremos enaltecer é inmortalizar á este venerando templo de las artes... nada en la tierra hay eterno. Las mil preciosidades y monumentos que después de muchos siglos hacen ser grande á la mansión de Recaredo, caerán sin remedio en el inmenso é insondable piélago de escombros y venerandas ruinas de otros que, desmoronados por la destructora acción de la piqueta y la impía segur del tiempo, cayeron en su fondo para jamás levantarse.

¡Oh!... ¡triste condición del hombre!... ¡Del

polvo le sacó Dios, y al polvo le ha de volver! ¡De polvo son sus palacios y en polvo han de convertirse!...

¡Ah! ¡grande y monumental Toledo! Pasarán los siglos, vendrán nuevas generaciones, se derrumbarán tus templos, tus edificios caerán, se alzarán quizá otros nuevos y pocos, tal vez ninguno, relegándote al olvido cual si existido no hubieres, elogiarán la grandeza histórica y artística de tus ricos monumentos.

¡Dentro de tus muros no quedará hombre alguno que pueda dar una idea de lo que en el mundo fuiste y del lugar que ocupaste, olvidándose por siempre, cual se olvidaron de la vieja Roma, de la antigua y nunca bien descrita Toledo!

Solo la historia conservará en sus anales un rasgo de la esbeltez y gallardía de tus torres, y guardará en sus páginas el fiel retrato de tus gigantes cúpulas!

Nada en la tierra hay eterno, repetimos. Todo pasa á aumentar las negras páginas del triste libro de los que fueron ya: pues como dice un gran Filósofo contemporáneo, "la habitación que dura más no es un palacio, aunque se fabrique de granito en fundamento de pedernales.„

"El palacio se pudre en las olas del tiempo, como la frágil nave en las olas del mar.„ "La habitación más duradera, la habitación eterna, es la *sepultura*.„

"Cuando el sepulturero, cavando la tumba, saca la tierra mezclada con huesos y calaveras, que aparta con el pie, contemplar debemos con horror que esos huesos han tenido médula, y por esa médula, ha pasado el amor, la idea, la inspi-

ración, todo lo que nosotros creemos con razón eterno, inmortal.„

"Y los huesos que han sostenido la combustión de la vida, la luz del pensamiento, el fuego del amor, suenan ahora huecos, están ahora frios, y tal vez servirán para hacer fichas ó para hacer botones.„

"Detrás de toda mejilla sonrosada está un esqueleto„ "En las trasformaciones sucesivas de las sustancias, los átomos de esos grandes hombres que han tenido suspensa de su palabra y de su pluma el mundo, caen sobre la tierra, forman el húmedo barro, y luego, de un cráneo que ha irradiado ideas eternas, hace un vaso el alfarero, y de unos brazos que han sostenido el orbe, una paletada de yeso el albañil, una paletada de yeso que apenas basta á sostener un ladrillo.„ Hasta aqui el erudito Filósofo. Nosotros á fuer de pensadores, en cuanto al término infalible que los hombres tienen en la tierra ya sean grandes ó pequeños, ricos ó pobres, sabios ó ignorantes, vamos aún más allá en nuestras reflexiones filosóficas: condición predominante en nosotros quizá por la alta idea que tenemos de Dios, autor y dueño de todas las cosas.

Muere uno de esos prohombres, potentados de la tierra, que en el apogeo de su vida con su brazo y su ambición han pretendido abarcar el mundo, y con su desmedido orgullo, creyéndose dioses de la tierra y superiores á los demás hombres, han intentado que cual esclavos que viven en la servidumbre á quienes ellos llaman débiles y pequeños, les rindan culto como á Dios y doblen la rodilla hasta besar sus plantas.

El corrupto cuerpo de estos *grandes hombres*, pero ante Dios muy pequeños, por bien conservado que esté en su marmóreo y pomposo sarcófago, transcurridos muchos años se transforma en roído y hediondo espectro ó en horrible esqueleto de huesos; y pasados unos siglos, estos huesos que tuvieron vida y se hincharon de soberbia, únicos restos de esos semidioses cuyos cuerpos fueron tan regalados en vida, convertidos en imperceptibles átomos de polvo, mejor dicho: en invisibles átomos de humo que se disipan al menor soplo del viento, puede llegar un día, pues todo acaba en la tierra, en que sirvan de alimento de aquellos á quienes consideraron pigmeos...

En una de esas frecuentes revoluciones atmosféricas, cuando con la pulverizada tierra del estío, impelidos por el vendabal, se forman los grandes torbellinos, y esparciéndose el polvo por el espacio llega á filtrarse en lo interior de las moradas hasta el punto de posarse en el fondo de una copa; en el instante en que la sed abrasa nuestros labios y se refrescan bebiendo un vaso de agua; mezclando desapercibido el polvo—que bien pudo ser de los restos de aquel potentado—con el líquido refrigerante, claro es que los átomos de ese grande hombre, que se creyó dueño del mundo, pueden servir de alimento de otros seres más pequeños.

Resulta, pues, que puede llegar un día, y así sucede, en que los déspotas, semidioses de la tierra, reducidos á polvo, disuelto en un vaso de agua, sirvan de pasto de sus esclavos.

Antes de terminar mi sencilla obra, quiero

como despedida dedicar un sentido saludo, nacido en el fondo de mi corazón, á mi *querida Toledo,* á la Ciudad del *río de oro,* ya que por la suerte ó el destino me encuentro, sin quererlo, fuera de ella, ó como si dijera: ausente de mi patria.

¡Salud!... ¡Sultana querida!
¡De artes venerandas templo!...
Con orgullo te contemplo
tus monumentos al ver!
Urna eres do se guardan
tesoros de gran valía
que diéronte nombradía
é inmortal te hicieron ser.

Tan maravillosa y grande
eres, Toledo, en la Historia,
que de tus hechos la gloria
es ya un hecho universal.
Cuando tus fastos registro
y tus tradiciones leo,
que á ceñir ha vuelto creo
tu sién la corona real.

Y si el desprecio de un Rey
de orgullo y preponderancia
te arrebató la importancia
que te dió un Emperador...
aún puedes, Ciudad augusta,
pues cambia la vida humana,
ser de Castilla Sultana
y recobrar tu esplendor!

FIN DE LA OBRA

ÍNDICE

	Páginas.
Prólogo	VIII
La Virgen del Valle	1
Preludios para una fiesta	1
Al toque de vísperas	4
La Romería	16
Un drama sangriento	32
El Cristo de la Vega	53
Tradición	58
Leocadia de Toledo	99
Olías del Rey	119
Romería de San Blas	137
Romería de San Antón	145
La Virgen de la Cabeza	155
Romería de la Bastida	175
Otras romerías	229
Santa Bárbara, en el cerro	»
Santa Bárbara, en la fábrica	»
Nuestra Señora de la Guía	»
Romería de San Isidro	»
Romería suprimida de San Eugenio	»
Romería del Santo Angel	»
La fiesta de San Jerónimo	»
Epílogo	245